# CARTAS

A

# ELPIDIO,

SOBRE

LA IMPIEDAD, LA SUPERSTICION Y EL FANATISMO,

EN

*SUS RELACIONES CON LA SOCIEDAD.*

---

**Por el Presbitero D. Felix Varela.**

---

TOMO PRIMERO.

IMPIEDAD.

---

NUEVA-YORK:

EN LA IMPRENTA DE D. GUILLERMO NEWELL,

CALLE DE NASSAU, Nº 162.

1835.



# PROLOGÓ.

Las Cartas á Elpidio no contienen una defensa de la relijion, aunque por incidencia se prueban en ellas algunos de sus dogmas. Mi objeto solo ha sido como anuncia el titulo considerar la impiedad, la supersticion y el fanatismo en sus relaciones con el bien estar de los hombres, reservandome para otro tiempo presentar un tratado

polemico sobre esta importante materia. No creo haber ofendido a ninguna persona determinada, pero no ha sido posible prescindir de dar algunos palos a ciertas clases. Quisiera que hubieran sido mas flojos; pero estoy hecho a dar de recio y se me va la mano.

Aunque puede decirse que cada tomito forma una obra separada he creido presentarlos como partes de una sola, por la relacion que entre si tienen. Como mi objeto nos es ecsasperar sino advertir, quedarán ineditos el segundo y tercer tomo, si por desgracia no tiene buena acojida el primero, y este deberá entonces considerarse como una obra separada.

Preveo que este *avechucho* puede acarrearme algunos enemigos, pero ya es familia a cuyo trato me he habituado, pues hace tiempo que estoy como el yunque siempre bajo el martillo. Vivo sinembargo muy tranquilo, pues, como escribia yo a un amigo, el tiempo y el infortunioo han luchado con mi pecho, hasta que convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos me han dejado en pacifica posecion de mis antiguos, y nunca alterados sentimientos.

# INDICE.

## CARTA PRIMERA.



## CARTA SEGUNDA.



## CARTA TERCERA.



## CARTA CUARTA.



## CARTA QUINTA,



## CARTA SEXTA.

Hab. Mayo 10 901

# IMPIEDAD.

## CARTA PRIMERA.

*La Impiedad es causa del descontento individual, y social.*

Pasan los tiempos, y con ellos los hombres, mas la verdad inmovil observa los jiros de su misera carrera hasta verlos precipitarse con pasos vacilantes en èl abismo de la eternidad, dejando signos indelebles de que solo convinieron en la impotencia. Si . . . No hay duda . . . . La voz unisona de los sepulcros eleva al cielo la triste confesion de la flaqueza humana, y las bovedas celestes arrojan sobre los mortales el eco aterrador, que los detiene y enerva en sus locas empresas, é infaustas ilusiones. Este aviso de la Divinidad fija nuestra atencion en un mundo subterraneo donde yacen los idolos del amor, los objetos del odio, los despojos del guerrero, y las cenizas del sabio, las victimas del poder inicuo y los mismos poderosos, que todos, si, todos en perpetua calma advierten á los ilusos que sobre ellos caminan, que la verdad está en lo alto, es una é inmutable, santa y poderosa, orijen de la paz, y fuente del consuelo, que habita en el seno del ser sin principio, y causa de los seres.

Asi pensaba yo, mi caro Elpidio, en unos terribles momentos, en que mi espiritu angustiado por la memoria de los que fueron y no son, meditaba sobre la historia lamentable de los errores humanos, de los funestos efectos de pasiones desenfrenadas, de los sufrimientos de la virtud siempre perseguida, y de los triunfos del vicio siempre entronizado. Recorriendo al traves de los siglos los anales de los pueblos, el orbe nos presenta un inmenso campo de horror, y de esterminio, donde el tiempo ha dejado algunos monumentos para testimonio eterno de su poder asolador, y humillacion de los soberbios mortales. Mas entre tantas ruinas espantosas se descubren varios puntos brillantisimos, que jamas oscurecieron las sombras de la muerte, vense, querido Elpidio, los sepulcros de los justos, que encierran las reliquias de aquellos templos de sus almas puras, que volaron al centro de la verdad, cuyo amor fue su norma, y por cuyo influjo vivieron siempre unidos, y tranquilos. Sobre las losas que cubren estos sagrarios de la virtud, resuelven sus imitadores el gran problema de la felicidad, y arrojan miradas de compasion sobre los que fascinados por miseras pasiones corren tras sombras falaces, y burlados se dividen, divididos se odian, y odiados se destruyen.

Porque, me decia yo a mi mismo, porque unas ideas tan claras, y unos ejemplos tan nobles no atraen todos los hombres hacia el verdadero objeto del amor justo? Porque no siguen la majestuosa y palpable senda de la felicidad? Porque esparsen la muerte los depositarios de la vida? porque aborrecen los que nacieron para amar? porque cubre la tristeza unos rostros en que debe brillar la alegria? Que causas funestisimas convierten la sociedad de los hijos de un Dios de paz, en inmensas hordas de ministros del furor? Ah! mi amado Elpidio, estas interesantes preguntas hallaron muy pronto su respuesta. Vense estampadas sobre las ruinas de tantos objetos

apreciables, las huellas de tres horribles monstruos que los derrocaron, y que aun corren por todas partes inmolando nuevas victimas. Vense la insensible impiedad, la sombria supersticion, y el cruel fanatismo que por diversos caminos van á un mismo fin, que es la destruccion del jenero humano.

Estos monstruos han sido el constante objeto de mis observaciones, he procurado seguir sus pasos, observar sus asechanzas, notar sus efectos, y descubrir los medios que emplean para tantas atrocidades. Bien se hecha de ver que estas tristisimas meditaciones deben haber llenado mi alma de amargura, y como la amistad es el balsamo del desconsuelo, y la comunicacion de ideas el alivio de las almas sensibles, permiteme que deposite en la tuya los sentimientos de la mia, y que en una serie de cartas te manifieste los resultados de mi investigacion. Ocupemonos por ahora de la Impiedad.

Si la esperiencia no probára que hay impios, no podria la razon probar que puede haberlos. Cuando la naturaleza inspira el amor, y este va necesariamente hacia las perfecciones con mas fuerza que el acero al vigoroso iman, ó que los cuerpos celestes hacia el centro de su circulacion; como puede dejar un ser perfectisimo de atraer la voluntad humana, y porque anomalia inesplicable puede esta convertir en objeto de odio el bien por esencia? Pero no, el supuesto es imposible, el hombre nunca odia al ser supremo, si bien en su delirio procura disimular los sentimientos de su espiritu. He aqui una de las pruebas mas evidentes de que la impiedad es un monstruo, puesto que sus operaciones contrarian la naturaleza, que puede ser desatendida pero jamas conquistada. Observa, mi amigo, que entre la multitud de los impios hay varias clases, porque el error es el principio de la division, pero jamas se encuentra uno que confesando la ecsistencia del ser infinito, y principio de toda bondad,

pretenda odiarlo. Procuran unos cohonestar sus desvarios negando que ecsiste el mismo ser que siempre les ocupa, y cuyas perfecciones los acometen por todas partes, y en todos momentos; mas ellos pretenden desconocer su orijen, por llevar al cabo unas ideas que jamas pudieron satisfacerlos; semejantes á un demente que por estraña mania no quisiese levantar los ojos de la tierra, y viendola toda iluminada dijese "no ecsiste el sol." Confiesan otros que hay un ser supremo, pero quieren que reciba sus ordenes, que todo sea conforme á sus ideas, que todo halague sus pasiones, y concluyen por confesar un Dios que no es Dios, un infinito limitado, un ser supremo sujeto al capricho de sus criaturas. Hay otros que obstinados en sus vicios confiesan que hay un Dios, y que ha dado una ley, mas movidos por una horrible desesperacion no quieren obedecerle, y renuncian á su felicidad eterna.

Entremos en la consideracion del terrible estado del espiritu humano en los tres casos que acabamos de esponer, y veremos que la impiedad es mas una corrupcion que una ignorancia. Por mas que diga el impio que no sabe si hay Dios, es muy facil descubrir que el no sabe que no le hay, quedando de este modo convencido de que su asercion positiva de la *no ecsistencia* del ser supremo no es el resultado de un convencimiento. Tenemos pues que el Ateismo no puede pasar de una duda, y que darle el caracter de una doctrina fundamental y norma de operaciones en el mas importante de todos los negocios, no puede ser sino efecto de pasiones desarregladas. Consideremosle ahora en estado de mera duda, y veremos que es puramente negativa, puesto que se funda en la imposibilidad de percibir el objeto y no en su repugnancia. Es cierto que el impio afirma que repugna un ser sin principio, pero advirtamos que el tiene que admitir una materia eterna, ó un mundo que empezó á ecsistir sin tener

causa que lo produjese, ó que se dio ecsistencia á si mismo antes de ecsistir; de modo que operaba sin ecsistir, puesto que se supone que se dio la ecsistencia, lo cual es una operacion infinita. Puede haber algo mas repugnante que una materia eterna? Puede darse una ficcion mas ridicula que la de un ser operando antes de ecsistir? Solo un desvario del entendimiento humano puede servir de escusa á tan repugnantes aserciones, pero jamas un sano juicio podra abrigarlas. Queda pues desvanecida toda duda. El ser sin principio no repugna, puesto que el mismo impio que pretente probar su repugnancia admite una materia eterna, y publica con este aserto que no le convence su argumento, y que solo le mueve su pasion.

Dejemos pues á la miseria humana seguir su delirio, cubrase de todos modos el horrendo cancer que devora el corazon del impio; no pretendamos convencerle, el lo está para su tormento. Un mal corrido velo deja percibir los signos de la inquietud, y entre las ponderaciones de un profundo saber, se escapan algunas dudas, cual chispas de un volcan reprimido. Figurate un orgulloso piloto que habiendo hecho gran ostentacion de su pericia, empieza á dudar de sus calculos, y á temer la procsimidad de un peligro cierto, que en vano pretende suponer imposible, mas por una obstinacion lamentable no quiere confesar su error, antes da pabulo á una infundada esperanza fruto de su vanidad, y se entrega á la suerte, que ya por signos bien sensibles indica que ha decidido su ruina. Observalo confuso, y pensativo, hora silencioso y triste, hora iracundo y arrojado, ya procurando disimular su agitacion, ya dando pruebas evidentes de ella: los libros no dicen lo que el quiere, y la naturaleza dice abiertamente lo contrario; el tiempo juez inflecsible va muy pronto á dar su irrevocable sentencia; los que por desgracia estan bajo su direccion, y le han confiado el precioso tesoro de sus vidas, empiezan á dudar unos, á temer

otros, y muchos á decir abiertamente que los lleva á la muerte. Ajitado por el temor y el remordimiento procura separarse de todos esperando que una idea feliz, un acaso inesperado pueda sacarlo con honor de tanta empresa, y otras veces no hallando en la soledad el consuelo, va á buscarlo entre sus desgraciados compañeros, á quienes procura alucinar de mil maneras. Sus preguntas le embarazan, sus miradas, cual penetrantes saetas penetran hasta su corazon; sientese inclinado á abrirlo, para desahogar su pena, mas al momento se acusa de debilidad y precipitacion, hace un esfuerzo de despecho, que el llama de heroismo, y determina aparecer siempre sereno, sea cual fuere el lastimoso estado de su espiritu. No es la imajen que acabo de presentarte la del hombre mas desgraciado sobre la tierra? Pues tal es la imajen del impio. Comparala con el orijinal y te convenceras de su ecsactitud.

No ves con cuanto empeño procura obtener sufragios? Pues no es otro su objeto sino encontrar probabilidad en sus ideas, por su difusion. Reconoce su debilidad, y para callar las inquietudes que ella le causa, quiere convencerse á si mismo, probando que es un rezelo infundado, pues no es probable que muchos entendimientos perciban del mismo modo, sin que haya solidas razones para esta unidad. No es por cierto el amor de sus semejantes, el que le mueve con tanta constancia, no, su fin es otro. Los hombres segun los principios de la impiedad no son mas que instrumentos, de que debemos servirnos sin cuidarnos mucho de ellos, y los impios saben por su propia conciencia que los que se les asemejan no pueden ser de alguna utilidad. Por otra parte, si todo termina con la vida, y la felicidad consiste en pasar contentos los pocos dias que estamos sobre la tierra, porque tanto empeño en convencer á los hombres del error de sus ideas? La felicidad en tal caso es un termino relativo, y si el piadoso

la encuentra en su piedad, por que privarle de ella para que sea feliz? No es esta una contradicion palpable? Los habitos llegan á formar parte de la naturaleza, y el impio conoce, que es imposible ó por lo menos muy dificil que los sentimientos religiosos nutridos desde la infancia no produzcan una terrible ajitacion en el alma, de sus proselitos, y que los golpes del remordimiento no pueden permitir que continue la serenidad momentanea que pueda conseguirse á fuerza de capciosos argumentos, y vanas reflecciones. No es pues la felicidad de los hombres el objeto de tantos esfuerzos.

Que interes me diras, puede tener el impio en finjir que no cree? Porque hemos de suponerle ajitado por esos terribles remordimientos? Mas justo seria confesar que dotado de un *espiritu fuerte* ha vencido las preocupaciones que introdujo la ignorancia, y confirmó la malicia. Ah! querido amigo, con estas, y otras reflecciones semejantes han procurado alucinar á muchos empezando por alucinarse á si mismos. Bastaria responder que del mismo modo se disculpa el fanatico, el supersticioso, y el hipocrita. Todos aseguran, y aun prueban, que su conducta solo les proporciona sufrimientos, pero ¿no es cierto que á veces se encuentra un interes en sufrir? ¿Esa misma victoria sobre las preocupaciones, ese mismo titulo de *espiritu fuerte*, esa superioridad sobre los demas hombres no son un interes, y muy marcado? Sucede con los espiritus fuertes como con los duelistas, que van á batirse haciendo esfuerzos para contener el temblor, y afectan una serenidad de que carecen.

Nadie habla mas de religion que los que no la tienen, y al paso que aseguran que es una quimera, tratan de ella dia y noche. No hay lugar ni circunstancias, en que no procuren introducir questiones religiosas los mismos que ridiculizan á los creyentes, por cuidarse de ellas. No es esta una prueba de que el asunto les interesa?

Y como puede un espiritu ocupado siempre de un negocio de tanta importancia, y segun ellos sujeto á tantas dudas, como repito, puede conservar esa tranquilidad que afectan con tan poco tino los impios? Es muy de notar que la ignorancia de los hombres en materias de ciencias naturales, y en otros varios puntos interesantisimos á la sociedad, no llama la atencion de los incredulos, y muy pocos de ellos vemos que se aplican á la ilustracion del pueblo en tales materias, y en caso de hacerlo no demuestran tanto interes como en las cuestiones religiosas. Si la religion fuese como dicen ellos un vano fantasma no seria muy ridiculo darla preferencia á objetos reales, y de utilidad evidente? Ni se diga, mi amigo, que quieren disipar las sombras de un error funesto, que causa males infinitos, pues claro está que la idea de un castigo eterno lejos de inducir al crimen será siempre un freno que detiene al criminal, y por mas esfuerzos que ha hecho la impiedad para probar que la religion es ominosa, solo ha conseguido demostrar que es benefica al linaje humano. Un pueblo religioso y criminal es como un circulo cuadrado que solo tiene ecsistencia en los labios que pronuncian las palabras. Esto sabe, y aun palpa el impio, y en vano procura cerrar los ojos á la luz de la verdad, pues su influjo penetra hasta su agitado corazon, y para arrancar el cancer que lo consume, causa necesariamente intensimos tormentos.

Mientras las doctrinas de una relijion que se dice venida del cielo puedan ser ciertas, la felicidad no ecsiste para el impio, y siendo por lo menos probable su futura y terrible desgracia, no podemos creerlo cuando nos dice que está satisfecho y tranquilo. Prescindiendo de la evidencia de los argumentos que se le proponen, y que nunca ha podido satisfacer, su razon le indica que ni posée ni puede ostentar infalibilidad—Esto seria admitir el mismo principio religioso, y declararse ridiculamente una

divinidad, al paso que niega la ecsistencia de un ser semejante. Si sus ideas no son infalibles las contrarias son probables, ó por lo menos posibles, y he aqui al miserable convencido por si mismo, he aqui una confesion de su delirio. Encuentrase, sin saber como, haciendo un papel bien ridiculo; encuentrase dogmatizando sin infalibilidad, y pretendiendo probar que nada teme, cuando sus mismos principios prueban que debe temer, ó ha perdido el juicio.

Las pomposas declamaciones de los incredulos me han parecido siempre como los quejidos de un doliente, que mientras mas agudos, mayor daño indican en las entrañas del miserable, a quien deseamos ver curado, mas no quisieramos acompañar en la suerte. Lejos, pues de convencernos de la utilidad de su doctrina nos predican el deber de no admitirla, y se convierten en objetos de compasion, los que vanamente pretendieron serlo del aplauso. Nada se sabe en materias religiosas, nos dicen estos apostoles de la ignorancia, que seguramente debemos creer que estan guiados por el principio que predican, y que por lo menos en esta parte han querido ser justos haciendo un homenaje á la verdad. Las nubes del error conducidas y condensadas hacia un punto por el soplo de la soberbia, roban la vista del sol de justicia, y dejan en tinieblas á estos miserables, que llegan á tal grado de obstinacion, y de demencia, que hacen á la ignorancia arbitra de su suerte. Mas no, mi amigo, no es posible tanta degradacion en la obra del Omnipotente, el hombre nunca pierde el sentimiento de justicia, y el feliz impulso que lo dirije hacia la verdad, mas de aqui resulta un choque terrible y continuo entre la razon y las pasiones, y una inquietud lamentable en el alma del impio, quien mas que nadie quisiera verse libre de su impiedad—A cuantos he oido decir que quisieran creer porque sin duda serian felices! ¿y no es esta una franca confesion de que

la felicidad está en la creencia, y de que el infiel vive en tormentos? Esta prueba irrefragable que he tenido varias veces me ha convencido de que los impios son los primeros que en secreto detestan la impiedad. Y porque la sostienen? por que la propagan si tanto la detestan? Porque estos *espiritus fuertes* son muy *debiles* cuando entran en lucha con sus preocupaciones, aunque tanto se glorian de haber destruido las agenas.

Si volvemos la vista á la segunda clase de impios que admitiendo la ecsistencia de un ser supremo, quieren sujetarle á sus ideas, no podremos menos de creer que ó están locos, ó viven en una constante ansiedad. La misma idea de supremacia que confiesan les prueba que deben recibir la doctrina y no inventarla, y que constituirse oraculos de la Divinidad, cuando pretenden negar que los tiene, no es mas que descubrir un trastorno mental el mas ridiculo, ó un estado el mas triste. De aqui la variedad de sentencias, de aqui las contiendas religiosas, y la infinidad de sectas. La duda es el acibar de la vida, y si admitida la ecsistencia del ser supremo no tubieramos otra prueba de la necesidad de unas verdades conocidas, determinadas é infalibles, nos bastaria para creer que las hay el horroroso estado de un hombre vacilante en tales materias, pues jamas podremos persuadirnos que un ser infinitamente sabio y justo, pudiese destinar al jenero humano á vivir en tanta pena, y por muy poco que se refleccione sobre esta situacion dolorosa, conoceremos que no es compatible con la bondad divina.

Volvamos el rostro para no ver la espantosa imajen del impio que admitiendo que hay un Dios, y que ha dado una ley no quiere obedecerla, antes la considera irracional é injusta. Que delirio! Hay un Dios, este ha dado una ley, y al darla dejó de ser Dios, puesto que la ley es injusta. No continuemos no, en mas investigaciones sobre el estado de un espiritu semejante. Es presa

de la desesperacion y victima de la ignorancia, á sus solas se desprecia á si mismo, y no duda del desprecio de los hombres.

La contradiccion de la mayor parte del jenero humano es otra de las causas del descontento del impio, que pierde la esperanza de reducirlos á seguir sus delirios, y no puede sufrir sus constantes y poderosos ataques. Conoce que es un ser raro, y la rareza casi siempre es compañera del ridiculo. Queriendo sacar ventajas de los hombres, no puede serle favorable el horror con que estos le miran, y el amor propio mortificado no le deja tranquilo. Verdad es que parece encontrar ventajas y placer en esta misma contradiccion, mas nunca pueden compensarse los terribles sentimientos causados por el desprecio. Un estado tan violento da pabulo á pasiones funestisimas—Odia el impio, detesta y maldice, y se llena de furor al ver que sus odios y maldiciones pierden hasta el poder de agraviar solo por conocerse su orijen. Conoce que los hombres no se afectan al oir sus insultantes frases, porque no le tienen en rango de los humanos; antes le asemejan á los irracionales cuyos golpes deben evitarse, mas nunca causan ofensa. Creese pues rodeado de enemigos, teniendo por tales á cuantos no aprueban su locura, y la sociedad se convierte para él en un lugar de tormentos.

Si mis ideas parecieren inecsactas, ó acaso se creyese que doy realidad á meras sospechas, yo apelo á la historia de los filosofos impios, y á las pajinas de los inmensos volumenes en que han dejado estampados inmensos errores acerca de la sociedad, que todos bien ecsaminados demuestran, no solo que jamas vivieron contentos en ella, sino que la detestaron, no por virtud sino por desesperacion. Un delirante que por desgracia ha tenido muchos imitadores se empeñó en probarnos que el hombre no es un ente social. El celebre Grocio á quien no clasificaré entre los impios, y aun no se si me atreva á contarle en-

tre los catolicos, pero que ciertamente participaba del delirio de aquellos miserables, este hombre por otra parte ilustre, sostiene que hemos nacido para la guerra, y por consiguiente que el estado de paz es contra la naturaleza. Puede darse mayor absurdo ? Y que pudo inducir á este filosofo sino el descontento, á dejar en sus obras, donde brilla su talento, esta prueba evidente de su miseria, y de la confusion de su espiritu ?—No ignoras que un iluso se constituyó abogado de la ignorancia á impulsos de la soberbia, y que haciendo guerra á las ciencias, la hacia á la sociedad, que sin ellas, queda reducida á una masa inorganica, y viene á ser como un gran conjunto de piedras y diversos materiales, que aglomerados sin orden jamas podran formar un edificio, y mucho menos una hermosa ciudad.

Observa á los impios en su conducta individual, y en el caracter de sus juntas, y veras que los miserables jamas estan contentos, y que no es su desavenencia con los creyentes la causa de este mal, puesto que lo sufren, y aun mayor cuando están por si solos, y proceden enteramente segun sus principios. Sus sociedades siempre han terminado con escandalo, despues de haber sido objeto de la risa del pueblo, pues aun los mas ignorantes perciben su demencia. No leeras la vida de ninguno de estos infelices sin encontrar mil anecdotas que le ponen en ridiculo, mil lances, en que descubre su flaqueza, y en fin toda la serie de sus acciones te indicará, que su espiritu está en tormento, y que la paz huye tanto mas de sus sociedades cuanto mas se desvian sus ideas del cielo. Enemigos de todos, y tiranos de si mismos viven timiendo y odiando . . . . quieres mas Elpidio ? El cuadro es lastimoso, y nada mas se necesita para convencernos.

No puedo sin embargo pasar en silencio una de las mayores pruebas de la verdad que hasta ahora he espuesto. Quiero, mi amigo, quiero que observes al impio

en la desgracia, y palparas que jamas fue feliz, puesto que nunca poseyó los medios de impedir el dejar de serlo. El contento es fruto de la seguridad, y mientras dudamos de la permanencia del bien, nos causa tanto mayor inquietud cuanto mas perfecto. Cuando enervado el cuerpo se niega á los placeres, ó adversa la fortuna no da los medios de proporcionarlos, se encuentra el impio sin consuelo ni recurso alguno, á la manera de un incauto navegante que previendo un naufragio no preparó los medios de salvarse, y entregado á las enfurecidas olas no encuentra objeto alguno de que asirse, al paso que para mas tormento vé á otros voyantes por haberse preparado. Da entonces pabulo al furor, maldice, blasfema y odiase á si mismo como autor de su desgracia. La vida humana nos presenta, Elpidio, mas lances de dolor que de placer, y el numero de los desgraciados escede en mucho al de los que viven en prospera fortuna. Que frecuente, y funesto es, por tanto, este horroroso efecto de la impiedad, y que miserable es la vida del impio!

Describenos Virgilio, las furias de los vientos que reprimidos y encadenados logran al fin libre salida, y arrojandose sobre el mar tirreno levantan olas formidables, que conmueven, precipitan y destruyen los vajeles del principe troyano. Todo presenta confusion y ruina; pero una divinidad pone termino á tantos males, restablece la calma, y vuelve el contento. El alma del impio en la desgracia nos presenta una imajen de aquel ajitado mar, y las violentas é indomitas pasiones son mas formidables que aquellos desatados vientos, mas como el impio nada admite divino, el cuadro es aun mas espantoso, pues el consuelo es imposible, y el desastre inevitable.

Medita, Elpidio, sobre las doctrinas destructoras de la libertad humana, ecsamina su orijen, y veras que solo tuvieron por autores, y solo tienen por partidarios á los im-

pios que no pudiendo superar sus pasiones se declararon esclavos de ellas. Entreganse á las olas como nave sin govierno, despues de muchos y repetidos esfuerzos para contrarrestarlas, y queriendo sucumbir con decoro inventaron un *Ado*, ciego y tirano, los mismos que no quisieron admitir un Dios sabio y clemente. O vana ilusion! No hay un principio universal un ser todo-poderoso, y sin embargo hay un poder a que todo cede, y que subyuga aun la misma voluntad del hombre? El destino opera sin someterse á nadie, ni ser formado por nadie! Esto admite el impio que se atreve á decirnos que repugna que haya un Dios!

Esparcidas en la sociedad por los impios estas doctrinas desoladoras se produce un fatal descontento, que inutiliza á los hombres privandoles de toda esperanza. Tales absurdos encuentran muchos y decididos impugnadores, y en la tremenda lucha interrumpese la paz, enciendese el odio, escitase la venganza, halla disculpa el vicio, pierde su precio la virtud, el trabajo parece inutil, y la inaccion medida prudente; todo se trastorna, y para mayor pena se cree imposible el remedio—¿Por que pues invocan el nombre consolador de la filosofia, los que con sus doctrinas se privan á si mismos, y á sus semejantes de todo consuelo? Aman la sabiduria, son filosofos, los que niegan ecsiste? Los que se degradan hasta cohonestar su flaqueza declarandose esclavos de un ciego destino ¿como pueden persuadirnos de que poseen aquella santa libertad filosofica, que eleva al hombre sobre los seres materiales, le hace superior á la adversidad, y le conserva firme en medio de los peligros? De todo dudan y sobre todo deciden, nada saben y todo lo enseñan; la desgracia dicen es necesaria y ecsortan que se evite; constituyense guias del genero humano, y confiesan que ignoran el camino de la felicidad, y que en vano le han buscado toda su vida!

Entreganse á la suerte estos maladados, y seguidos de millares de incautos empiezan á recorrer el escabroso campo de la sociedad, envueltos en la densa nube del error, y vendados los ojos por la mano de la soberbia. Aqui resbalan, allá tropiezan, hora caen, hora se levantan, desriscanse unos, sumerjense otros: separanse varios, pero no siendo mas prudentes que sus antiguos guias, entran sin refleccion y quedan enredados en espesos bosques, de donde en vano pretenden salir; y vense por ultimo muchos miserables, luchando con la muerte que recibieron de la desesperacion. Pero ah!—Mientras estas turbas de obsecados siguiendo á sus infaustos caudillos discurren por todas partes sin fijarse en ninguna, y hollan las fragantes flores que la virtud habia sembrado en el campo social, dos hijas hermosisimas del Eterno, mi querido Elpidio, si, la santa religion, y la amable filosofia dadas las manos, y rodeadas de un Iris de paz, observan desde el alto cielo este campo de dolor, siguen con la vista los pasos del horrendo monstruo de la impiedad, y compadecen la miserable suerte de los que por no conocerlas han creido dividirlas.

Por que funesta desgracia se ha procurado dar diverso orijen á estas dos emanaciones de la sabiduria divina? De aqui el trastorno de los principios sociales, de aqui la desconfianza mutua, de aqui la debilidad de las leyes, de aqui en una palabra la ruina de la sociedad. Una relijion irracional, y una filosofia irreligiosa son dos monstruos del abismo, que en vano procuraran ataviarse con agenos vestidos, y tomar el lugar de aquellas dos hijas de la luz, y anjeles de paz, que siempre unanimes, envian al espiritu humano rayos de diversa naturaleza, pero de un mismo orijen, y le llenan de consuelo.

Compara el cuadro lamentable que acabo de describir con el que presenta una sociedad piadosa: imajinate aquel mismo campo recorrido no por unos furiosos y ob-

secados que todo lo destruyen, sino por una multitud de justos que sin renunciar á las prerrogativas de hombres, no tienen la locura de desconocer su orijen, y respetan la divinidad. Mira aquella misma filosofia cuyo nombre profanaron los impios, mirala cuan alegre los conduce advirtiendoles, hasta el mas lijero precipicio, y corrijiendoles el menor desvio de la senda del saber. Observa la relijion aplaudiendo la actividad humana, gloriandose en los progresos de las luces, pero al mismo tiempo señalando al cielo donde les promete una ciencia perfecta, y un bien estar eterno. Vivid, les dice, vivid como hermanos, investigad como filosofos, adorad como creyentes, y cuando estos seres, que por su naturaleza deben terminar, os abandonen, un ser inalterable debe recibiros.—A vista de estos dos cuadros será dificil distinguir el de la felicidad?

La voz de los pueblos aun da mas fuerza á los argumentos de la sana filosofia, y declara que la impiedad ha sido siempre detestada por sus pernisiosos efectos, y que el orden social, y la paz de los hombres han sido siempre victimas de los impios, como lo han sido tambien de los supersticiosos y de los fanaticos. Considerando pues la impiedad solo en sus relaciones con la politica, y sin respecto alguno á los bienes eternos, debe evitarse como funesta, á no ser que un argumento de esperiencia, en tantas jeneraciones sea desatendido, por seguir las teorias de algunos alucinados.—Los mismos argumentos con que el impio quiere introducir la impiedad prueban que debe detestarse. Un poeta visionario, como casi todos ellos, aseguró que el temor fue el autor de los dioses, y esta sentencia que pudo ser cierta en cuando á las falsas deidades, se ha aplicado con impiedad á la creencia del ser supremo—Mas no prueba la misma invencion de nuevas deidades el convencimiento, y esperiencia de los pueblos acerca de los efectos de la impiedad?—El mismo remedio que buscaron indicaba la causa del mal que pa

decian. Ah! Si se dijese que el temor ha inducido á muchos á quererse persuadir ási mismos de que no hay Dios, sin duda se acertaria. Pero concedamos lo que ni el entendimiento ni el corazon pueden conceder, si, concedamos que todo es una invencion humana, ¿no dicen los que la suponen, que fue fruto de la necesidad de gobernar los pueblos? Luego en el estado de impiedad no pudieron gobernarse, y es claro que sin gobierno no hay orden, y sin orden no hay contento.

Pongamos termino á tan tristes reflecciones, aunque no al sentimiento que ellas causan. Puedan los pueblos desechar la impiedad, pueda la filosofia des?cubrir este monstro, cuyo aspecto horrible basta para detestarlo. Tu, piadoso Elpiro, se feliz.

## CARTA SEGUNDA.

*La impiedad destruye la confianza de los pueblos, y sirve de apoyo al despotismo.*

Al descontento que causa la impiedad se sigue, querido Elpidio, la desconfianza de los pueblos, mal terrible que destruye todos los planes de la mas sabia politica, y anula los esfuerzos del mas justo gobierno. Persuadidos los hombres de la necesidad de una garantia contra la malicía, y no pudiendo encontrarla en las leyes, que como dijo un sabio de la antiguedad, nada valen sin las buenas costumbres, claman por un principio que las produzca y asegure. La vida de los impios es un testimonío irrefragable de que no siguen este deseado principio, y que la relajacion está casi siempre unida á la impiedad. Como pueden inspirar confianza ? El sagrado juramento es en sus labios una ficcion ridicula, y una mofa la mas insultante. Jurar por un Dios en que no se cree, ó de quien nada se espera, y nada se teme ; es tratar á losdemas hombres como á niños, ó á dementes, cuyas ideas suelen aprobarse solo por complacerlos y acallarlos. Puede darse mayor insulto ? Los que empiezan por mentir en la misma promesa, podrá creerse que tienen animo de cumplirla ? Presentanse como creyentes, y juran como ellos, dando á entender que tienen las mismas ideas, y los mismos sentimientos, al paso que en su mente contrarian cada una de sus mismas palabras, resultando que ni ellos se creen mutuamente, ni nadie los cree, por muy bien que desempeñen su papel comico-politico.

Difundida pues la impiedad en el cuerpo social destruye todos los vinculos de aprecio, y á la manera de un veneno corrompe toda la masa y dá la muerte. El honor viene á ser un nombre vano, el patriotismo una mascara politica, la virtud una quimera, y la confianza una necedad. *Crees que ecsajero, Elpidio? Reflecciona y veras que solo copio*—Si, en la historia de los pueblos encontrarás el orijinal de la imajen que he descrito; veras los partidos politicos que cual densas nubes impelidas por contrarios vientos chocan con furia, mas no teniendo cohesion entre sus partes se deshacen, y desaparecen, ó bien se mezclan formando otras nuevas, que á impulso de distinto viento van á chocar con las mas lejanas repitiendo alla la misma escena, y de este modo conservan un denso velo que roba á nuestra vista los rayos luminosos del sol de justicia. Pero que! me diras, es siempre la impiedad *la que forma los partidos?* No, pero siempre se mezcla en todos ellos sin pertenecer á ninguno, y á todos los corrompe. El impio es *hombre del momento*, mas el justo es hombre de la eternidad. Tienen pues consistencia las sociedades de los justos, y son delesnables las de los perversos. Mas cuando por desgracia se reunen elementos tan contrarios como la justicia y la impiedad, basta un lijero impulso para separarlos, é interrumpida la accion, por solidas que sean algunas de las partes, el todo queda disuelto. He aqui el pernicioso efecto de la impiedad!

Si los partidos tuvieran el derecho de espulsion, y si pudieran ser conocidos todos los que la merecen, sin duda que llegarian á formarse cuerpos politicos homoeneos. Mas un partido es una casa abierta y sin propietario, donde entra y sale el que le parece, y donde muchos suponen haber estado, sin que pueda probarseles su impostura. De aqui el descredito de la jeneralidad por unos pocos, que finjen haberse separado en conse-

cuencia de crimenes que observaron en sus antiguos compañeros, que acaso nunca lo fueron; de aqui la facilidad de producir gran confusion, y entorpecer las operaciones ordenadas; de aqui en fin la oportunidad para asechanzas politicas. Pareceme, querido Elpidio, que estas lijeras observaciones bastan para esplicar un fenomeno que algunos creen tan raro, quiero decir, como pueden hombres de virtud y merito hallarse en partidos detestables; y como se encuentran tantos perversos en partidos los mas santos. Hallanse á veces para mas anomalia, estos seres estraños á la cabeza de los mismos partidos, y he aqui una gran prueba de que no siempre las ideas de las clases convienen con las de sus principales.

Para que, me dirás hablar tanto de partidos? Para hacer ver, mi Elpidio, que por mas justa que sea su causa y mas sagrado su objeto, su ruina es inevitable si prevalece en ellos la impiedad; y como el jenero humano está necesariamente compuesto de partidos, resulta que la impiedad enemiga de la virtud siembra la desconfianza en los pueblos, é impide su felicidad. Solo un vinculo interno puede unir á los hombres cuando no pueden ser sometidos á los esternos. ¿ Y quien no ve que las leyes y la opinion jamas podran contener los desvarios y perfidias cuando una multitud de hombres diseminados en la sociedad saben evitar sus golpes, y aun se finjen sus mas fieles observadores? No se funda pues la confianza de un partido sobre otra basa, que el sentimiento de justicia, de sensatez y de honor que supone en los demas, el que de buena fé profesa unos principios.

Convencidos de estas verdades, y conociendo la necesidad de inspirar confianza á los hombres si queremos vivir en paz con ellos: han pretendido algunos demonstrar que la moralidad no depende de la relijion; y aunque horrorizados de su misma doctrina no se han atrevido

á deducir las consequencias, es claro que de ella se infiere que los impios pueden ser virtuosos. Puestos ya en contacto los dos terminos virtud é impiedad creo, mi caro amigo, que es palpable la contradicion, y tamaño absurdo queda completamente refutado. La materia sin embargo es de tal importancia que conviene ilustrarla con algunas reflecciones.

Respecto á la vida eterna no hay mas que una relijion y una moral derivada de ella, y meritoria por este sagrado principio; mas respecto á la sociedad pueden unas relijiones nominales, quiero decir, unas falsas doctrinas relijiosas inspirar una moral correcta, que como su principio solo tiene merito ante los hombres. Vemos pues en las sectas religiosas hombres caritativos, sobrios, y justicieros, que por estos actos merecen aprecio, y escitan admiracion, sin que tampoco se diga que por ellos *desmerecen* ante Dios, pues caeriamos en el absurdo de afirmar que *todas las operaciones de los pecadores son pecados.** Estas dos lineas deben marcarse perfectamente para no incurrir en errores funestos acerca de la influjo del relijion en la sociedad, confundiendolo con el productivo del merito para la vida eterna. Distinguiendo pues la moral *social* y la *relijiosa* diremos que ésta no es lejitima y perfecta sino cuando proviene de la unica y verdadera relijion, mas aquella puede ser perfecta aunque tenga por orijen una falsa relijion. En cuanto á la impiedad es destructora de ambas clases de moral, por mas que digan sus apolojistas.

Un incredulo vive solo para gozar en este mundo cuanto pueda; y segun sus principios es un tonto si pudiendo gozar no goza por voces insignificantes de virtud y honor; mas segun sus mismos principios, y los de la sana moral, son mucho mas tontos que él los que tienen la simpleza de fiarse de sus palabras. Es una fiera encadenada por

* Este fue uno de los errores de Lutero.

las leyes, mas si está á su alcance una victima, ó si fallan las cadenas la destruccion es segura.

Temen pues los buenos de todos los partidos, y aun los mismos impios temen, cuando estas fieras con aspecto humano discurren por todas partes, y se mezclan con los hijos de la paz solo para devorarlos. Entran los rezelos, empiezan las pesquisas, aumentanse las inquietudes, falta el sufrimiento, la prudencia falta, sucede el furor, siguense los ataques, y empezada la matanza, concluye con la desolacion. De la fieras que la causaron unas se retiran saciadas, otras rujen por que las ha cabido poco, y otras cubriendose con agena piel van con apariencia de ovejas á introducirse en los rebaños, para preparar nuevo esterminio. Tal es, mi amado Elpidio, la importante leccion, que la esperiencia ha dado en todas las vicisitudes de los pueblos, y sabes que yo he sido uno de los oyentes dé esta severisima y sabia maestra . . . . .

Ah ! que profundas son las heridas que causan en el cuerpo social las emponzoñadas garras del monstruo de la impiedad ! Estinguidos ó minorados los sentimientos relijiosos y no hallando consuelo alguno sobre la tierra; se entregan los animos á una lamentable indolencia, ó á una desesperacion espantosa, dase de mano a todos los proyectos, y parece que los pueblos renuncian á toda tentativa de prosperidad. El siglo pasado nos presentó en una de las mas florecientes naciones de Europa una ejemplo de estas terribles verdades, si, un ejemplo Elpidio, que jamas se borrará de las memoria de los hombres, pero que desgraciadamente no ha bastado á escarmentarlos. Era la Francia un delicioso albergue de la industria, y un magnifico alcazar de las ciencias; cubrian sus campos mieses abundantes, y blanqueaban sus colinas rebaños numerosos; veianse sus puertos poblados de mastiles, y sus caminos sellados de carros. Pero Ah ! En medio de tantas delicias iba haciendo progresos la impiedad, y ya

sabes cual fue el funesto resultado. No renovemos la memoria de tantas miserias, y solo copiemos de aquel horroroso cuadro algunos lijeros rasgos que puedan servir á nuestro intento.

Sabes que jamas se ha visto mas difundida y poderosa la impiedad ¿ pero te acuerdas haber visto jamas tan difundida la injusticia ? Pero que digo la injusticia, no se vio aquel sabio é ilustre pueblo reducido á la barbarie ? En que pecho habitaba entonces la confianza ? Los mismos asesinos temian ser asesinados, ni el amor conjugal, ni el filial, ni la antigua y pura amistad producian efecto alguno, desde que una turba impia los clasificó de necedades. Cerrar los ojos para no percibir una verdad tan clara es aumentar la desgracía con el tormento de haberla causado, pero cuantos de estos ciegos voluntarios no hallamos por todas partes ! Hay si, una clase, ó mejor dicho una multitud dispersa de hombres mas perversos que ignorantes, cuyo placer es la discordia, cuya ciencia es el engaño, y cuyo objeto es la destruccion ; mas con suma perfidia invocan para cohonestar sus depravados intentos invocan si los nombres respetables de los mas celebres patriotas, áquienes suponen autores de los mas desatinados proyectos, declaman contra el destino que los ha frustrado, y quieren cubrir con el velo del heroismo aquella escena memorable de la degradacion de la especie humana. De este modo impiden los efectos saludables de tan terrible esperimento, é inducen á los pueblos á emprender otros semejantes.

Afortunadamente el sentido comun popular, aquel instinto que tiene la muchedumbre para dirijirse á ciertos objetos que la favorecen y separarse de otros, que la perjudican no está enteramente estinguido, y á pesar de todos los esfuerzos de los impios, la multitud sencilla conoce la tendencia, y palpa los frutos de la impiedad, á la cual hace responsable de los raudales de sangre que inundaron la

Francía, y de aqui el odio con que son mirados por los pueblos los apostoles del estérminio. Ocurren estos á los insultos y denuestos, declaman contra la ignorancia popular, y ponderan la corrupcion del pueblo que le hace incapaz de empresas nobles, (empresas á que ellos mismos sirven de obstaculo) y pasan de este modo una vida de tormento, causandoselo a otros. El pueblo por su parte irritado por tanto insulto odia mas y mas á sus calumniadores, y crece rapidamente la desconfianza, al ver que la impiedad se estiende, y que sus ataques son alevosos y tremendos. Producese un temor panico en ciertas clases, y un furor belico en otras, y advirtiendo ellas mismas sus contrarias disposiciones, entran nuevos rezelos, y ton ınse nuevas precausiones. Cada hombre ve en su semejante un enemigo, que al momento supone un impio, y como estos monstruos nada respetan, procura vivir en continua observacion, fruto de una justa desconfianza.

Que triste idea atormenta mi espiritu! que infausto resultado, si bien debia esperarse de tales elementos! Temo querido Elpidio, que no acertaré a presentar con sus propios colores al monstruo de la impiedad, exerciendo la mayor de sus crueldades, y la mas baja de sus perfidias, quieró decir abriendo el camino para que le siga otro monstruo no menos horrendo y destructor . . . el barbaro despotismo. Te sorprende mi asercion? Crees que la impiedad solo se amista con los libres? Piensas que no hay despotas impios? No, tu alma grande no puede abrigar unas ideas tan degradantes de la especie humana, y tu sano juicio afirmará como el de todos los buenos que jamas hubo un hombre libre que fuese impio, ni un despota que dejase de serlo. La impiedad desata todos los vinculos del amor arreglado, y deja espeditos todos los movimientos de las pasiones, que muy pronto dejeneran en furias, que ejercen en el corazon humano el mas insu-

frible de todos los despotismos, convirtiendo al oprimido en el opresor de si mismo. Esta cruel opresion esperimenta el despota, sus desenfrenadas pasiones le arrastran por todas partes, y como fiera maltratada se ceba en cuantas victimas encuentra en su maladada carrera. Mientras mayor es el numero de sus injusticias mayor es la inquietud de su corazon, y mayor es su compromiso con los agentes de sus crueldades. Es un esclavo cubierto de oro para hacer mas visibles los signos de su esclavitud. Y crees que la santa piedad, por esencia bienhechora pacifica y amorosa, crees Elpidio, que esta suave y deliciosa emanacion del cielo, habita en un monstruo esclavo de las furias, y ministro del infierno? Si es que conserva alguna fé ¿no es semejante a la de los demonios? No es un impio practico, de cuyas nociones especulativas tenemos mucho derecho para dudar?

Los dos santos principios de la felicidad humana, la justa libertad, y la relijion sublime estan en perfecta harmonia y son inseparables. Una hipocresia politica pretende desunirlos, pero un estado tan violento no puede ser duradero, y el tiempo corre al fin el velo y descubre al hipocrita. De aqui tantas alteraciones politicas en ambos sentidos, de aqui tanta sangre vertida, tantas riquezas mal gastadas, tantos pueblos arruinados, y tantos crimenes, cuya memoria sirve de castigo a sus autores. Despues de tantos escarmientos y de esperiencia tan dilatada, ¿ que diremos de nuestros libres que quieren ser impios, y de nuestros relijiosos que quieren ser esclavos?—Mi respuesta franca seria que ni los unos son libres, ni los otros son relijiosos, sino unas hordas de ilusos y de picaros que con distinto vestido sirven a un mismo amo, quiero decir al Demonio.

Ah! mi caro amigo, estas masas al parecer tan eterojeneas convienen perfectamente en atraer el crimen y repeler la virtud, y de aqui resulta que inundado el orbe

por un dilubio de males, pierden los buenos la esparanza de purificarlo y todos se desalientan. Su inaccion deja espedita la ominosa influencia de la tirania, a la cual muy pronto ofrecen sus inciensos los perfidos. que se finjieron sus enemigos mientras no pudieran ser sus compañeros, y fatigados los pueblos ceden al degradante despotismo.

No creas que hablo solo de los reyes entre los cuales ha habido padres de los pueblos y fieras que los han devorado; mis observaciones se dirijen al despotismo en todos sus estados, y veras que en todos ellos es favorecido por el monstruo de la impiedad. Ecsiste si, ecsiste un despotismo popular no menos detestable que el monarquico, y los pueblos han sido sus victimas, obligandolos para mayor pena a votar su injusta sentencia. En nombre de los pueblos se han destruido sus riquezas, muerto sus hijos, destruido sus ciudades, y lo que es mas hollado sus leyes. A este lamentable estado no pudo conducirle sino la impiedad, que alejando las virtudes á quienes el pueblo habia confiado su suerte, y que fieles conservadoras de tan estimable deposito impedian la entrada á sus enemigos, alejando si, los anjeles tutelares del jenero humano, los jenios que la Divinidad envia para consuelo de los mortales oprimidos, queda franca la entrada al monstruo, que muy pronto elije sus satelites y principia sus desvastaciones.

Con oprobio de la naturaleza humana se empieza a predicar por todas partes la necesidad de oprimir los pueblos en vez de predicar la de no ecsasperarlos. No se omite sofisma de ninguna clase para alucinar la multitud, cuya razon poco ejercitada cede á los impulsos de la imajinacion que se procura acalorar con las terrificas imajenes de tantos desastres. Recuerdanse los jemidos de las victimas, pero no se recuerdan los golpes de sus inmoladores; no se recuerdan las causas de tantos sacrificios antes se inventan otras que sean menos odiosas, y que

cubran con el velo de la prudencia los efectos de la perversidad. De este modo se encadenan y aprisionan los pueblos, mi caro amigo, é importa nada que las llaves de esta horrenda carcel esten en una ó muchas manos.

Por muy poco que refleccionemos sobre las operaciones del despotismo en todas sus especies, conoceremos, mi amado Elpidio, que este aborto infernal no puede avenirse con la piedad que es hija del cielo, antes procura destruirla para poder reducir á los hombres al estado de barbarie, y crueldad absolutamente necesarias para sus criminales procedimientos. Solo hallandose el hombre privado de todo temor de Dios, puede despreciar su ley divina, desatender los dictamenes de la conciencia, y arrojarse *como un tigre* sobre sus semejantes para devorarlos. Y que otra cosa hacen los despotas ? Ni las lagrimas de la viuda, ni los jemidos del huerfano, ni las quejas lastimosas del honrado padre de familia, ni los avisos del sabio bastan a separar al despota de sus crueldades. Sufrimiento, virtud y ciencia estos tres resortes de la simpatia son insignificantes para un hombre cuyo barbaro placer consiste en ser temido. Nada mas analogo a la impiedad, que priva de aquel vinculo agradable de sumision a un ser supremo y vengador, pero al mismo tiempo padre amoroso de los mortales, áquienes promete una dichosa inmortalidad.

Permiteme, querido amigo, que aun detenga tu atencion por algunos momentos, y sigamos los rastros de esta vibora que ha causando y esta causado tantos daños a los pueblos. Investigaremos, aunque con suma pena, los distintos medios que emplea para disfrazarse, y para hacer agradable su activo veneno.

Declaman los despotas contra la impiedad que les abrio el camino, y llevando al colmo su hipocresia hacen creer a los pueblos que solo aspiran a verla destruida. Invocan el sagrado nombre de la relijion pero con un

semblante que deja entrever sus contrarios sentimientos, si bien no autoriza para pronunciarlos impios—Cuentan pues con los ignorantes é irreflecsivos que por desgracia son muchos, y sostienen su influjo, conservando en ambos partidos una lijera esperanza de un total pronunciamiento. Piensa el hombre relijioso pero incauto, que los resquicios de impiedad que aun se observan en el despota podran ser destruidos por la abundancia de sus buenas cualidades, y llaman buenas todas aquellas cuya malicia el no alcanza á percibir. Animase el impio al traslucirse una identidad de sentimientos, y no duda que pronto se conseguirá una identidad de sabias y francas operaciones, y llama tales, los ataques descarados é infructuosos contra la relijion. El despota entre tanto saca partido de ambas clases de hombres alucinados, y se vale de la impiedad como instrumento, que sabe manejar de distinto modo. Estraño fenomeno, mi caro amigo, el odio y temor de la impiedad subyuga al devoto, y el deseo de propagarla contiene al impio, quedando ambos encadenados por la mano infausta del despotismo ilustrado, que para asegurar mas victimas, se vale de la ignorancia que en los unos toma el nombre de prudencia, y en los otros el de ilustracion.

Tambien suelen valerse los despotas de otro medio aun mas infame para su inaudita perfidia. Suponen la impiedad mucho mas difundida de lo que por desgracia se encuentra, y pintan un por venir el mas funesto y casi inevitable, y afectando la imajinacion en sumo grado, preparan los animos para sufrir qualquiera medida, que toman con una afectada pena y como por fuerza, cuando no es sino el resultado de una maquinacion infernal. Los impios por su parte caen tambien en el lazo, pues creyendose mas fuertes de lo que son, se descubren y atacan sin reserva, pero destruidos en sus primeras tentativas aumentan las glorias del despotismo, y lo radican por los

mismos medios que emplearon para destruirlo, creyendolo identificado con la piedad, sin advertir que ellos mismos eran los ajentes de que se valio para la ruina comun, y la elevacion de su sagriento y detestable trono.

Sirve tambien el despotismo de la impiedad para hacer nulo el poder de las leyes que son sus enemigas. Quiere destruirlas, mas su orijen es tan noble, y tan grande su influencia en las almas piadosas, que la tentativa es arriesgada y es menester prepararla despojando al corazon humano de unos sentimientos celestiales que jamas pueden avenirse con las perversidades de los despotas. Temen estos perder en la lucha si no encuentran compañeros en sus crimenes, y no pudiendolo ser los justos, le es preciso acojerse a los impios, á quienes pueden comprar á poco precio porque nada valen y nada respetan. Infrinjidas las leyes por un gran numero, llega el pueblo a habituarse a estas infracciones, y poco a poco va preparandose el terreno para levantar otro monumento al crimen. Acusanse de injustas, ó inadequadas las leyes, presentase como efecto de un sentimiento popular, é instinto benefico la osadia de una descarada desobediencia, y empiezan los aduladores de los despotas á formar las coronas con que se proponen premiar su perfidia, dandola el nombre de alta prudencia é ilustrado zelo, que superior a inertes documentos remueven los obstaculos de la prosperidad. No has oido varias veces este lenguaje ? Y crees que puede salir de los labios de la piedad ?

Anuladas las leyes y sueltas las pasiones entran los hombres en una guerra funestisima, é inevitable por no tener campo determinado, ni bandera marcada para reconocerse los enemigos. Es guerra de perfidias, de asechanzas, y de vilezas, y en esta clase de combate el despotismo conoce la superioridad de sus armas, y cuanto pueden servirle los impios. El triunfo es cierto, y segun la macsima de los despotas, los medios son justos.

Convencidos sin embargo de la naturaleza versatil é infame de los ajentes que han empleado, se ven en la dura necesidad de halagarlos por una parte, y reprimirlos por otra, quiero decir que los despotas para cimentarse permiten a veces los escesos de la impiedad, y otras contienen sus demasias, sometiendola al mismo cetro de hierro con que gobiernan al pueblo inocente. La historia antigua y moderna presenta pruebas convincentes de esta verdad, y entre otros ejemplos bastanos recordar la vida del impio Federico, pues jamas ha habido un principe tan despota, y que con mas destreza haya manejado a sus hermanos los impios, para hacerles servir a sus intentos. El mismo Filosofo de Verney, el *soberbio Dios del gusto*, no se escapó de ser azotado como un canalla por orden de aquel astuto principe, que tanto sabia fomentar su orgullo con favores estraordinarios. Viose la impiedad ecsaltada y reprimida alternativamente, pero siempre sirviendo a las miras del despotismo mas desenfrenado, si bien con oprobio de la filosofia, tomó aquel sabio tirano el titulo de filosofo.

Abortando monstruos semejantes consigue la impiedad levantar eternos monumentos al error, cimentandolos sobre una ciega fama, que transmite a la posteridad como objetos de honor y gloria, estos seres inicuos, cuyos nombres deberian borrarse de los anales de los pueblos, y de la historia de los tronos. Una brillante esclavitud, una miseria disfrazada, y una ignorancia ilustre son los medios mas aproposito para alucinar a los incautos, y producir esclavos miseros é ignorantes, propios subditos del infernal despotismo. Los elojios que tributa la impiedad a estos celebres impios, y los especiosos argumentos de que se vale para hacer menos odiosa su infausta memoria, son unos escollos en que naufragan los pueblos, y sobre los cuales levantan sus tronos los tiranos. Si, querido

amigo, sobre la roca de la impiedad esta elevado en medio de un mar de pasiones y miserias humanas el suntuoso fuerte de la tirania, cuyos cimientos ocultan las agitadas olas, dejando solo visibles sus robustas murallas. Dirijense a este interesante objeto las naves mal gobernadas, y creen no solo aprocsimarse sin riesgo, sino encontrar abrigo, pero ah! miseras corren a un naufragio lamentable.

La desgracia es mucho mas sensible cuando a ella se une el engaño, y aunque no pueda vencerse un enemigo sirve de consuelo el conocerlo. Cae el engañado en cierta degradacion, que lleva consigo el ridiculo, y la naturaleza humana jamas deja de resentirse de esta herida por mas que el tiempo llegue a cicatrizarla. Recuerda el hombre desgraciado la serie de sus sufrimientos sin que le causen nueva pena, y aun a veces causandole placer por serle honrosos; mas nunca recuerda sin rubor la historia de sus ilusiones, y de los engaños de que ha sido victima. Valese pues la soberbia humana de todos los medios posibles para ocultar estas pruebas de su debilidad, que tanto deshonor la causan, y no siendo posible ocultar los hechos se hace preciso desfigurarlos. Este es el orijen de la que podemos llamar *obstinacion politica*, por la cual procuran los hombres llevar adelante sus ideas aun cuando perciben que son equivocadas, y sin cuidarse del bien de los pueblos, solo atienden a la gloria de su nombre. Yo podria presentarte, Elpidio, infinitos ejemplos, mas es dificil darlos sin hacer aluciones ofensivas, y los creo por otra parte innecesarios, si meditas sobre la marcha de la politica.

Ya percibiras la tendencia de mis observaciones, conociendo que el mas cruel de los despotismos es el que se ejerce bajo la mascara de la libertad, y como rara vez los impios son despotas de otro modo que finjiendose amigos de los libres, su tirania es la mas insoportable, pero

desgraciadamente es la mas bien cimentada. Es muy dificil que la conozcan los pueblos antes se dejan arrastrar de contrarias apariencias y toda tentativa para contenerla tiene el aspecto de una defeccion de las banderas de la libertad. Entra pues el temor en los buenos, y notando este funesto efecto los impios, cobran animo y representan con mas descaro su papel, y para favorecer a los despotas se finjen sus enemigos. De este modo se encadenan los pueblos mi querido Elpidio, mas no creas he terminado la triste enumeracion de las tramas de la impiedad en favor del despotismo, yo no pretendo indicarlas todas, porque nunca acabaria, mas permiteme que no pase en silencio una de las mas terribles, formada por un corto numero de pícaros ilustrados, y practicada por una infinidad de infames ignorantes.

Sabes cuanto ridiculizan los impios las obras de los Padres de la Yglesia, y no ignoras que la mayor parte de ellos ni si quiera han visto los estantes que las contienen. Habras advertido muchas veces cuan fastidioso se hace para ellos todo el que se atreve a citar algun autor piadoso, y bien adviertes que de este modo van separando los hombres de toda veneracion hacia aquellos antiguos maestros de la virtud, y limitando la instruccion de sus sequaces a la lectura de algunos folletos que forman al intento. Nada mas favorable a las miras de los despotas. Saben que los pueblos por mas estendida que esté la corrupcion, reciben siempre con sospecha las doctrinas que vienen por el órgano de la impiedad, y se alegran al ver odiada la lectura de las obras de los padres, cuya santidad tiene un gran influjo en los corazones justos, y asi es que sus sentencias serian unas barreras a las atrocidades. Todas las macsimas de los pueblos libres, todas las doctrinas de civilizacion han sido enseñadas por los Padres, y se hallan en esos *mamotretos* que condenan sin haber leido. Temblarian los despotas, mi amado Elpidio, si pudieran ponerse

en la mano de los pueblos las paginas en que sin consideracion ni reboso se les acusa y condena, por hombres a quienes la Yglesia ha declarado santos, y a quienes la mas astuta malicia no ha podido negar el merito de la virtud mas acendrada; por hombres que fueron la admiracion de su siglo, y son ahora el desprecio de los necios, que se han abrogado el titulo de filosofos.

Entre otros varios ejemplos que omito me limitaré a traducir un articulo interesantisimo de Sto. Tomas cuya lectura te sorprendera, pues seguramente no esperas que hable en terminos tan claros, y tan fuertes. Dice pues (1. 2ae. q: q. 105 art. 1.)

Dos cosas deben atenderse en el establecimiento de los principes en una ciudad ó nacion. Primero que todos tengan alguna parte en el principado; pues de este modo se conserva la paz del pueblo, amando todos semejante institucion, y sosteniendola; segundo en cuanto a la especie de gobierno, ó establecimiento del principado que es de diversas especies; siendo las mas notables el *Reino*, en que manda uno *segun la virtud*, la aristocracia, esto es, el poder de los optimos, en que gobiernan unos pocos *segun la virtud*. Por lo tanto la mejor institucion de los principes en una ciudad ó reino, es cuando uno manda *segun la virtud*, y bajo el mandan otros tambien *segun la virtud;* y sinembargo este principado *pertenece a todos*, por que todos pueden elejir, y ser electos. Tal es todo cuerpo politico *mixto* de *Reyno* en cuanto á que uno manda, de *aristocracia* en cuanto á que muchos mandan *segun la virtud*, y *democracia*, esto es, de la potestad del pueblo, encuanto á que de los individuos del pueblo se pueden elegir los principes, y por que al *pueblo pertenece elejirlos*. Esto fue establecido por la ley divina—Moyses y sus sucesores gobernaban al pueblo, como con un imperio singular sobre todos, y esto es una especie de *reino*. Elejianse setenta y dos ancianos *segun la virtud* pues se

dice Deut. 1. 14. *Saque de vuestras tribus varones sabios y nobles, y los constitui principes*, y esto era *aristocratico*. Pero era *democratico* el elegirse estos de entre todo el pueblo, pues se dice Exod. 18. 21. *Provee de toda la plebe varones sabios, y tambien por que el pueblo los elejia*."*

En el mismo articulo propone Sto. Tomas un argumento diciendo que "el reinado representa el gobierno di-

* Respondeo dicendum, quod circa bo m ordinationem principum in aliqua civitate, vel gente duo sunt attendenda. Quorum unum est ut omnes aliquam partem habeant in principatu: per hoc enim conservatur pax populi, et omnes talem ordinationem amant, et custodiunt, ut dicitur II. Polit. (cap. 1.) Aliud est quod attenditur secundum speciem regiminis, vel ordinationis principatuum: cujus cum sint diversæ species, ut Philosophus tradit in III. Polit. (cap. v.) præcipuæ tamen sunt *Regnum*, in quo unus principatur secundum virtutem; et *Aristocratia*, id est potestas optimorum, in qua aliqui pauci principantur secundum virtutem. Unde optima ordinatio principum est in aliqua civitate, vel regno, in quo unus præficitur secundum virtutem, qui omnibus præsit, et sub ipso sunt aliqui principantes secundum virtutem: et tamen talis principatus ad omnes pertinet, tum quia ex omnibus eligi possunt; tum quia etiam ad omnibus eliguntur. Talis vero est omnis politia bene commixta ex *Regno*, in quantum unus præest; et *Aristocratia*, in quantum multi principantur secundum virtutem; et ex *Democratia*, id est potestate populi, in quantum ex popularibus possunt eligi principes, et ad populum pertinet electio principum. Et hoc fuit institutum segundum legem divinam. Nam Moyses, et ejus successores gubernabant populum, quasi singulariter omnibus principantes, quod est quædam species *regni*. Eligebantur autem septuaginta duo seniores secundum virtutem: dicitur enim Deut. 1. 15. *Tuli de vestris tribubus viros sapientes et nobiles, et constitui eīs principes*: et hoc erat *aristocraticum*. Sed *democraticum* erat quod isti de omni populo eligebantur: dicitur enim Exod. 18. 21. *Provide de omni plebe viros sapientes &c.* et etiam quod populus eos eligebat: unde dicitur Deut. 1. 13. *Date ex vobis viros sapientes &c.* Unde patet quod optima fuit ordinatio principum quam lex instituit.

vino en que un Dios gobierna al mundo desde el principio. Luego la ley no debió dejar al pueblo la institucion de los reyes sino establecerlos ella misma." Es muy notable la manera con que el santo doctor responde á este argumento. "El reino dice es el mejor de los gobiernos si no se corrompe. Mas por la gran potestad que se concede al rey es facil que dejenere en tirania, á menos que no tenga una perfecta virtud el individuo á quien se concede este gran poder. Pero la virtud perfecta se encuentra en pocos, y los Judios eran crueles y avaros. Por este motivo no instituyó Dios al principio un rey con plena potestad sino un juez y gobernador que los custodiase; mas despues como indignado por la peticion del pueblo les concedió un rey segun Consta. 1. Reg. 8: 7. *No te desecharon, sino a mi para que no reine sobre ellos.* Sin embargo al principio determinó Dios en cuanto al establecimiento de los reyes, primero el modo de elejirlos disponiendo dos cosas; que esperasen el juicio divino en la eleccion, y que no elijiesen por reyes á estranjeros porque semejantes reyes suelen no tener afecto á los pueblos que vienen á mandar, y por consiguiente no se cuidan de ellos. En segundo lugar ordenó Dios en cuanto á los reyes constituidos, el modo con que deben comportarse, a saber que no multipliquen sus carros y caballos, que no tengan muchas mugeres, ni acumulen inmensas riquezas; porque la codicia de estos objetos hace inclinar a los principes a la tirania y abandonan la justicia. Tambien determinó el señor el modo de comportarse los reyes respecto de Dios, esto es, que leyesen y meditasen siempre su ley y permaneciesen siempre en su temor y obediencia. En cuanto á los subditos les mandó que no los despreciasen y oprimiesen soberbiamente, y que no se separasen de la justicia."*

* Præterea. *Optimi est optima adducere*, ut Plato dicit (in Timæo, aliquant. á princ.) Sed optima ordinatio civi-

Proponese el Sto. Dr. otro argumente en estos terminos: "Asi como el reino es el gobierno mas perfecto asi la tirania es la mayor corrupcion de un gobierno. Mas el señor al establecer los reyes les dio un derecho ti-

tatis, vel populi cuiuscumque est ut gubernetur per Regem: quia huiusmodi regnum maxime repræsentat divinum regimen, quo unus Deus mundum gubernat á principio. Igitur lex debuit Regem populo instituere, et non permittere hoc eorum arbitrio, sicut permittitur Deuteron. 17, 14. *Cum dixeris, Constituam super me Regem. . . cum constitues &c.*

Ad secundum dicendum, quod regnum est optimum regimen populi, si non corrumpatur. Sed propter magnam potestatem, quæ Regi conceditur, de facili regnum degenerat in tyrannidem, nisi sit perfecta virtus ejus cui tales potestas conceditur, quia *non est nisi virtuosi bene ferre bonas fortunas*, ut Philosophus dicit in X. Ethic. (cap. 8,) Perfecta autem virtus in paucis invenitur: et præcipue Judæi crudeles erant, et ad avaritiam proni: per quæ vitia maxime homines in tyrannidem decidunt. Et ideo Dominus á principio eis Regem non instituit cum plena potestate, sed judicem, et gubernatorem in eorum custodiam; sed postea Regem ad petitionem populi quasi indignatus concessit, ut patet per hoc quod dixit ad Samuelem I. Reg. 8: 7. *Non te abjecerunt, sed me, ne regnem super eos.* Instituit tamen á principio circa Regem instituendum, primo quidem modum eligendi, in quo duo determinavit, ut scilicet in ejus electione expectarent judicium Domini, et ut non facerent Regem alterius gentis: quia tales Reges solent parum affici ad gentem cui præficiuntur, et per consequens non curare de ea. Secundo ordinavit circa Reges institutos, qualiter deberent ~~se habeant~~ se habere quantum ad seipsos, ut scilicet non multiplicarent currus, et equos: neque uxores neque etiam inmensas divitias: quia ex cupiditate horum principes ad tyrannidem declinant, et justitiam derelinquunt. Instituit etiam qualiter se deberent habere ad Deum, ut scilicet semper legerent, et cogitarent de lege Dei, et semper essent in Dei timore, et obedientia. Instituit etiam qualiter se haberent ad subditos suos, ut scilicet non superbe eos contemnerent, aut opprimerent, neque etiam a justitia declinarent.

ranico pues leemos 1. Reg. 8: 2. *Este sera el derecho del rey que os mandara: cojera vuestros hijos, &c.* Luego la ley no establecio los principes de un modo conveniente." Oye la respuesta, Elpidio, y te admirarás de la solidez, claridad, y firmeza con que el anjel de las escuelas sostiene la *anjelica doctrina* de la libertad de los pueblos—" Debe responderse, dice, que semejante derecho no corresponde al rey por institucion divina, sino que mas bien se pronosticaba la usurpacion de los reyes, que se abrogan un derecho inicuo dejenerando en tiranos, y robando á sus subditos; lo cual es claro por que al fin del testo se agrega: *sereis esclavos*, lo cual pertenece propiamente á la tirania porque los tiranos gobiernan á sus subditos como á esclavos; de donde se infiere que Samuel solo queria aterrar al pueblo para que no pidiese rey, pues el testo continua: *mas el pueblo no quiso oir la voz de Samuel, &c. &c.*"*

Tratando de la rapiña presenta y resuelve el mismo Sto. Dr. este argumento 2da. 2ae. q. 66. art. 18—" Los prin-

* Præterea. Sicut regnum est optimum regimen, ita tyrannis est pessima corruptio regiminis. Sed Dominus Regem instituendo, instituit jus tyrannicum: dicitur enim 1. Reg. 8: 2. *Hoc erit jus Regis qui moderaturus est vobis: filios vestros tollet, &c.* Ergo inconvenienter fuit provisum per legem circa principum ordinationem.

Ad quintum dicendum, quod illud ius non debebatur Regi ex institutione divina, sed magis prænuntiabatur usurpatio Regum, qui sibi ius iniquum constitunt, in tyrannidem degenerantes, et subditos deprædantes, et hoc patet per hoc quod in fine subdit: *Vosque eritis ei servi:* quod proprie pertinet ad tyrannidem; quia tyranni suis subditis principantur ut servis: unde hoc dicebat Samuel ad terremdum eos, ne Regem peterent: sequitur enim: *Noluit autem audire populus vocem Samuelis.* Potest tamen contingere quod bonus Rex absque tyrannide filios tollat, et constituat tribunos, et centuriones, et multa accipiat á subditis suis propter commune bonum procurandum.

cipes quitan á sus subditos muchas cosas por violencia, lo cual parece una especie de rapiña, y seria cosa muy grave decir que los principes pecan en esto, por que entonces serian condenados casi todos los principes. Luego parece que no es ilicito tomar alguna cosa por rapiña."—La respuesta es tremenda, "Si los principes," dice el Sto. Dr. "ecsijen de sus subditos lo que les corresponde *para conservar el bien comun* aunque usen de violencia no es rapiña; pero si los principes quitan algo indebidamente por violencia es *rapiña y latrocinio.* Por esto dijo Agustin lib. IV. Civit. Dei. cap. 4 in princ. *Separada la justicia que otra cosa son los reinos sino unos grandes latrocinios? por que los latrocinios, qué otra cosa son sino unos reinos pequeños?* y en Ezechiel 22: 27, se dice: *Sus principes en medio de ella como lobos que roban la presa.* Por tanto estan obligados á la restitucion y son *ladrones,* y pecan tanto mas gravemente, cuanto mas peligrosa y comun es su accion contra la justicia publica, para cuya custodia estan puestos."*

El testo de S. Agustin citado por Sto. Tomas merece particular atencion, y no creo disgustarte insertandolo todo entero—Despues de las palabras citadas continua S. Agustin, "El mismo ejercito es de hombres, rijese por

* Ad tertium dicendum, quod si Principes á subditis exigant quod eis secundum justitiam debetur propter bonum commune conservandum, etiamsi violentia adhibeatur, non est rapina. Si vero aliquid Principes indebite extorqueant per violentiam, rapina est, sicut et latrocinium. Unde dicit Augustinus in IV. de civ. Dei (cap. 4 in princ.) *Remota justitia, quid sunt regna nisi magna latrocinia? quia et latrocinia quid sunt nisi parva regna?* Et Ezech. 22: 27, dicitur: *Principes ejus in medio ejus, quasi lupi rapientes prædam.* Unde ad restitutionem tenentur, sicut et latrones: et tanto gravius peccant quam latrones, quanto periculosius, et communius contra publicam justitiam agunt, cujus custodes sunt positi.

el imperio de los principes, sujétase al pacto de la sociedad, y dividese la presa al capricho. Si llega á crecer este mal por la adicion de hombres depravados, en terminos que se apodere de lugares, fije su asiento, ocupe ciudades, y subyugue pueblos toma evidentemente el nombre de reino, que le da en publico no la codicia removida sino la impunidad agregada. Con elegancia y verdad respondio á aquel gran Alejandro un pirata que habia prendido, pues prenguntandole el rey que le parecia su crimen de infestar los mares, el respondio con libertad y descaro," lo que a ti respecto del orbe de la tierra; pero como yo lo hago con un buque pepueño me llaman ladron; y por que tu lo haces con grandes ejercitos te llaman Emperador." (Aug. de civitate Dei. lib. 4 c. 4.)

Puede hablarse con mas firmeza, y pueden darse golpes mas terribles al despotismo? Como puede decirse que la Yglesia lo fomenta cuando coloca en sus altares y venera las imajenes de estos portentos de ciencia, virtud, y de libertad cristiana, cuyas obras inmortales son la norma de todos sus teologos?—Y por que, diras, no prohiben estas obras los despotas?—Ah! mi Elpidio, ellos están

* Remota itaque justia, quid sunt regna, nisi magna latrocinia? *quia et ipsa latrocinia quid sunt, nisi parva* regna? Manus et ipsa hominum est, imperio principis regitur, pacto societatis adstringitur, placiti lege præda dividitur. Hoc *malum si in tantum* perditorum hominum accessibus crescit, ut et loca teneat, sedes constituat, civitates occupet, populos subjuget, evidentius regni nomen assumit, quod ei jam in manifesto confert non adempa cupiditas, sed addita impunitas. Eleganter enim et veraciter Alexandro illo Magno quidam comprehensus pirata respondit. Nam cum idem rex hominem interrogasset, quid ei videretur, ut mare haberet infestum: illi libera contumacia, Quod tibi, inquit, ut orbem terrarum: sed quia id ego exiguo navigio facio, latro vocor; quia tu magna classe, imperator.

seguros del efecto sin correr el riesgo de ser su causa; ellos han confiado este encargo a los impios, que por todos medios hacen odiosa la lectura de dichas obras, y este odio es mas poderoso que la mas severa prohibicion. Consiguen pues los despotas que muchos incautos é ignorantes crean que efectivamente su despotismo está fundado en las obras de los padres, y por la veneracion en que les tienen, no se atrevan a sospecharlo injusto, y mucho menos a resistirlo. Por otra parte desprecian los tiros de la misma impiedad, que les ha servido de instrumento, pues siendo tan ominosa, bastales declarar impio a todo hombre ilustrado, que se atreva a oponerse, y lo consiguen facilmente propagando que es enemigo de los santos padres. Es un triunfo para el despotismo el presentarse como blanco de los tiros de la impiedad, y asi es que a veces la provoca; pero tiembla cuando se ve acometido por la virtud.

Quien sino un varon de la ciencia y eminente virtud de S. Ambrosio se hubiera atrevido a marchitar las glorias de un Emperador triunfante, tratandole como a un criminal, reprendiendole por su cruel despotismo, y sujetandole a publica penitencia? Despues de la cruel matanza cometida en Tesalonica venia el Gran Teodosio a entrar en el templo como un tigre ensangrentado que busca un asilo en que reposar por un momento, evitando el horror que le causa la vista de los restos palpitantes de sus victimas. El santo prelado le sale al encuentro y le detiene con la terrible espada de la palabra divina, semejante al anjel guarda del Paraiso, cuyos frutos se conservan en el sagrado templo; y aquel principe a cuya voz obedeciendo las aguilas romanas conducian la muerte por toda la tierra, subyugandola a su imperio, se humilla ante el sacerdote del señor, en cuyo rostro resplandece la virtud como destello de la luz eterna. Oye, Elpiro, las energicas frases del elocuentisimo Ambrosio: " Con que ojos

te atreves a mirar, O Emperador, el templo del que es Señor de todos nosotros ? Como presumes elevar a Dios unas manos que aun estan humeantes con la sangre injustamente derramada ? Como te atreverás a tocar el sagrado cuerpo del Salvador del mundo con esas mismas manos manchadas en la carniceria cometida en Tesalonica ? Y como te atreveras a recibir aquella sangre preciosa en una boca, que en la furia de una pasion, pronuncio las injustas y crueles palabras que han hecho que se derrame la sangre de tantos inocentes ? Retirate pues, y mira bien como agregas un crimen a otro crimen." (Vide Teodoreto. Eccl. Hist. cap. 17.)

Estas terribles palabras aterraron de tal modo al Emperador Teodosio, que se retiro virtiendo lagrimas, y sujetandose a una penitencia de ocho meses, dio una satisfaccion a la humanidad ofendida, y sirvio de ejemplo a todos los gobernantes. Hubiera causado tan saludable efecto la mas enerjica imprecacion en los labios de la impiedad ? No, mi amigo, las reconvenciones de los impios son como las de los comicos que pierden toda su fuerza luego que recordamos el papel que representan. El despotismo jamas se ha contenido por las satiras, e invectivas de los *pretendidos* filosofos, antes por el contrario ha adquirido siempre mas vigor para continuar sus opresiones, semejante a un caballo desvocado que aumenta la velocidad de su carrera, y no respeta objeto alguno, mientras mayor es la algazara de los que tubieron la imprudencia de desenfrenarlo. Si, querido Elpidio, el freno santo de la relijion es el unico que puede subyugar las pasiones humanas, cuando el poder garantiza la impunidad, y los que pretenden destruir este vínculo sagrado dejan al jenero humano sin defensa alguna contra la tirania que se burla de las leyes, y desprecia las declamaciones de los ilusos, que intentan que sirvan de barrera, cuando ellos mismos las han desvirtuado, y reducido a frases pomposas, pero

de poca consistencia, a la manera de las bombas de aire con que suelen divertirse los niños.

No asi las palabras del justo. Ellas indican su divino orijen, y por grande que sea el poder y elevacion de los mortales, un sentimiento que en vano procuran acallar, no cesa de repetirles que mas poderoso y elevado es el cielo, y faltan las fuerzas para resistir cuando es inutil la resistencia. A la manera que el rayo del Olimpo estremece, y detiene al guerrero, cuyo valor siempre encontró pabulo en los ataques de sus semejantes, asi la voz del justo conmueve al iniquo ecsaltado, cuyas perversas intenciones siempre fueron fomentadas por los esfuerzos que sus desgraciadas victimas hicieron para distraerlas. La impiedad conociendo su peligro ha procurado siempre que el confuso estruendo de las pasiones humanas impida que se oiga esta voz celestial, mas siendo ella eterna se deja percibir en los intervalos que hacen sus fatigados antagonistas. Oye, entonces, el impio la reprobacion de su impiedad, oye el despota, la sentencia contra su crimen, y oye el tirano el celestial decreto de su esterminio. Sin embargo con una fatal obstinacion, disfrazada con el nombre de fortaleza, continuan estos miserables en su criminal intento, escitan nuevamente las pasiones para no oir aquella voz divina que los condena, y llega a tanto su delirio que se creen enemigos cuando todos tienen un mismo orijen, y aspiran a un mismo fin. No hay duda, el impio el despota y el tirano son tres clases de rebeldes contra la divinidad, cuyo motivo es la soberbia, y todos se dirijen a romper los vinculos que unen a los hombres con el ser supremo. Rompelos el impio negando su ecsistencia; rompelos el despota despreciando los divinos mandatos, y rompelos el tirano que es un despota destructor en alto grado, substituyendosé a la Divinidad, y haciendose dueño de la vida de los hombres, y arbitro de su fortuna, y de su suerte.

Es por tanto evidente que la impiedad facilita los medios necesarios al despotismo, y a la tirania, y podemos decir que prepara el camino de tal modo, que no deja obstaculo de ninguna clase. Como puede haberlo si no ecsisten tales vinculos, y si aun no ecsiste el ser que podia constituirlos? El despota y el tirano quedan libres de todo cuidado, y ni siquiera deben pensar en unas quimeras semejantes—Que consecuencias tan horrorosas se derivan de este principio! Y que diremos de los que se empeñan en inculcarlo?

Una y mil veces lo repito, Elpidio, los impios que con una ignorancia solo igualada por su perversidad, han procurado y procuran ridiculizar la relijion, y retraer a los hombres de la lectura de las obras de los maestros de la virtud, y de la ciencia de la felicidad, no han hecho ni hacen mas que favorecer la tirania. En un pueblo virtuoso es imposible que se erija un tirano. Estos monstruos son abortos del infierno, y solo pueden nutrirlos y halagarlos las hydras infernales: mas entre los hijos del justo cielo, entre los verdaderos cristianos se encuentran abandonados y mueren de hambre. Preciso es que haya picaros y necios para que haya tiranos, y no son las obras de los padres de la Yglesia las que pueden formar tales elementos. Formanse si por una multitud de apolojias de un ridiculo pirronismo, que con el equivocado titulo de obras filosoficas corren por todas partes, arrancando aplausos de una chusma de *tontos brillantes*, que con todos los refinamientos de la culta sociedad esceden en barbarie al salvaje de las selvas. Formanse por una porcion de tunantes vestidos de clerigos, que con desdoro de su sagrado ministerio, y lagrimas de los verdaderos eclesiasticos dan pabulo a la impiedad con su total abandono, y acaso son ellos los primeros impios. Formanse por una multitud de monos fajados y sin faja, a quienes por mal nombre llaman militares, solo porque se visten como los

que son, aunque no se cuidan del honor del vestido, y asi es que permiten que sea deshonrado, y le mudan con facilidad, por que su intencion no es otra que sacar partido sin atender a los medios. De estos *ilustres traidores* a la causa de los pueblos que los mantienen, apenas hay uno que no sea impio; y como puede dejar de serlo el hombre que profanando una profesion protectora de la justicia, y de los derechos nacionales, una profesion introducida sabiamente en la sociedad para contener el crimen y dar vigor á las leyes, cómo, repito, puede dejar de ser un detestable impio el que abusando de tan inestimable deposito, faltando a la confianza publica se erije en ministro del despotismo, é infrinje todas las leyes divinas y humanas? Habrá quien crea que en un corazon tan depravado hay una sola chispa del sagrado fuego de la piedad!

Con cuanta pena se ven mezclados y alternando con esta *condecorada canalla*, cuya osadia, e impunidad se funda en el abuso de las armas, que se pusieron en sus manos para defender la patria; con cuanta pena se ven, querido Elpidio, formando un cuerpo estos deformes miembros de la sociedad los verdaderamente ilustres militares, o mejor dicho los unicos militares, que en medio de *los aplausos de sus conciudadanos*, marchan por la senda del honor hacia el templo de la gloria! Conocidos mas por sus virtudes e importantes servicios que por las distinciones e insignias de su clase, reciben las miradas del aprecio de todos los buenos, pero ah! muy pronto son atacados por el *monstruo de la impiedad*, que teme que su ejemplo pueda proporcionar a los pueblos una santa milicia. Valese pues de todos los medios, y estos dignisimos militares son representados por sus compañeros en vestido, como unos tontos ilusos, esclavos del despotismo, *como unos hombres gobernados por clerigos y frailes*, con

quienes no puede contarse para nada noble, deberian decir para nada impio.

Resulta pues que privados los pueblos del apoyo de una justa milicia se ven entregados en manos de los despotas, que mandan sus *celebres asesinos* a que maten y destruyan a su arbitrio, siempre que consigan remachar las cadenas que oprimen a la humanidad contra la voluntad del ser supremo. Eleva la impiedad varios de estos hijos suyos predilectos, y los coloca en altos destinos confiandoles su causa, a la cual siempre son fieles, asi como son infieles a la noble causa de la justicia, y santa libertad, inconciliables con los sentimientos impios, y las miras ambiciosas de estos cobardes. Si, lo repito, de estos cobardes, pues desconocen el valor ordenado, que es el unico virtuoso, y los vemos entregarse al furor, ó a la condescendencia y debilidad, siendo en ambos casos completamente vencidos por una pasion degradante. No tienen, no, aquel santo valor que constituye a un digno militar, como un angel de justicia enviado del cielo para conservar sus derechos sobre la tierra, cuando pierden las leyes su poder, y no son obedecidas por la perversidad, o el delirio de los hombres. Aquel valor que no teme la muerte por la justicia, pero si teme darla sin ella; aquel valor imperturbable por las amenazas del crimen, pero siempre sensible y sumiso a la voz de la virtud. Que pocos militares encontramos hoy dia que posean este santo valor! Y cual es la causa de tanta perdida sino la impiedad? Quien sino este monstruo del averno ha puesto a disposicion de los despotas, esas furias desvastadoras, con que oprimen la inocencia, se burlan de la justicia, estinguen el saber, destruyen la libertad, profanan la relijion, y para decirlo de una vez, todo lo aniquilan?

La obediencia es la primera ley de una buena milicia, pero los despotas no se atreverian a dar ordenes inicuas a militares honrados, y si estos tuviesen la desgracia de ser

compelidos a operar injustamente, nunca irian mas allá de lo que ecsije la obediencia, y jamas tendrian el barbaro placer de agregar nuevas crueldades, y mayores injusticias a las intentadas por sus perversos mandarines. Los pueblos verian en ellos unos hermanos que con dolor y solo por necesidad los atacaban, mas no unos tigres que se aprovechan de la ocasion de devorar y quisieran no poner termino a la mortandad. Un ejercito justo será siempre un consuelo para el pueblo, asi como uno inicuo será siempre su infortunio.

Formanse tambien los necios y los picaros por el mal ejemplo de otros de la misma clase, pero que para mas oprobio de la relijion toman la mas sagrada insignia como distintivo de su solapada impiedad. Toman, si, toman la adorable cruz del Salvador del mundo y traenla colgada sobre el pecho precisamente para indicar que la detestan. Estos notorios impios, cuyas intrigas y maquinaciones contra la relijion, y cuya infamia en los medios empleados para adquirir tales decoraciones son bien conocidas, estos impios se llaman *caballeros*, de tal ó cual cruz, y deshoran a los verdaderos *caballeros*, que no pueden serlo sino los hombres de bien, y de los cuales muchos por sus virtudes y heroicas acciones han merecido tan ilustre distintivo como es la cruz del señor, que la patria agradecida ha puesto sobre su pecho para indicar la habitacion del honor, y de un santo patriotismo. Estas son las cruces que el pueblo considera en su altar lejitimo, pero la jeneralidad de ellas solo se presentan profanadas en una farsa burlesca—Usamos los cristianos el signo de la cruz para ahuyentar al demonio é impedirle la entrada, mas parece que muchos de estos caballeros traen la cruz sobre el pecho para impedir la salida, por temor de que hasta el mismo demonio se horrorize de habitar en semejante corazon y trate de escaparse. Quantas de estas *cruces de salida*, conoceras tu, mi amado Elpidio! La im-

piedad es muy varia en sus disfraces, y nunca es tan peligrosa como cuando se cubre con el velo de la virtud, y de la relijion misma que pretende destruir. Bajo los amables nombres de heroismo, nobleza, y otros semejantes alucina una multitud de incautos y escita las pasiones mas terribles. Los mismos que han sido victimas de la ambicion se convierten en ambiciosos cuando falta la virtud, y asi es que la impiedad proporciona satelites al despotismo aumentando el numero de estos caballeros *de la cruz de salida*. Te ries? Y porque no he de dar yo su propio titulo a una orden tan estensa y notoria?

Sin duda esperarás, que notando la impiedad en las diversas clases que componen el cuerpo social, no pase en silencio la judicatura con todos sus agregados, mas permiteme que nada diga acerca de estos traficantes de justicia, ladrones legales, corruptores de la moral, opresores de los pobres, estafadores de las viudas, asesinos de toda honra, y enemigos de la paz y felicidad de los hombres. Confundidos con estos perversos se encuentran varones benemeritos por su ciencia y virtud, que como verdaderos organos de la justicia difunden el consuelo defendiendo la inocencia, y oponiendose al crimen, pero estos seres beneficos son tan raros, que vienen a ser como los monstruos de una clase, que parece que es depravada por naturaleza. Que felices serian los pueblos si la impiedad no hubiera corrompido un estado no solo tan util sino tan necesario! Pero que desgracia cuando los interpretes, y depositarios de las leyes son sus impunes infractores! Y crees que puede serlo un letrado verdaderamente piadoso, o que puede dejar de serlo uno verdaderamente impio?

No creas, mi caro amigo, que las observaciones que acabo de hacer tienen por objeto desacreditar las clases a que se refieren, pues muy al contrario solo es mi animo indicar lo que dichas clases sufren por la influencia de

la impiedad, que siempre es un cuerpo estraño, que jamas se amalgama con las otras partes. Si, querido Elpidio, el mayor tormento que puede darse a un hombre de bien es confundirle con los picaros, y mucho mas cuando algunos signos adoptados por la sociedad como indispensables en una clase, imposibilitan la distincion entre buenos y malos, y hacen necesaria esta desgracia. Un militar honrado debe vestirse como todos los picaros de su clase y entrar en sus filas; un eclesiastico digno de este nombre se viste los mismos habitos que los inicuos que por desgracia ejercen el mismo ministerio; y de aqui resulta que el descredito es jeneral y sufre toda la clase, cuando solo deberian sufrir ciertos individuos.

He aqui uno de los males mas graves que produce la impiedad. Corrompidas por ella todas las clases del estado, pierden todas su verdadero prestijio que consiste en el aprecio, y confianza de los pueblos, y solo conservan el prestijio de apariencia, o mejor dicho el privilejio de usar los signos de condecoracion, que ya han pasado a ser signos de ignominia. Los buenos se ruborizan de usarlos pero se ven compelidos a hacerlo, y los malos tratan de sacar todo el partido que pueden de este vano esplendor, convencidos por el testimonio de su conciencia de que no tienen nada que esperar de parte del pueblo que los detesta. Queda pues desvirtuada la sociedad y reducida a un gran teatro en que diversas clases de farsantes ejecutan diversos papeles por el dinero que les pagan. En un teatro semejante y no en una sociedad bien organizada es donde puede presentarse con todo descaro y osadia el funesto despotismo, estando seguro de ser sufrido por la desconfianza que inspiran todas las clases, que son las bases del estado, y asi es que el pueblo no cree encontrar en ellas ningunos defensores de sus derechos; y por otra parte se persuade que es imposible contrarrestar la accion de tantas y tan perversas corpo-

raciones. Los verdaderos amantes del pueblo jimen al ver tanto engaño, mas no pueden remediarlo, pues para vivir en sociedad es menester pertenecer a cierta clase, ó ser inutil, a menos que no se trate de un hombre estraordinario que por si solo equivalga a una clase, o por lo menos que no necesite de ellas.

Esta es la razon por que ningun sistema politico sea el que fuere puede ser duradero en un pueblo semejante. Un sistema de gobierno es como un plano en arquitectura que bien ejecutado forma un hermoso edificio, mas supone la solidez de las piedras, pues si estas se deshacen la magnificencia de la obra solo sirve para hacer mas espantosa su ruina. No hay duda que las instituciones politicas, y las leyes civiles sirven de proteccion y de estimulo, pero no bastan para consolidar los pueblos, antes son como los vestidos que protejen el cuerpo y le libran de la intemperie, mas si está corrompido no pueden sanarlo. Una prudencia social fruto de la moralidad y de la ilustracion es el verdadero apoyo de los sistemas, y de las leyes, que en consecuencia adquieren todo su vigor contra los perversos. Y quien será tan demente que espere hallar esta prudencia en una sociedad de impios? No, jamas podran tenerla pues han socavado su fundamento que es la virtud, y de aqui resulta que ningun sistema puede consolidarse por ellos. Solo el despotismo puede establecerse con tales elementos, por que no es sistema sino barbarie, y asi es que necesita de picaros y de bárbaros, y los halla en abundancia entre los impios, que bajo diversas denominaciones inundan la sociedad.

Ah! mi Elpidio, que lugubres ideas escita en mi alma el tristisimo cuadro que he empezado a describir, y que no puedo continuar—la pluma se desliza de mi tremula mano, y una nube de lagrimas empaña mis ojos . . . mi imajinacion me arrebata a rejiones bien distantes, y mi espiritu recorre campos immensos cubiertos de tenieblas,

que interrumpidas a veces por suaves destellos de una luz celestial descubren horrendos precipicios donde ya miles, y miles perecieron, y otras tribus numerosas corren incautas a la misma suerte. Oh! Pueda esta luz divina espacirse uniforme y constantemente sobre la superficie de la tierra, descubranse estas cimas espantosas, estas bocas por donde el infierno vomita sus furias sobre la tierra; reciban estas la impresion de los rayos del sol de justicia, y retrocedan ciegas y confusas al tenebroso averno de donde salieron; veanse con toda claridad estos monstruos disfrazados, y no se confundan por mas tiempo con los seres perfectos a quienes vanamente imitan. O mi Elpidio! Que feliz seria la sociedad si poniendo freno a las pasiones y obedeciendo a una ley divina se guiasen los hombres por los sentimientos de justicia y de amor mutuo! Las diversas clases no serian entonces unos ejercitos que prueban sus fuerzas, y emplean todos sus recursos para destruirse, sino por el contrario serian unas familias numerosas y bien gobernadas, que siendo partes de un cuerpo social perfecto y noble, conservarian un mutuo interes y aprecio como animadas por un mismo espiritu. Tratariase siempre de curar los males, y no de aumentarlos con una hipocrita crueldad que toma el nombre de zelo. No se destruirian los hombres por meros caprichos, antes como hermanos procurarian su conservacion, y el bien jeneral de la gran familia. Desaparecerian las injustas pretensiones, los insultos, el desprecio, la satira mordaz, la injuria, y el denuesto. Huiria la envidia de la tierra, y la discordia no se atreveria a asomar su horrible cabeza, la paz hija de la inocencia estenderia su feliz reinado, y los hombres libres de inquietudes trabajarian de acuerdo en la promocion del bien social. Verianse las ciencias y las artes cultivadas por almas, que habiendo despejado las nubes de las preocupaciones, podrian percibir sus bellezas, y apreciar sus tesoros. En-

contrarian las flaquezas humanas en vez de fieras, que se prevalen de ellas para destruir al debil, encontrarian si, amado Elpidio, seres beneficos, en cuyos pechos escitarian una justa piedad, y de quienes recibirian una dulce correccion, y eficaz remedio. Aparecerian las virtudes cesando el huracan de la soberbia, y bajo un cielo que publica la gloria de un Dios de clemencia, viviria una gran familia tranquila y contenta, uniendo su voz a la de esos astros obras de le omnipotencia, y a la de los espiritus que viven ya seguros en la fuente del amor. Este seria un pueblo verdaderamente libre, ilustrado y dichoso, este seria, para decirlo de una vez, un pueblo cristiano.

No es vana imajinacion, no es un mero efecto de mis sentimientos relijiosos, yo pongo la causa en las manos de los enemigos de mi creencia, yo constituyo juez a esa misma impiedad que tanto la odia y combate; mas tal es la evidencia de los hechos, que de sus inicuos labios espero la mas justa de las sentencias. Abranse las pajinas del Evanjelio, de ese sagrado testamento del autor del cristianismo, y cada palabra brotará mil virtudes, y destruira mil crimenes. Aun el incredulo, que niega su orijen divino, advierte que la caridad movio la pluma desde la primera hasta la ultima silaba de este santo libro. Las pasiones no reciben en él la mas lijera lisonja, antes son siempre refrenadas. Los hombres se presentan todos iguales, y sin derecho alguno, ni el mas lijero pretesto para ser injustos; los vicios son correjidos sin consideracion a las personas, y la naturaleza jamas aparece vejada, pero siempre dirijida. Fomentanse las buenas obras con premios, y aterranse los vicios con castigos eternos. La franqueza y jenerosidad, el desprecio de los bienes temporales, la sincera amistad, el amor puro, la paz y la alegria, la obediencia sin bajeza, y la superioridad sin orgullo, la ciencia con humildad, la riqueza sin avaricia, la pobreza sin envidia, el sufrimiento con heroismo, la gran-

deza de alma, la elevacion de ideas, en fin todos los dones celestiales brotan de este codigo divino. ¿Y no será el que conviene al pueblo feliz que yo habia descrito? Podra haber un pueblo verdaderamente feliz sin este codigo de salud? No, el es unico en su naturaleza y orijen, no es la obra de los hombres, que no son dueños de la felicidad: viene de las manos del unico ser que puede darla. El tirano se estremece al abrirlo; mas el hombre libre encuentra su placer en leerlo; el criminal se aterra, y el justo se consuela con su vista, este es el codigo, dice, de los hijos del cielo; estas son las leyes de la ciudad de paz y de alegria, este es fruto del arbol de la vida, estas son las arras del mas santo desposorio, en que una grey dichosa se une al mas benefico de los pastores, a cuyo lado descansa sin temor de los asaltos de lobos carniceros.

Varias veces he meditado, mi caro Elpidio, sobre la analojia entre la iglesia católica, y las sociedades libres, y siempre he concluido que el cristianismo, y la libertad son inseparables, y que esta cuando se halla perseguida, solo encuentra refujio en los templos del Dios de los cristianos. En los umbrales de estos sagrados asilos quedan detenidas las obras del orgullo humano, y solo entra la obra de Dios, el hombre. Recibe pues la santa relijion a todos sus hijos con igual afecto, concedeles las mismas prerrogativas, convidalos al mismo banquete, y en nada se cuida de las distinciones, justas o injustas que el mundo ha establecido entre ellos. Hablales con un lenguaje amoroso y al mismo tiempo severo, para reprenderles sus vicios, y predicarles amor y justicia. Formase pues en el santo templo una junta celestial, en que reina una santa libertad unida a una justa sumision, y aprenden los hombres a ser iguales sin dejar de ser diferentes, puesto que los ricos y los pobres, los sabios y los ignorantes, los poderosos y los debiles, y aun los mismos principes unidos con

sus vasallos todos forman una familia, todos se consideran sujetos a las leyes, y libres de opresion y de injusticia. La augusta madre de esta unanime familia despide a sus hijos con las bendiciones del cielo, recomendandoles la paz y la benevolencia, la mutua caridad, que mas enerjica que las leyes, suple los defectos de estas, y conserva los pueblos en perfecta harmonia. Inculcales todos los deberes sociales y recomiendales que jamas falten al amor mutuo, que lejos de perseguirse deben prestarse todo ausilio, como hijos del Padre celestial que a todos ama, a todos sustenta, y a todos proteje. Diceles en fin que conserven fuera del santo recinto los cristianos sentimientos que en él han nutrido, y que volviendo al mundo no olviden que han vivido en el cielo. Si, en el cielo, por la union espiritual con el Dios del cielo, por las sublimes ideas y virtudes celestiales, que han recibido como don gratuito en la augusta casa, y ante el trono del eterno.

Con tales sentimientos salen del santo templo los verdaderos cristianos, y si los conservasen, crees, mi amigo, que podrian ser despotas? Crees que hollarian las leyes, infrinjirian los derechos, destruirian la paz y encenderian la guerra? Es pues evidente que el cristianismo es irreconciliable con la tirania, y que toda sociedad verdaderamente cristiana, es verdaderamente libre. Una nacion cristiana forma un inmenso templo, cuya estension no disminuye su regularidad, antes se aumenta el sagrado fuego del justo amor, aumentado el numero de los seres virtuosos. La libertad nada teme cuando la virtud está segura, y el poder se ejerce con aprobacion, y sin obstaculos, cuando la justicia, y no la perversidad 'guia a los que mandan.

En vano procura la impiedad presentar los planes especiosos de sociedadas quimericas, en vano inunda el orbe de libros visionarios para suplir los beneficos efectos de la santa relijion, la base es delesnable, y el coloso social

no puede cimentarse sobre ella. No hay sociedad perfecta sin amor perfecto, y el de los impios jamas puede serlo. Depende la perfeccion del amor de la del objeto amado, y de la constancia y manera del que ama, y solo hay un ser perfecto que es Dios, solo un modo constante que es la luz inalterable de la relijion, y solo hay una manera justa de amar, y es refiriendo todo al ser supremo. Podra hacer esto la impiedad ? Ella nos brinda con unos placeres muy pronto acibarados, con una ciencia muy pronto desmentida, y con un ostentoso poder, que al soplo de virtud queda desvanecido, cual desaparece una densa nube a la accion del contrario viento, sin dejar otra cosa que la memoria de su ridicula soberbia. No puede ser, no, el principio del amor justo y del bien estar de los hombres, no puede ser el fundamento de una sociedad libre, y solo puede nutrir las hidras sobre que descansa el detestable trono de la tirania.

Interrumpamos estas serias reflecciones para divertirnos un poco recordando las monádas, los jestos, y torneos de los *sabios de tertulia* que tantas veces habras observado. Figurate uno de estos *farsantes filosoficos* entrando en una gran concurrencia, tan hinchado de orgullo, que este lo eleva del suelo, que apenas toca lijeramente con la punta de un zapatito lustroso y ajustado ; de manera que bien podria correr sobre frajiles cristales sin quebrarlos. La elegancia, compostura y aderezo de sus vestidos, sus rizados cabellos y los perfumes que ecsala, indican el tiempo que ha empleado en el tocador ; y sus miradas con estudio y misteriosas, sus pasos simetricos, y sus jestos y movimientos sistematizados acaban de completar los signos de la lijereza de su espiritu, y de la ociosidad de su vida. No bien toma asiento cuando da á conocer que es todo un filosofo y un *liberal* de marca, y sin mas garantia ni prueba que su dicho asegura que no puede haber libertad mientras haya necios que crean en la relijion, y que esta

fue inventada para sostener el despotismo. Repite con afectado entusiasmo los nombres de algunos celebres impios mas no cita sus obras, pues ni aun estas ha leido. Habla de las contradicciones de la Biblia, que jamas ha abierto, y decláma contra clerigos y frailes ociosos, siendo el mismo un tipo de ociosidad. Ridiculiza a todo el mundo, sin advirtir que el es un dechado del ridiculo, Fijan los concurrentes la vista sobre este *necio refinado* y él, tomando las burlas delicadas por justos elojios, continúa vomitando *sublimes sandeces*, y despues de haber mal gastado el tiempo sale ufano del concurso creyendo haber descubierto los arcanos de la mas profunda filosofia, y hecho un gran servicio a la causa de la libertad.

Si estos locos *serio-gracioso-filosoficos* fueran tratados como tales, poco importaria a la sociedad que continuasen en su delirio; mas desgraciadamente encuentran muchos tan tontos como ellos, aunque no tan vanos, que no perciben su demencia, y siguen sus consejos, tomandolos por modelo. Yo los considero como los mas eficaces ajentes del despotismo, pues que no son sospechosos a sus incautos enemigos, si bien no se ocultan a los mas espertos, que siendo en corto numero no pueden ser temibles. Son estos *sabios figurines* como los mosquitos, que siendo debiles e insignificantes, consiguen con sus lijeras picadas, y suma petulancia inquietar una sociedad la mas numerosa, e interrumpir los mas utiles trabajos. Debemos pues espantarlos al soplo de una indiferencia y menosprecio, mas nunca agolpearnos por evitar sus picadas. —A la segunda morisqueta politico-relijiosa que hagan sin ser atendidos desisten de la tercera, conociendo que es mala especulacion. Bien sabes que estos *camaleones politicos* se mantienen del aire de la vanidad, y cuando esta no encuentra pabulo, se retiran desconcertados. Cuanto perderian los despotas si tomasen otro oficio estos *saltinbanquis eruditos* !

Solo es verdaderamente libre el que no puede ser esclavo, y esta prerrogativa solo conviene al virtuoso. Gozala, Elpidio, pues el cielo te la ha dado para consuelo de los buenos, y gloria de la patria.

## CARTA TERCERA.

### *Causas de la impiedad.*

Investigando, querido amigo, las causas de la impiedad, creo poder reducirlas a dos clases bien distintas. Unas están en el corazon humano, y otras son fruto del entendimiento.

Es el vicio como un cancer que hace insensibles la partes de que se apodera, y de aqui la indiferencia con que oye el criminal los consejos de la sabiduria, y lo poco que se cuida de los ejemplos de la virtud. Llegan sinembargo a serle importunos, y quiere verse libre de ellos, mas advirtiendo que es imposible conseguirlo sin destruir la relijion; se declara su enemigo, sin ecsaminarla. No cree necesario este trabajo, pues se halla resuelto a no perder unos placeres, que no pueden ser compensados por los sentimientos virtuosos, para los cuales falta, o es muy debil su sensibilidad. El habito de resistir los remordimientos llega a hacerlos mucho menos eficaces, y juzgando de su naturaleza por sus efectos; empieza el hombre a sospechar que su orijen es quimerico. He aqui el primer paso a la impiedad.

Atrevese el vicioso a hacer frente a la virtud que antes solo habia desatendido, y su osadia le conduce muy pronto al templo de una *pomposa ignorancia* que usurpa el nombre de filosofia—Hallanse en este los idolos que su corrompido corazon adora, y que han tomado nombres sacrosantos, como para hacer un homenaje a la verdad en el mismo atentado del engaño. Llamase, Elpidio, "el

templo de la razon," solo porque en el se halla aprisionada, y a su vista se ofrecen inciensos al monstruo de la impiedad usurpador inicuo de su augusto trono. Muy pronto se ve el vicioso en el numero de estos necios idolatras, y cree estarlo en el de los filosofos.

Desde este momento cesa de pensar y se entrega a un *dogmatismo impio* solo por sacudir el relijioso. La analojia entre sus nuevas ideas y los sentimientos de su corazon es un gran argumento en favor de aquellas, y llegando el hombre a querer ser impio, consigue serlo. Empieza a desechar como malos pensamientos los ideas de relijion, y teme entrar en su ecsamen, por no esponerse a perder el delicioso estado en que se encuentra. Lo repito, mi caro Elpidio, es un dogmatico impio al paso que ridiculiza los dogmas de la santa relijion, y se halla encadenado por la impiedad como el creyente por la fé divina.—Pero que diferencia entre estas cadenas! Un ser infinitamente sabio y justo manifiesta sublimes verdades por signos indudables, por obras cuyo orijen no puede ser el poder creado, y dada esta razon suficiente, ecsije una creencia la mas *racional* por ser la mas fundada. Desde este momento no pueden presentarse sino evidentemente falsas las ideas contrarias a estas doctrinas evidentemente ciertas, y un hombre de sano juicio, un verdadero filosofo puede y debe creer sin repugnancia, considerandose mas libre que nunca, pues lo está de caer en error, y adora la providencia de un Dios de bondad, que le advierte los precipicios en que hubiera perecido.

Que distinta es la situacion del impio! Niega porque no comprende, y convencido por mil esperiencias de que no puede comprenderlo todo, y que es muy poco lo que entiende: su razon a pesar suyo clama y le avisa que es vano el fundamento de su incredulidad, y para mortificar su soberbia le recuerda que es ignorante. Quejase de las trabas que pone a su entendimiento la relijion be-

nefica, como un niño que se queja de la severidad de su cariñosa madre que no le permite correr hacia un derriscadero; y para completar su demencia consiente que la impiedad le prive de toda guia, y que entregado a si mismo le oscurezca con una nube de pasiones desarregladas, y le invite a correr sin precaucion. ! Que pesadisimas cadenas, mi amado Elpidio, las que agovian y fijan contra la tierra un espiritu emanacion del cielo !

En este miserable estado no puede el hombre percibir otros objetos que los terrenos, y llega a creer que son los unicos, porque la ecsistencia se conoce por la accion, y no hay otros que la produzcan en su alma aprisionada. Concluye, pues, que es un absurdo el finjir seres, que no dan signos algunos de su ecsistencia, y que es una lastimosa debilidad el llenarse de vanos temores, privandose de los placeres de la vida. Por infundado que sea este discurso se presenta a su entendimiento como una demostracion; y adquiere nuevo brio para continuar con toda confianza en la impiedad, que ha honrado con el nombre de ciencia. Quedan, por tanto, remachadas las cadenas, y el misero ya no hace esfuerzo alguno para romperlas, antes las ama para mayor desgracia.

Sin embargo los destellos de la luz divina iluminan a veces esta oscura carcel, y sus horrores se presentan con toda claridad; pero no pudiendo sufrirla los ojos del impio se cierran por debilidad que el llama naturaleza, y elevando la soberbia una nube de las mas desarregladas pasiones restablece la amada oscuridad, y vuelve con ella el funesto reposo. Forma entonces nuevos planes, y toma nuevos recursos para impedir la entrada a esta luz importuna que interrumpe el agradable sueño de sus placeres, y se declara enemigo de todo el que atente a introducirla. Si, querido Elpidio, de aqui viene el odio que tienen los impios a las personas relijiosas, cuya ecsistencia los alarma al paso que las miran con el mas alto des-

precio. Creen que serian felices, si esta luz fatua de la relijion dejase de perturbarlos, y si una multitud de ilusos, no se empeñase en difundirla. Para engañarse a si mismos de un modo mas plausible consideran como efecto de una mala educacion, y de los habitos adquiridos desde la infancia el descontento, y los remordimientos que a veces los ajitan, y entrando en lucha con su corazon, hacen que fatigado ceda y se tranquilice. Bien conocen que no puede durar esta tranquilidad si no se evita la refleccion, y de aqui el empeño en distraerse y la vida lijera que pasan la mayor parte de estos pretendidos filosofos. Es preciso divertirse en la prision, y el mejor medio es figurarse que no ecsiste, sino que por el contrario, es el alcazar de la libertad.

Sigamos los pasos de este infeliz esclavo de las pasiones, y nos compadeceremos, mas y mas de su miserable situacion. Adquiere una especie de irritabilidad que es ecsitada por la mas lijera causa, y de aqui proviene que su entendimiento jamas se halla en estado de discurrir con calma y acierto. Esperimenta un furor continuo que produce todo su efecto, luego que no es mitigado por una lijereza y aun chocarreria la mas ridicula; y como no le es posible conseguir sus fines, vive en un estado lastimoso. La obstinacion toma el lugar de la prudencia, y de este modo queda radicada la impiedad. No hay duda, Elpidio, este horrible crimen no se presenta con toda su deformidad a la vista del impio, por que este se encuentra siempre en un estado brutal que el llama filosofico, quiero decir, en una apatia fruto de la insensibilidad de que ya he hablado, ó en una ajitacion frenetica que le convierte en un *loco respetado*. Es pues un marmol, ó una fiera, y por consiguiente solo sirve ó para monumento de ignorancia, ó para ejemplo de furia. Bien conoces que llegando a ser habituales aunque alternativamente interrum-

pidos estos lamentables estados del espiritu, deben alejar la piedad como tambien la ciencia.

*Sin duda me responderas que hay sabios impios, y que por tanto mi observacion es infundada.*—Ecsaminemos este punto, mi caro amigo, y no me acuses de animosidad, pues mi alma esta libre de ella, y poseida solo por un sentimiento de aprecio, y compasion hacia una gran multitud de mis semejantes, que sufren la mas peligrosa enfermedad, que es la que se presenta como un estado de salud perfecta. Sabes que una ciencia no es un conjunto de conocimientos varios, y aun opuestos, sin orden *ni ènlace*, antes bien, debe *formar un hermosisimo cuadro* donde la verdad está representada con colores vivos y durables, que causan gran placer sin atormentar la vista. Por este motivo no pertenecen a las ciencias las disputas, antes se suscitan por falta de ella, y solo sirven como materiáles brutos, puestos a prueba, para ver si puede usarse en el gran edificio. Recordando estas nociones ecsamina las obras de los impios y veras que nada hay fijo sino la constante asercion de su impiedad, como podria un loco *repetir su tema.* Observaras *que no estan acordes entre si*, ni consigo mismos sobre ningun punto, veras que sus escritos son un tejido de disputas, ó de negaciones, signos evidentes de ignorancia. La verdad sin embargo les viene a los labios, y con frecuencia dicen que nada se sabe, haciendose tan ridiculos como los antiguos pirronicos.

De aqui resulta mi amigo la gran diferencia que se observa entre las obras de los impios sobre ciencias naturales y *las que tratan de relijion.* En aquellas observarás mas orden y solidez, que en estas, porque no tocan la tecla de la locura, y asi dan tiempo a una tranquila meditacion. Mas el habito de delirar sobre materias religiosas les hace perder mucho a los impios aun en las que no lo son, y asi verás que entre los celebres filosofos y

matematicos se encuentran muy pocos impios. Aunque ya es ridiculo hablar de Voltaire permiteme que lo cite para recordarte que pobre cosa es su *Filosofia de Newton*, sembrada de cuando en cuando de muy buenos disparates, y sin contener nada que indique sino unos conocimientos muy superficiales en la materia. Los que han perdido el tiempo, *y algo mas*, en la lectura de sus obras, no habran encontrado cosa alguna que pruebe gran instruccion en las ciencias naturales, ni en otros ramos sino literatura, (no muy rica,) y en el funestisimo de la difusion del pirronismo y de la impiedad.

No creas que es mi animo disminuir el aprecio en que tienen muchos las obras literarias de los impios. Poco importa el engaño sobre esta materia, y en cuanto a Voltaire yo podria referirme al buen Piron, que era tan malo *o peor que el, pero que sinembargo hizo un acto de justicia* en despojarlo del fatuo esplendor que le adquirio su estudiada y violenta agudeza, y le redujo a la linea de los jenios medianos, aunque en el rango de los mas soberbios. Pero dejando a parte el merito cientifico real ó finjido de los que por desgracia son victimas de la impiedad, me limitaré a observar que ella se radica por este mismo merito, *cuya idea es siempre ecsajerada en el entendimiento* del impio por los impulsos y deleite de una vana gloria. He aqui nuevas cadenas, he aqui, mi amigo, un obstaculo para la verdadera ilustracion, que siempre es fruto de la imparcialidad. Nada gusta sino lo que aumenta este pretendido merito, y como el hombre rara vez contempla con detenimiento los objetos que no le agradan, resulta necesariamente una aversion al estudio de las *macsimas* relijiosas, y un deleite en los sofismas, con que son impugnadas.

Da pues el impio un paso el mas imprudente en la carrera de sus atentados, y se atreve a asegurarnos que solo *hay* placer en la impiedad, y que son quimericos los

encantos de la virtud; que el bien estar de los hombres es irreconciliable con las privaciones que ha inventado la relijion; y poco á poco vá enajenandose siguiendo estas ideas, hasta que, semejante a un sonambulo, corre por todas partes sin advertir el *mismo*, ni tampoco los que le rodean el sueño que le ocupa, y las monstruosas imajenes que forma su estraviado entendimiento. Necesita pues un gran estimulo para sacarle de este ridiculo y lastimoso estado, y como no es posible encontrar este eficaz ajente sino en la misma relijion que el desprecia, llega su mal a ser incurable por no consentir la aplicacion del remedio.

En tan lamentables circunstancias suele producirse un efecto no menos perjudicial que la indiferencia o el furor, hablo, Elpidio, de la opresora tristeza. No ignoras el fatal influjo de esta pasion en la moral, y asi no dudo que convendras conmigo en que no puede avenirse con la verdadera piedad, que es la fuente mas pura de alegria. Producese la tristeza del impio no solo por la incertidumbre de su suerte, sino por la falta del que podemos llamar sustento del espiritu, esto es, la adquisicion de la verdad. Llega a fastidiarse el incredulo de sus mismas impiedades, y no se cree feliz por que no encuentra la verdad, sin que baste a satisfacerle el démostrar (allá a su modo) que los otros no la han encontrado. Mas observa, Elpidio, la diferencia entre la tristeza que a veces asalta al justo, y la que se apodera del impio, y conoceras claramente el orijen de ambas.

Cede el justo a uno de los afectos de la naturaleza humana, y se entrega a la tristeza, pero solo para que le sirva de amparo y de barrera que le obligue a retroceder con mas prontitud, y sin repugnancia de los limites de la rejion del infortunio, que es el siglo corrompido, a la deliciosa de la paz que es su corazon. Si, mi amigo, parece que el alma del justo disgustada por la horrorosa

vista del crimen, y del conjunto de las miserias humanas, retrocede, y conservando una santa firmeza vuelve inalterable a entregarse en los brazos de un Dios de consuelo, que jamas podran robarle sus mas encarnizados enemigos. Hallase el justo ratificado mas que nunca en una santa alegria al ver que la conserva en medio de las tribulaciones, y que estas son para su alma como los vestidos respecto del cuerpo, que pueden desfigurarle mas no alterar su naturaleza, ni privarle de su robustez. Sirve por tanto la tristeza del justo para animarle, y conservarle en su justicia; y por el contrario la tristeza del impio sirve para aumentar su impiedad, y con oprobio de la naturaleza ratificarle en ella. Nada hay en su corazon que pueda consolarse, pues de el mismo provino la tristeza; el mundo nada le ofrece y hallando por todas partes un grave vacio, fundase en este hecho, como en una prueba de esperiencia, ratificase en sus ideas, sin advertir su delirio, y cree que su impiedad es el resultado de una demostracion la mas correcta. No se contenta yá con decir que ignora, no presenta ya dudas, sino que con un tono decisivo afirma que todos son unos fanaticos que viven de ficciones. He aqui radicada la impiedad por la tristeza.

Otra fuente de impiedad es el placer que causa a un espiritu malevolo el sarcasmo y la invectiva. Como los objetos relijiosos nada tienen de comun con los mundanos, y se hallan ademas rodeados de una noche misteriosa, dan materia a un truhan para mil anecdotas, burlas, y chufletas que el mismo cree injustas, pero que le divierten sobre manera, y mucho mas si percibe que han producido el efecto intentado. Llegan algunos a adquirir este habito maligno, y a la manera de niños traviesos é incorrejibles, no pierden ocasion de mortificar a los devotos con alguna mofa o calumnia ridicula. Suelen estos corresponder tambien con burlas que lejos de convencer

al impio solo sirven para exasperarlo, y he aqui un gran incentivo para la impiedad, y un obstaculo casi insuperable para una justa libertad filosofica. Bien se hecha de ver que esta clase de impios lo son mas por venganza que por sistema, pero sin embargo llegan a serles tan familiares estas ideas, que al fin las adoptan sin ecsaminarlas. Encuentraase siendo verdaderamente impios habiendo empezado solo por ser chocarreros. La juventud propende mucho a esta clase de impiedad por ser mas analoga a su caracter, y asi es que suelen algunos jovenes correjirse de este vicio cuando llegan a edad de mas refleccion. Sin embargo estos casos no son muy comunes, y regularmente se observa que el *habito de impiedad*, que no puede tener otro nombre, continua produciendo sus funestos efectos toda la vida, a menos que por un estraordinario efecto de la divina gracia no se produzca una conversion, la mas dificil, por ser la mas radicada enfermedad.

Entremos en la consideracion de otro jenero de causas de impiedad, que podremos llamar *ideolojicas;* por que están en el entendimiento, y solo producen en el corazon una dureza para recibir los sentimientos relijiosos, mas no un afecto a los criminales de otra clase. Por lo regular todos los impios son inmorales; mas a veces se observa el estraordinario fenomeno de hombres de una vida arreglada o no escandalosa por lo menos, que sin embargo son irrelijiosos. Estos ejemplos son funestisimos, y acaso producen mas daños, que las relajaciones de otros impios; pues sirven de escudo al crimen que pretende siempre defenderse, y probar que no es causa de la impiedad. *Que horendo es este monstruo, cuando hasta el mismo crimen se sonroja de haberle dado el ser, y finje desconocerlo!*

Advierte, querido Elpidio, que en el sistema moral hay dos especies de influjo, que a la manera de los vientos dan diversa direccion a los afectos. Cuando tienen poı

causa la sensibilidad y empiezan en el corazon de que se apoderan aunque son hechuras, levantan una nube que oscurece el entendimiento, quedando ellos perfectamente libres para impeler al hombre a que se entregue a los placeres criminales, y he aqui formado un *impio disoluto.* Mas otras veces empieza la impiedad por combinaciones de ideas antes de haberse producido, o por lo menos radicado afecto alguno, y entonces causan un alucinamiento que impide percibir las cosas abstractas, y los seres espirituales, mas no los materiales, ni aquellos principios que podemos llamar de moral publica, sostenidos no solo por las leyes sino por la opinion. Hallandose aun libre de fuertes pasiones puede el espiritu gobernarse en cuanto a lo que percibe, mas no puede respecto de lo que no alcanza, ni a lo que erroneamente ha establecido como verdad indudable. Resulta pues, una impiedad acompañada de cierta *justicia social*, y de un honor que se resiente del mas leve ataque, y aun del mas lijero desden de la opinion publica. Estos impios son creyentes practicos sin advertirlo, y nunca se han despojado de unos sentimientos que sin las ideas relijiosas serian unas *honradas simplezas*, pues, como ya he notado en mi carta anterior, el hombre que sin creer se sujeta a los mandatos de la opinion, y de la virtud pudiendo infrinjirlos impunemente, es un necio el mas ridiculo, puesto que entrega el mismo a sus enemigos las armas con que deben destruirle, quiero decir, los medios de convencerle de su necedad, si sus sentimientos son injenuos, o de su perfidia si son finjidos.

Mas cuales son, me diras, esas combinaciones de ideas que conducen a la impiedad? Todas las que forman un sistema relijioso—La relijion, amado Elpidio, no es un sistema, por que no es obra del hombre, y aunque es cierto que puede sistematizarse, no lo es que se pueda sujetar necesariamente a estos planes puramente humanos. Los dogmas no se derivan unos de otros como las

verdades geometricas, y no se pueden establecer principios, cuya aplicacion nos descubra los misterios. Adviertese solamente una conveniencia entre los dogmas, que basta para probar que no hay repugnancia entre ellos, pero nunca se puede llegar a su demostracion por medios puramente naturales. Sabida por ejemplo la ecsistencia de Dios, no puede inferirse la idea de la Trinidad, y conocida esta tampoco se puede inferir la idea de la encarnacion, ni dada esta idea se puede deducir la de los sacramentos. Parece, *mi caro Elpidio*, que siendo la relijion una parte de la ciencia divina no es discursiva, pues sabes muy bien, que teniendo Dios todas las cosas presentes no discurre, lo cual es solo propio de las criaturas, que ignoran y asi necesitan aprender deduciendo unas verdades de otras. En el hombre no puede formar de la relijion una ciencia de evidencia como en Dios; y solo tiene la certeza y caracter cientifico el mas sublime por la evidencia de la infalibilidad del principio de que procede. Resulta pues, que respecto de nosotros la relijion es un conjunto de hechos y nada mas. Por consiguiente la formacion de sistemas relijiosos es obra puramente humana, y cuando se pretende darla el caracter divino induce a la infidelidad, por hallarse frecuentemente en contradiccion abierta con los hechos—Corre esta *relijion humana*, el riesgo de todos los sistemas, y ya sabes que no hay uno libre de graves dificultades. La verdadera relijion no admite duda o disputa alguna; pues, si no se cree en Dios, no hay que hablar de relijion, y si se cree en Dios no hay que hablar de dudas. Siempre he dicho que los infieles que no son ateos son unos tontos, y que los ateos son unos brutos. Esta tonteria y esta brutalidad no son muy perceptibles para los miseros que padecen tantos males, por que su objeto no se sujeta a los sentidos, y no tiene termino de comparacion. De aqui resulta la gran dificultad de convencer a uno de estos impios que

podremos llamar *morales*, por no hallarse encenagados en los vicios groseros, y perceptibles que degradan a otros incredulos. Empiezan por alucinarse creyendo que su buena moral es indicio de la rectitud de sus principios, y tienen por efecto de preocupacion o de una ridicula animosidad cuantos esfuerzos se hacen para convencerlos. El impio corrompido tiene un estimulo continuo para salir de su impiedad por el testimonio de su conciencia, y la fuerza de los argumentos *sensibles* que se oponen a su conducta; pero el que solo comete un error intelectual es un enfermo mucho mas grave, por que nada puede escitarlo.

No advierten los incredulos, querido amigo, que si la relijion pudiese ser el fruto de sus discursos no podria tener mas autoridad que la suya, la cual a ellos mismos no les satisface, y que la prueba mas evidente del divino orijen de nuestros dogmas es esa misma incomprensibilidad, de que tanto se lamentan.

Observa, Elpidio, que entre estos impios dotados de virtudes *civicas*, hay unos que solo dicen que no pueden creer, mas no atinan ellos mismos a dar la razon de su incredulidad, pero hay otros que presentan infinitas dificultades, y tienen a la mano mil respuestas a todos los argumentos en favor de la relijion. La diferencia de esta conducta prueba la diversidad de su causa. Niegan unos porque no perciben, y otros porque han formado ideas erroneas, pero en ambos casos proviene el mal de una equivocacion funestisima que consiste en suponer que no se debe afirmar lo que no se puede percibir con toda claridad, y que por consiguiente la misma naturaleza del misterio induce a negar su ecsistencia, o por lo menos a un prudente esceptisismo.—Cuantos males ha causado este raciocinio al parecer tan fundado, y que absurdo es si lo analizamos con imparcialidad! Reflecciona, querido amigo, y veras que es un sofisma el mas ridiculo. No

hay duda que solo se debe afirmar lo que se percibe, ni podria el hombre hacer otra cosa aunque quisiera, a menos que no hablase como un delirante sin saber lo que dice; pero esta verdad innegable se aplica malamente cuando se refiere a la naturaleza de los misterios, y no a su ecsistencia. Percibe el entendimiento la posibilidad de unos hechos superiores a su capacidad, y despues tambien percibe la ecsistencia de tales hechos, convencido por pruebas que percibe claramente; y asi es que nunca afirma sino lo que sabe; mas en cuanto a la naturaleza del objeto incomprensible nada afirma como fruto de su estudio, por el contrario confiesa su incapacidad. He aqui, como todo proviene de una equivocacion en aplicar un principio el mas solido, pero que por la misma razon alucina mucho mas, y es causa de errores mas perniciosos.

Nos convenceremos mucho mas de estas verdades si observamos que de hecho hasta los mismos incredulos admiten misterios aunque de distinta naturaleza. El argumento que voy a proponer es bien comun pero muy poco meditado, y aun podre decir que ha sido siempre desatendido, y en consecuencia han dicho los impios que no es mas que un efujio de la relijion para escaparse de ser puesta en claro por la brillante luz de la filosofia. De este modo se han esparcido las mas densas tenieblas, bajo el pretesto de difundir la ilustracion, y rectificar la moral. Sean pues el buen sentido, y la imparcialidad los jueces, y yo no dudo que convencerán a un verdadero filosofo las siguientes reflecciones.

El hombre es un misterio para sí mismo, y si quiere ser injenuo debe confesar que no se conoce, ni sabe como ecsiste ni como opera. Si a causa de esta ignorancia se atreve a negar los hechos, esto es, a negarse a si mismo, forma entonces un nuevo misterio pues tal es un pirronico ‘cuya posibilidad no comprende el entendimiento, y

cuya ecsistencia no se creeria si no la testificase la historia. Negar que ecsiste la verdad es confesar que ecsiste, y como no te disgustan las autoridades de los santos padres, citaré al incomparable S. Agustin, que espresa este sublime pensamiento con su acostumbrada precision y soli dez. "Supongamos, dice, que la verdad no ecsiste ¿no será cierto que no ecsiste ?—Pero esto no puede ser verdadero si no ecsiste la verdad—Luego la verdad siempre ecsiste." (Lib. II. Soliloq. c. 2.) Efectivamente, querido Elpidio, el pirronismo es mayor misterio, que todos los que nos rodean en el orden de los seres materiales, y en el mundo moral, y solo una falta de refleccion puede autorizarlo—Resulta pues que hora crea el hombre o niegue, siempre admite un misterio en cada una de sus operaciones intelectuales, que bien analizadas le conducen con claridad hasta cierto punto, mas parece que pasados los limites de la comprension humana, luego que entra en la rejion del infinito, se encuentra a oscuras, porque la debil luz de la naturaleza no alcanza a iluminar aquellas dilatadisimas rejiones. Por que pues tanta resistencia de parte de los impios contra la admision de los misterios relijiosos ? El mismo S. Agustin da la razon de este fenomeno, que consiste en ser los portentos de la naturaleza mas comunes que los de la relijion, aunque no menos incomprensibles. Llega el espiritu a creer facil lo que percibe con frecuencia, y la novedad de un misterio es el mayor obstaculo para su creencia.

Es por tanto la impiedad en muchos casos un efecto lamentable de la mala aplicacion de un principio, y de erroneas combinaciones ideolojicas. Un entendimiento verdaderamente ilustrado no tarda mucho en salir de tan funesto estado luego que se entrega a la meditacion ; pero los necios suelen confundirse mucho mas y radicarse en sus errores mientras mas reflecciones. Esto me indujo a escribir en otra ocasion que el sabio es como el sol que

ayuda a disipar las nubes que por un momento lo obscurecen. Nada hay mas temible que un ignorante con pretensiones de filosofo en materias de relijion, bien que en tod~s casos los semi-sabios son vichos muy perjudiciales. Una ignorancia completa si está unida a una laudable y juiciosa humildad es una predisposicion para admitir verdades sublimes, que el ser supremo se digna comunicar a los hombres haciendolos depositarios, y no dueños, y menos autores de tan inestimable tesoro; pero una ciencia humilde no solo predispone a recibir este divino influjo, sino que ayuda a conservarlo. Con oprobio de las ciencias naturales repiten muchos que las ignoran, que ellas conducen a la incredulidad, siendo asi que no habria incredulos si todos fueran filosofos. Medita sobre este punto, mi amado Elpidio, y verás que no me engaño, y para que sepas como pienso sobre esta materia hare algunas lijeras indicaciones.

Hay unas ciencias naturales que propiamente no merecen este nombre si no en cuanto a la aplicacion que en ellas se hace de otras ciencias, y tal es la mineralojia, la zoolojia, y la botanica, que solo sirven para presentarnos una coleccion de portentos de la naturaleza. ¿Y cual puede ser el resultado? Conocer mucho mas la sabiduria, y omnipotencia de su autor, y prepararnos para admitir otros muchos hechos incomprensibles, siempre que se pruebe que tienen la misma causa. He aqui evidente que estas ciencias lejos de perjudicar favorecen la relijion. Hay otras ciencias cuyo objeto es la cantidad, y estan comprendidas bajo el nombre jenerico de matematicas, y estas por la solidez y claridad de sus demostraciones alejan todo sofisma de nuestro entendimiento, y nos hacen percibir la gran potencia de los seres y la infinita de su causa, dandonos de este modo continuas lecciones de relijion, pues no son otra cosa pruebas evidentes de nuestra impotencia comparada con la accion de la naturaleza, y

la demostracion de la infinita sabiduria en los movimiéntos que tan armoniosamente dirijen el gran sistema del universo. Que puede haber en tan sublimes calculos, y en un estudio tan profundo que se oponga a la creencia relijiosa? Podra haber mucho contra la ridicula supersticion, pero esto prueba que el estudio de estas ciencias lejos de formar incredulos rectifica los creyentes.

En cuanto a la fisica y la quimica es preciso ser muy ignorantes en ella para atreverse a sopechar que puedan servir de apoyo a la incredulidad. Estas ciencias ponen al hombre en un verdadero contacto con la naturaleza, y le dan a conocer de un modo evidente que su ciencia no solo es limitada, sino contraida a una mera historia de los hechos, si bien algunos de ellos se presentan como principios de otros. Las verdaderas causas, quiero decir las primarias no son desconocidas, y asi es que hablando con injenuidad nadie está mas dispuesto a admitir misterios que el fisico y el quimico, que por estudio y convencimiento saben que estos arcanos incomprensibles, pero innegables son mucho mas comunes de lo que el vulgo se persuade. La espresion de los impios "no lo admito porque no lo comprendo," no puede salir de los labios de un fisico, o un quimico ilustrado, sin que inmediatamente su corazon le arguya de falacia, y su entendimiento le convenza de error; y asi es que jamas han intentado los impios presentar prueba alguna deducida de dichas ciencias.

Lo mas notable, y no se si diga lo mas ridiculo, es que para atacar los misterios se ocurre a otros misterios, convirtiendose el ataque en una verdadera defensa; y para censurar a los que creen sin entender, se presentan los impios con la misma creencia, aunque tiene diverso objeto. Repara, mi amigo, que no cesan de ponderar los infinitos medios de la naturaleza, y sus incomprensibles

arcanos, en los cuales pretenden se hallan encerrados todos los efectos que la relijion atribuye a un orden sobrenatural. Jamas prometen abrir estos arcanos ni se atreven á decirnos que los han abierto, y visto en ellos los efectos que ecsaminan. Creen pues ciegamente por la conviccion en que estan del gran poder de la naturaleza, creen pues fundados en la manifestacion que suponen haber hecho esta de su gran potencia, creen, mi Elpidio, fundados en una que podremos llamar *autoridad natural* los que no quieren admitir la divina. Si, lo repito, son unos verdaderos creyentes aunque no relijiosos.

Pero como, me diras, como pueden conciliarse estas doctrinas con la esperiencia de tantos impios dotados de unos profundos conocimientos en las ciencias naturales? Podria responderse con otra pregunta, esto es, como puede sostenerse que las ciencias naturales forman los impios habiendo tantos piadosos eminentes en ellas? Sinembargo, quiero dar una respuesta directa, haciendote observar que esos sabios impios no dicen, y si lo dicen no prueban, que su ciencia los ha inducido a la incredulidad. No hay duda que un entendimiento ejercitado y brillante tiene una inclinacion continua a operar, y a veces corre gran peligro, mas no proviene esta desgracia de las facultades intelectuales, sino de su abuso. Por lo regular todos los asesinos se hallan en perfecta salud y robustez, y a penas podra contarse un hombre debil que tome el puñal para detener á un caminante. Se dirá por esto que la robustez forma los asesinos? No sera mas justo decir que el asesino abusa de este precioso don que debia emplear para bien suyo y de sus semejantes? Lo mismo debemos discurrir acerca de las facultades del espiritu, y las fuerzas de que este abusa empleandolas contra la verdad; nunca podrá decirse que son la causa de un crimen tan enorme.

Está, pues, demostrado que la impiedad, que proviene

del entendimiento sin presuponer la malicia del corazon, es un efecto de combinaciones de ideas inecsactas, ya provenga este error de falta de atencion, o de un lamentable alucinamiento, y que los impios que presumen de serlo en consecuencia de dilatadas, y profundas reflecciones, son unos *locos filosoficos*, que habiendo repetido su tema por muchos años, llegan a persuadirse que tienen en su favor la esperiencia, y tratan de vizoños e inecspertos a todos los que no ven como ellos, ni quieren aprobar su mania. Siempre se ha dicho que Cervantes escribio una obra adaptada a todos tiempos y condiciones, si bien tomó por objeto la caballeria andante, y creeme, amigo mio, que cada vez estoy mas persuadido de que este elojio es muy justo, y que aquel jenio estraordinario consideró al hombre en todas sus condiciones. Tenemos reyes Quijotes, taberneros Quijotes, y filosofos Quijotes, que por mas que salgan estropeados, apaleados y chasqueados jamas desisten de su rara locura, ni dejan el tono majistral, y ridiculo, a que estan habituados.

La impiedad como todos monstruos del abismo no puede vivir en una atmosfera pura, y tiene por pasto la ignorancia. Purifiquense las costumbres, difundase la ilustracion, destruyanse los errores, y desaparecceran los impios, o quedaran reducidos a un corto numero, que en nada podran perjudicar a la sociedad, ni afearla con sus deformidades. Vendrian a ser como algunas yerbas secas esparcidas acá, y allá en un florido jardin, que ni si quiera se notan, y si por casualidad se descubren no alteran la agradable impresion que ha producido en nuestra alma el gran conjunto. Que estado tan feliz el de un pueblo moral e instruido! que paz tan inalterable! que amistad tan justa! que union tan firme! Ah! mi caro Elpidio. Si yo viese á la horrible impiedad, que acosada por la ciencia y la virtud, corria a esconderse en las cavernas infernales de donde ha salido: tendria por efecto de la misericordia divina

el privarme de la vida, para no esponerme a perder tanta felicidad si por desgracia volviese este espantoso aborto del averno.

Privado de tanta dicha, consuelame sin embargo el escribir a un amigo, que libre del comun contajio, percibe las bellezas de la santa relijion y el alucinamiento de sus impugnadores; á un amigo á quien consagro con esta carta mi mas tierno afecto.

## CARTA CUARTA.

*Estension de la impiedad.—Modo de tratara los impios.*

Cubre la tierra, mi amado Elpidio, cual sombra funesta, la ominosa y perfida impiedad, que diseminada por todas partes corrompe, destruye y aniquila los miseros que la abrigan, y el gran numero de las victimas, es un signo del gran poder que las sacrifica. No hay clase ni condicion que se vea libre de ella, no hay lugar ni tiempo en que no ejerza sus crueldades, no hay objeto que la distraiga, ni barrera que la detenga, todo lo desprecia, todo lo ultraja, todo lo derroca, todo lo holla, y barbara indomita atrevida é insolente blazona de sus triunfos sobre la virtud, la ciencia, y la relijion, que atadas a su detestable carro gimen sobre un suelo, que en vano han procurado colmar de beneficios. Ya en mis cartas anteriores he hecho ver las causas y efectos de este cancer de la sociedad, y ahora me propongo manifestarte su estension. Graduanla muchos por el numero de los charlatanes que no siendo capaces de hacerse notables de otro modo han adoptado el de presentarse como impios, mas este calculo es muy equivocado, pues ni estos miserables forman todo el numero, y muchos de ellos acaso no pertenecen a él sino en apariencia. Son mas debiles que depravados, y en los momentos en que se olvidan del papel que quieren representar dan indicios bien patentes de su farsa. Otros computan la estension de la impiedad por el numero de las obras que la promueven, y este computo seria correcto

si la mitad de esas obras no fuesen un fruto de la codicia, y a veces del hambre, y no de la conviccion del entendimiento. Creo que sabras, mi amigo, que en Francia (nacion famosa por cuanto hay de grande, y cuanto hay de ridiculo) hace mucho tiempo que el oficio de escritor es como el de carpintero, que está a las ordenes del que quiera emplearlo para hacer la pieza que le pida, sin averiguar otra cosa que el precio que debe pagarse. Muchos de estos escritores componen una novena piadosisima para una sociedad relijiosa, y en seguidas el libro mas impio por orden de un librero, que acaso imprime por su cuenta ambas obras como objeto de mera especulacion. Yo no ignoraba estos hechos, mas tuve un comprobante de ellos por informe de nuestro comun amigo . . . . . quien tuvo en sus manos una de estas novenas, y supo su autor por el mismo librero que la vendia.

Bien se que esta misma facilidad en hablar contra la relijion, esta indiferencia a escribir en favor o en contra de ella, y el mismo interes que encuentran los especuladores en publicar las obras impias, prueban que sus sentimientos de piedad se hallan estinguidos, y si no tomasemos en consideracion otras razones yo tambien diria que el juicio es esactisimo; pero yo distinguiré siempre los frutos de la necesidad, de los que provienen de un estado habitual del espiritu. Si se habla de una impiedad *material*, que mas bien podremos llamar chocarreria, yo convengo con los que asi piensan, y tambien confieso aun hablando de la impiedad *formal*, o una verdadera e injenua admision de los principios irrelijiosos mas debo en honor del jenero humano asegurar que no es tan comun como se pretende. Repito que la impiedad se halla en todas las clases, y esto hace que se presente con un poder ecsajerado, repito que por todas partes se notan sus estragos, y esto hace creer a muchos que su accion es jeneral, pero advierte, mi caro Elpidio, que siempre ha sido

una desgracia y una fortuna de las clases, el que se las apropie una denominacion buena o mala por la conducta de un gran numero, que sinembargo es insignificante respecto a la totalidad.

Ya en primera carta procure llamar tu atencion sobre este punto considerando como un ardid de los despotas el ecsajerar los progresos de la impiedad, que siendo reales en mucha parte dan fundamento a la ficcion que sirve a un gran interes de la politica. Dirias que hay muchos virtuosos donde hay muchos que finjen serlo? Pues lo mismo debes decir que hay muchos impios donde hay muchos que se presentan como tales. No ignoro que la piedad se pierde por el mero hecho de hacer ostentacion de ser impios, mas esto debe entenderse de moralidad pues no puede ser justa siendo perversa, pero no del estado del entendimiento. He aqui porqué contra mi costumbre te he recordado los dos terminos escolasticos de impiedad *formal y material*, pues seguramente esplican con toda ecsactitud éste asunto. Los impios por conviccion, aunque erronea, y que mas bien puede llamarse alucinamiento no dejan de serlo con facilidad, antes es preciso vencerlos; mas los *titeres de moda* bailan de cualquiera manéra, y son reprensibles mas en su conducta que en sus ideas. Sabido es que la menor duda *admitida con obstinacion* por nuestro entendimiento acerca de un dogma constituye un hereje, y en cuanto a la vida eterna produce los mismos efectos que la negacion mas completa de una verdad revelada; pero es innegable que la impiedad no está radicada cuando el entendimiento aun no confia en sus dictamenes y admite si quiera como posible la ecsistencia de los misterios.

Resulta pues de estas observaciones que los impios obstinados no son tan numerosos como timida ó astutamente se quiera suponer, puesto que la mayor parte de ellos son especuladores, que no tratarian de reprimir los

sentimientos relijiosos de su corazon antes procurarian fomentarlos si encontrasen en esto su interes. La corrupcion de todas las clases de la sociedad suele afectar de tal manera la mente de los devotos, que la consideran como un enermo desahuciado, y acaso como un moribundo, que ya no da esperanza, y solo puede ser objeto del llanto. Quantos males se derivan de estas ideas! Tratase ya, no de atraer si no de evitar los impios, no de curarlos sino de abandonarlos en su grave enfermedad, que justamente consideran muy contajiosa. En consecuencia se aumenta el numero de ellos porque se consideran invencibles, ó porque considerandose como otro bando o partido, que se supone ya muy estenso, incita mucho mas a los especuladores a desear ser miembros de tan potente familia. Yo hablo por observaciones que he hecho, y no por meras teorias. Me consta, Elpidio, que uno de los medios de que se vale la impiedad para estenderse es suponer que ya está muy estendida. Sin duda percibiras que este ardid es practicado por todos los partidos ya politicos ya relijiosos, y que produce gran efecto por la natural propension que tienen los hombres a reunirse, la cual los induce a querer formar parte de las grandes sociedades, a menos que no se presente un interes contrario, que en materias relijiosas no puede haberlo segun las idéas mundanas.

No es posible numerar ni aun aprocsimadamente los impios, porque no tienen templo ni distintivo alguno, es un ejercito sin banderas, ni uniforme, ni divisa alguna, y solo se hace notable por los males que aca, y alla produce en la sociedad. Vienen a ser como las guerrillas, cuyo numero y operaciones nunca puede determinarse, y asi a veces se supone un territorio inundado de ellas cuando solo unas pocas lo recorren. De aqui proviene la gran ansiedad, que causan en los buenos estos enemigos de la virtud, pues la suponen asaltada por todas partes, y

efectivamente lo está, porque es universal el contajio en cuanto a que se observa en todas las clases y en todos los paises. Si los hombres se persuadiesen de que este mal tan formidable puede curarse, y que su incremento se debe a la apatia de los buenos, verias, mi amigo, disminuida considerablemente si no estinguida la impiedad.

Como deben pues tratarse los impios? Segun las macsimas del evanjelio. Con caridad y dulzura, pero al mismo tiempo con firmeza. Esta debe manifestarse no por medio de persecuciones, que la razon, y la esperiencia prueban que solo sirven para encender mas el fuego devorador de la impiedad, sino por un caracter noble, y decidido de parte de los creyentes, por un santo menosprecio de los asaltos de este monstruo, por un valor cristiano, que lejos de irritar al enemigo le atrae y le encadena con los vinculos del respeto, del aprecio, y de la consideracion. Los que no puedan atraerse de este modo, es preciso dejarlos a su suerte, aunque siempre debe continuarse en el mismo plan de curacion, y si se pierden sera culpa suya. Pidamos a Dios que por su misericordia mueva sus empedernidos corazones, y en cuanto a nosotros estemos satisfechos por haber llenado nuestro deber, aunque sin fruto, y si al fin se los lleva el diablo, cree mi Elpidio, que no se llevará nada ajeno.

Nada mas opuesto a la conversion que el insulto, y desgraciadamente lo vemos practicado por hombres muy piadosos, cuando se trata de atacar á los impios. Suelen ponerse en ridiculo imitando a sus enemigos en la truhaneria, y creen que haciendo reir un poco a los que no dudan de la verdad de la relijion, convencen a los que la niegan. Este es un medio anti-evanjelico que solo sirve para satisfacer pasiones humanas, y tomar venganza de insultos recibidos. No ignoro, que algunos tienen muy diverso motivo, y que solo intentan hacer bien pero sin duda se equivocan en los medios. La lijereza en

creer cuanto se dice siempre que sea contra las personas a quienes se quiere impugnar es un defecto en que incurren los piadosos no menos que los impios, y cuando se llega a probar una equivocacion, pierden toda su fuerza los argumentos mas solidos, y dan franca salida al enemigo. Esta palabra me recuerda una doctrina de S. Agustin que si la tuviesen presente todos los que se ven precisados a lidiar con impio evitarian muchos malos ratos, y podrian hacer mucho en favor de la relijion. "Distingase, dice este Sto. Padre, distingase en el criminal la obra de Dios y la obra del diablo; el hombre es obra de aquel, y el pecado de este. Amemos pues al hombre, y aborezcamos el crimen." En ningun caso se debe, mi Elpidio, en ningun caso se debe odiar a ninguna de las obras del ser supremo, y asi los impios deben tratarse como a hermanos que tienen la desgracia de sufrir una enfermedad espiritual, o mejor dicho una muerte, y solo la gracia puede traerles a la vida, que debe ser todo nuestro interes, y anhelo.

Toda personalidad es un obstaculo a la conviccion, y asi es que las disputas privadas, en que casi nunca deja de ofenderse individuos determinados, rara vez producen buen efecto, y por lo regular dan orijen a inumerables males. Cuando se ataca el vicio sin determinar los viciosos, ninguno quiere ser contado en este numero, y nadie se da por ofendido. Del mismo modo, si se ataca una clase haciendo distincion de los que en ella no merecen sino elojios, no hay uno que no pretenda pertenecer a este numero, y todos dan signos de contento (unos en realidad y otros finjidamente) por el justo castigo que la opinion impone a los criminales; pero si el ataque es universal, y sin distincion, o individual y marcado, seguramente ecsaspera y no produce otro efecto que la obstinacion. Esta doctrina debe aplicarse a toda clase de disputas, y en todos los casos en que chocan entre si los intereses sociales,

pero mucho mas en materias de relijion. Es muy dificil que el hombre que sufre en una visita un desaire, un desden, y aun a veces un desprecio, solo porque es impio, no salga mas resuelto a continuar en su impiedad, que acaso hubiera abominado si en vez de esta rudeza hubiera recibido un tratamiento cortes y caritativo. Yo se muy bien que debe evitarse el trato con los impios, y ojala esta doctrina se llevase a efecto, mas debe contenderse *en su impiedad* mas no en las relaciones sociales, que jamas deben interrumpirse con groseria. Enhora buena que se evite aun el trato social con semejante clase de jentes, porque rara vez puede tenerse sin peligro de ser mortificados por sus majaderias, si no corrompidos por su inmoralidad; pero cuando es preciso tratarlos, o cuando por casualidad se reunen con los creyentes, deben estos tratarlos como hombres, y si lo merecen como caballeros, y nada hay mas ridiculo ni mas contrario al espiritu del evanjelio que el mortificar a un individuo en sociedad cuando no da motivo alguno—Verdad es que S. Pablo nos dice que ni siquiera debemos comer con ellos pero esto se entiende si hay peligro de ser pervertidos como lo habia respecto de los fieles aquienes escribia el apostol, y cuando se aspira a su familiaridad, que siempre es causa de un habito vicioso.

Si un impio pretende propagar su impiedad pierde todo derecho al sufrimento de parte de los creyentes, quienes estan autorizados para oponerse a sus depravadas intenciones. Esto pueden hacerlo, o dejando su compañia, o advirtiendole su error, o castigandole con un justo desprecio. El primer modo es el mas acertado, pero no siempre es posible, y en tal caso respecto de las personas poco instruidas el tercer medio es el mas conveniente. Ningun castigo puede darseles ni mas severo, ni mas adecuado.

No hay cosa que tanto mortifique a un impio, como el

silencio si va acompañado de ciertos signos, que no le permitan equivocarse, creyendo que es efecto de conviccion, o de falta de razones con que rebatir sus argumentos, o mejor dicho sus vagas aserciones, pues ya sabes que a esto se reducen todas sus disputas. Hablo por esperiencia, y acaso habrá pocos que la tengan tan dilatada en esta materia. Mi profesion y los diversos incidentes de mi vida, que no te son desconocidos, me han puesto en contacto con toda clase de personas por muchos años, y puedo decirte que he tratado los mayores impios, y los mayores fanaticos. Despues de muy serias reflecciones he adoptado el plan de no contestarles sino con cierta espresion del semblante, y con una u otra sonrisa acompañada de vagos monosilabos, que les indiquen claramente lo mucho que podria decirles si no los considerase *incapaces de una discusion franca e imparcial, y si no* conociese sus miras. He procurado siempre indicarles mi respeto y consideracion a sus personas, mi buena amistad, y mi condescendencia hasta donde he podido llevarla sin comprometer mis principios. De este modo, creeme Elpidio, les he dado mucho que pensar, y acaso he producido mas efecto que si abiertamente hubiese entrado en disputas interminables, por que se establecen con este intento, y las pasiones siempre encuentran medios de conseguirlo. Puedo decirte, que a veces han hecho varios impios un esfuerzo para despreciarme, y no han podido. Su semblante me daba a entender que su corazon era mio, y yo contento con esta propiedad no me cuidaba mucho de sus delirios. En estos casos siempre he recordado un consejo y una comparacion admirable de S. Agustin. Si nos aprocsimamos al lecho de un hombre agitado por una fiebre intensa y que acaso delira, nos recibirá tal vez con aspereza, despreciará nuestros consejos, y puede que hasta nos tire a la cara la medicina que le ofrecemos: mas seria muy necio el que se ofen-

diese por estas acciones, y abandonase al paciente. Y por que ? Por que está enfermo—Pues bien, nos dice el Sto. Padre, todos los pecadores estan gravemente enfermos.

Me diras que el silencio no puede ilustrar, y que mas bien sirve para que se radiquen los errores no siendo rebatidos. Te equivocas, mi amigo, si asi piensas. Verdad es que el silencio nada esplica pero no es tan inerte como parece. La impiedad proviene como he manifestado en mis cartas anteriores, o de corrupcion o de alucinamiento, y en ambos casos un prudente silencio sirve de antidoto, por que demuestra al perverso que le conocemos y que por prudencia y caridad no le despreciamos, y al iluso que sus raciocinios son tan infundados que ni merecen respuesta, lo cual es un estimulo para que los ecsamine con mas detencion, y se convenza a si mismo que es el mas solido convencimiento. No debemos perder de vista que la mayor parte de los impios hacen grandes esfuerzos para serlo, y asi es una cosa arbitraria que deja de ecsistir luego que se quiere, y por tanto ganando la voluntad, muy pronto se atrae el entendimiento; mas si aquella llega a ecsasperarse no hay que pensar en que este se convenza, o por lo menos se dé por convencido.

Advierte igualmente, mi amigo, que las mayor parte de las disputas relijiosas, suscitadas en la tertulias son una estratajema de que se valen algunos ociosos para divertir criminalmente a los que tienen la debilidad de celebrarlos, y reirse de sus chistes, y de sus atrevimientos. Muchas de los señoras son muy culpables en este punto, pues no hay duda que una multitud de estos graciosos dejarian de serlo si encontrasen, en vez de apoyo, una justa correccion, de parte de ellas, que pueden darla fran camente, o sin peligro por que la sociedad, que las ha encadenado de tantas maneras, las ha concedido al mis-

mo tiempo el permiso de decir, y de hacer lo que las parece en estos y otros muchos casos semejantes. Desgraciadamente siguen un plan equivocado, pues, o celebran a estos blasfemos, temiendo no pasar por gazmoñas, y es ponerse a mofas; o empiezan a dar signos de gran inquietud y escandalo, que es precisamente lo que habian intentado estos truhanes. Pero si las señoras guardando compostura y serenidad no se dignasen atender a estos simples, y con un prudente comportamiento les hiciesen advertir que no puede darse escandalo cuando no hay o ignorancia para admitir errores, o perversidad para imitar *los crimines*, pero *que un alma ilustrada, y virtuosa* no recibe escandalo, y solo compadece al que lo intenta; si no les diesen el gusto de escitar admiracion, ni hacerse objetos ser dignos de combatidos; no tardarian mucho en desterrarse unas conversaciones inicuas como desagradables.

Habras oido mucho acerca de la libertad relijiosa de este pais, acompañada de una armonia social, y una paz admirables, y a pesar de tu gran talento, como sé el efecto que producen las distancias de los pueblos, y las diversas costumbres en los juicios de los hombres; temo que no hayas adquirido ideas correctas sobre este punto, y que te hayas dejado llevar de las ecsajeraciones de unos y de la injusticia de otros. No sera pues fuera de proposito presentar las cosas como son en realidad. Siendo considerado este pueblo como norma de la tolerancia relijiosa, es preciso no formarnos ideas equivocadas acerca de él, porque al fin desaniman a sus imitadores, cuando la esperiencia les demuestra que no han llegado, y que acaso es imposible llegar, a una perfeccion imajinaria, que toman por ecsistente.

Figuranse muchos que en este pueblo no tiene influjo alguno la relijion o que por lo menos en nada altera la paz de los animos, que todo es indiferente, y que no ecsis

ten rivalidades ni rencillas relijiosas. Esto anima a los impios creyendo que es la sociedad que mas les conviene, y a los piadosos creyendo que es la mas tranquila—Ni unos ni otros se equivocan en el hecho; pero si en sus circunstancias. Los impios tienen campo libre, y los devotos tienen seguridad, pero todo es puramente esterno, y no es tanto un efecto de las leyes como de la opinion. Saben los impios que son detestados por los creyentes como lo podrian ser en cualquier otro pais, y saben estos que aquellos son sus mas encarnizados enemigos. Las diversas sectas son tan hostiles a la Yglesia de Dios como lo fueron los arrianos y todos los antiguos herejes, y como lo fueron, son y seran los ingleses. Si cualquiera de las sectas pudiese oprimir a las demas renovaria los tiempos de Henrique VIII, é Ysabel, y si los impios tuviesen fuerzas suficientes nos presentarian en America las sangrientas escenas de la revolucion francesa. Que hay, pues, me diras, que hay en ese pais que tanto se celebra? Un *tino social*, fruto de la educacion, y de la esperiencia, por el cual los hombres aunque se detesten se respetan, y jamas interrumpen la buena armonia de una concurrencia con insultos personales. Si por desgracia ocurre algun lance desagradable, o falta alguno a esta prudencia que podemos llamar jeneral, el ofendido encuentra muy pronto satisfaccion en la conducta, y espresiones de la jeneralidad, y se calma por dicirlo asi, quedando la sociedad tranquila y unanime en operacion, o conducta civil, aunque mas que nunca dividida en sentimientos relijiosos. Yo se perfectamente que muchos de los que me tratan con respeto, y aquienes yo trato del mismo modo, si oyeran decir que me habia muerto, dirian que habia un diablo menos sobre la tierra; pero tambien estoy seguro de que esos mismos nunca se permitiran el insultarme por no ponerse en ridiculo a los ojos de la jeneralidad—He aqui la fuerza de la opinion.

Mientras no se consiga en los pueblos este *habito de respeto*, esta condescendencia social, jamas podran inmitar a los Estados Unidos del Norte de America, sea cual fuere el sistema de gobierno. Los hombres somos como los niños que lloran porque les hacen burla, y nada omiten para vengarse de los agresores. Las mas sabias instituciones, los escritos mas juiciosos y los ejemplos mas heroicos no bastarán a conservar la paz, mientras no se pueda ir a pasar un rato en una tertulia sin esponerse a un insulto.

Aplicando estas observaciones al asunto de que tratamos, dire que los impios deben ser manejados como en este pais en cuanto a la sociedad privada. Los sensatos siempre procuran alejarlos de sus casas, pero si entran en ellas son recibidos con el mayor respeto. Si faltando a estas leyes de urbanidad, y buena acojida, se atreven a mortificar la sociedad con sus delirios, pierden todo derecho a la consideracion, y muy pronto leen en el semblante de los concurrentes la sentencia indeleble de un alto desprecio, si ya no es que el amo de la casa le indica el abuso que ha hecho de ella. Este es, amigo mio, el gran misterio de la tranquilidad relijiosa de este pais normal.

Preciso es acostumbrarnos a los objetos morales lo mismo que a los fisicos, vemos hombres sanos y enfermos, unos arboles perfectos, y otros viciados, piedras preciosas, y otras ordinarias, y la vista de esta diversidad de objetos solo nos induce a formar distinto juicio de su merito, mas no causa inquietud, ni ecsita fuertes pasiones; asi debe operarse respecto de los hombres buenos y perversos, sabios e ignorantes. La opinion acerca de ellos es diversa, pero no deben afectarnos. Permiteme un ejemplo personal, por que al fin escribo a un amigo. Suelo encontrar y me ha detenido en la calle con frecuencia, un impio de marca, escritor irrelijioso desaforado, que francamente me ha solido decir que es ateo. Yo a veces he

estado por darle la picante respuesta del Abad La Menais a otro aturdido semejante : *hace tiempo que deseaba ver un animal de esa especie, y me alegro de haberlo conseguido* mas esto no hubiera sido conforme al sistema de la sociedad americana, y asi siempre le he respondido con una risa, y despues de una conversacion amistosa nos separamos, sabiendo yo que el continua riendose por haberse entretenido con un iluso, y yo tambien por mi parte he seguido riendome por haber encontrado un *oso manso* con pretensiones de hombre.

La esperiencia te probará Elpidio que este es el mejor plan de conducta respecto de los impios, y que toda oposicion imprudente solo sirve para agravar los males. No ignoro que es un deber la defensa de la verdad, y un acto de justicia el ilustrar al ignorante, mas esto debe hacerse conforme a los dictamenes de la prudencia, pues no debemos hechar margaritas a los puercos. Siempre que se conoce que un individuo está dispuesto a admitir la verdad, y que la busca sinceramente, debemos manifestarsela, y sacarle de su error, si somos capaces de hacerlo, pero si no lo somos, dicta la misma prudencia que nos contentemos con dirijirlo a personas competentes, o le suministremos libros que puedan ilustrarlo. Un mal defensor hace mala y pierde la mejor causa. Lo mismo sucede en materias relijiosas, y creeme Elpidio que es una desgracia para la relijion el que algunos charlatanes se atrevan a defenderla. Por lo regular la desfiguran y presentan horrorosa, y llena de contradicciones que ecsisten en las respuestas necias, y no en los doctrinas fundamentales.

No creo que pueden darse reglas para determinar estos casos. Juzgo que en esta materia sucede lo que en la medicina, que todas las observaciones presentadas en los libros valen muy poco si el medico no tiene cierto tino, que no puede ser obra del arte, sino del talento, delica-

deza de sentidos y otras cualidades personales. Es preciso no dejarse llevar de espresiones capciosas, y protestas ridiculas con que pretenden muchos probar su buena fé al mismo tiempo que traman el ataque mas alevoso contra la relijion. Las circunstancias personales, y locales deben guiarnos en esta interesante y delicadisima empresa, que si se frustra produce males a veces incurables pues se radica mucho mas la impiedad gloriandose de su victoria. Seria un absurdo y ridicula vanidad el esperar que siempre que se entre en una disputa sobre relijion se consiga convencer, y mucho menos convertir a los impios con quienes se entiende, y por tanto no puede ser signo de imprudencia el mal suceso. Proviene la conviccion de inumerables circunstancias del entendimiento que se quiere convencer, y mas que de todo depende de una luz celestial, que no se deriva de los hombres; y por lo que hace a la conversion es fruto de la gracia, que siempre es misteriosa. El mismo S. Pablo predicó a concursos numerosos, y solo creyeron los que estaban dispuestos para la vida eterna. Sinembargo son responsables de los malos efectos de una disputa imprudente, los que la emprenden notando por signos bien claros su inutilidad y su peligro.—Advierte, amigo mio, que los hombres cuando quieren instruirse, y no vencer o ridiculizar a los que llaman sus contrarios, disputan muy poco, y solo hacen algunas preguntas, oyendo con tranquilidad sus respuestas. Notarás a veces cierta reserva que se manifiesta por mas que trate de ocultarse, pero este silencio y moderacion afectada no puede confundirse con la sincera conducta de un espiritu verdaderamente despreocupado, que trata de ilustrarse. He aqui los unicos sintomas que pueden indicarse para guiarnos en la investigacion del estado de enfermedad o mejoria de estos enfermos espirituales.

Sobre todo, mi amado Elpidio, conviene no dar pabulo

a la groseria, y perversidad de muchos truhanes, que segun he observado en otra de mis anteriores, suelen entrar en disputas relijiosas solo por reirse de los devotos, y creeme que esta clase de impugnadores es la mas frecuente. Luego que salen de la tertulia, o que se retira la persona con quien disputaban, suelen reirse ellos mismos de sus argumentos, o por lo menos les interesan tan poco, que solo se ocupan de la sensacion desagradable que causaron, y de los jestos, y ademanes que hicieron sus antagonistas.—Acuerdome de haber oido a un eclesiastico, amigo mio, que un fraile chusco y al mismo tiempo muy prudente se desembarazaba con facilidad de estos majaderos suplicandoles, que le esplicasen la doctrina cristiana y sus fundamentos antes de entrar en disputa sobre ella, pues les decia con mucha sensatez, que nada es mas ridiculo que disputar sin saber sobre que objeto. Puedes inferir que ninguno de los galanes, o como los llamaba Feijoo teologos de corbata, se atrevia a emprender tal esplicacion, y el buen fraile luego que conocia su embarazo sacaba de la manga una moneda de oro, y la ofrecia por premio al que esplicase la materia. Volvia con mucha risa á guardar la moneda, diciendoles que tenian permiso para hablar como lo tienen todos los locos, puesto que por esperiencia se probaba que lo hacian sin juicio, y solo por mania. Quantas veces me he acordado del buen fraile!

Yo me atreveria a aconsejar a mis hermanos eclesiasticos, que en este punto fuesen mucho mas precavidos que los seglares, si bien tienen mas medios para defender la causa de la relijion. Es preciso no olvidar que empezamos con una gran desventaja, y es la de creer muchos que solo promovemos nuestro interes, y que nos duele mucho no la perdida de las almas sino la de nuestras comodidades. Por enormes que sean estas calumnias, vemos que son muy comunes, y hallan acojida en personas de

quienes acaso no se espera tanta injusticia. Por consiguiente *todo acaloramiento* en estas disputas suele presentarse por los impios como prueba de una disposicion hostil en nuestro espiritu, y con suma hipocresia, invocan el evanjelio, los mismos que lo detestan, solo para calumniar a los eclesiasticos haciendo ver que no poseen los sentimientos inspirados por aquel santo libro. Hay otro peligro aun mayor y es que los impios se cuidan muy poco de la verdad, y asi es que no les cuesta mucho inventar anecdotas que suponen pasadas en estas disputas, y consiguen ridiculizar los eclesiasticos. No perdamos de vista que aun los mas reflecsivos se dejan guiar por impresiones que podemos llamar personales por que son producidas precisamente por la consideracion de las personas. De aqui resulta que cuando los ministros de la relijion se hacen ridiculos por algunas simplezas, o cuando son maliciosamente ridiculizados, siempre sufre la Yglesia, porque el *ridiculo* como un veneno va pasando y estendiendose cada vez mas y llega a producir funestisimos efectos. Muy pocos tienen ilustracion y prudencia necesarias para respetar el culto cuando no se respetan sus ministros. Es por tanto incalculable el mal que causan a la relijion, y a la moral publica los que por una condescendencia criminal, y a veces por miras perversas animan con sus risas a ciertos bufones, que tienen gran placer en demostrar su despreocupacion burlandose de los eclesiasticos. Aun prescindiendo de las consideraciones puramente relijiosas siempre causará un gran perjuicio a la sociedad semejante conducta respecto de los ministros de su culto. Estos por su parte deben evitarlo de todas maneras, pues nada gana la Yglesia con sus *buscados e innecesarios* sufrimientos, antes pierde mucho la causa de la relijion.

Suelen los piadosos llegar a disgustarse tanto por las majaderias de los impios, que pasan una vida llena de amar-

gura. Si esta proviene del sentimiento de ver tantos miserables en tanhorrible estado, sin duda es muy fundada, y prueba unalma verdaderamente cristiana; pero si proviene del sufrimiento personal en consecuencia delos ataques de estos furiosos, lejos de ser un sentimiento propiamente relijioso es una debilidad manifiesta y una disimulada soberbia. La mitad de los que se quejan de los impios acaso no se acordarian de ellos si pudiesen verse libres de sus insultos. No asi la caridad cristiania, mi amado Elpidio, antes procura sufrir, y sufre con cierto placer inesplicable, si de este modo puede contribuir al bien de otros, y a gloria de Dios.

Permiteme, querido Elpidio, que transcriba un parrafo del incomparable Bossuet en su elocuentisimo sermon *sobre la Yglesia*, en que haciendose cargo de las aflicciones que pasan los justos por la difusion de la impiedad, representa uno de estos espiritus atormentados y le dirije las siguientes palabras.—"Me diras: se encuentran tantos impios; su numero es infinito, que no puedo vivir en su compañia. Hermano mio, adonde iras? Encontrarás impios por toda la tierra, hallanse por todas partes mezclados con los buenos: algun dia se correjiran, mas aun no ha llegado su hora. Que debemos hacer entretanto? Separarnos en el corazon, reprenderlos con libertad a fin de que se corrijan; y si no se corrijiesen, debemos sufrirlos con caridad para confundirlos. Hermanos mios, no sabemos los consejos de Dios, hay inicuos que se correjiran, y es preciso esperar con paciencia; hay otros que perseverarán en su malicia, y puesto que Dios los sufre, no deberemos nosotros sufrirlos? Algunos estan destinados a ejercitar la virtud en unos, y castigar el crimen en otros; seran quitados del medio cuando terminen su obra . . . . . . no anticipemos este juicio. *Amad a vuestros hermanos*, dice S. Juan (I. Joan. 2. 10) *y no sufrireis ningun escandalo*. Por que? dice S. Agustin,

porque el que ama a su hermano sufre todo por conservar la unidad. (Bossuet tom. 2. p. 63 y 64.)

Si el espiritu que guió la pluma del enerjico y piadoso Bossuet moviese el corazon de los que tanto se quejan de la multitud de impios el mal seria mucho menos sensible, pero desgraciadamente se observa que la mayor parte de estos lamentadores desean encontrar objeto de sus lamentos, y lo finjen cuando no lo encuentran. Apenas hay un hombre ilustrado, a quien cierta multitud de *fanaticos piadosos*, que siempre abundan, no representen como el mayor impio y otros *fanaticos picaros*, o fanaticos finjidos no calumnien del modo mas inicuo. Sirven estas calumnias para radicar la preocupacion, en cierta manera inocente, por el mismo temor que tienen los piadosos de que se difunda la impiedad, sin advertir que a veces llegan al estremo de faltar a la justicia sospechando, y aun creyendo sin fundamento que todos son impios, y a la caridad, que les dicta no creerlos incurables hasta no haber agotado los recursos. Tambien producen dichas calumnias otro efecto mucho mas funesto, y es inducir a la impiedad a muchos que estarian muy lejos de ella. Este mal es gravisimo pues no hay cosa mas sensible que el formar impios precisamente por defender la piedad, y creeme querido Elpidio, que es muy comun, y que ha privado a las ciencias, a las artes, y a la sociedad entera de muchos miembros que podrian haber sido muy utiles, y han venido a ser perjudiciales.

En cuanto a la juventud creo que se juzga con suma precipitacion acerca de su impiedad, que sin duda es real en muchos casos, mas en otros es solo una majaderia, o mejor dicho una niñada, y asi es que no debemos desesperar de su correccion, ni perder la tranquilidad de nuestro espiritu por las travesuras de los jóvenes. Cuando yo lo era tenia por una vana esperanza la que alimentaban muchos de mas provecta edad acerca de la futura

enmienda de algunos de los aturdidos que mortificaban la sociedad con sus blasfemias; pero el tiempo me ha demostrado en muchos casos que no eran tan infundadas sus esperanzas, y que por lo menos se nota mucha mas prudencia, si es que aun se conservan las mismas ideas. No pretendo por esto que se abandone la juventud, y se permita en ella todo esceso, bajo el pretesto de futura enmienda, ni menos pretendo disculparla. Solo deseo que los jovenes sean tratados en materias de relijion como los niños cuando empiezan a ser molestos por sus travesuras Efectivamente, los primeros esfuerzos del entendimiento son tan vacilantes como los primeros pasos de la niñez. Sinembargo esta debilidad en cuanto a la percepcion de los objetos se halla siempre acompañada de un gran vigor, y determinacion para operar, y asi es que nada sirve de obstaculo a un joven que empieza a figurar en la sociedad. El mejor medio para obtener si no una reforma por lo menos alguna moderacion en la conducta relijiosa de los jovenes es llevarlos con dulzura por la senda del cariño que conduce a la paz y contento. Observa, Elpidio, que la juventud propende a la justicia por mas que se empeñen en probar lo contrario algunos alucinados o irreflecsivos, y asi es que por mas entregado que este un joven a los placeres y a la impiedad, siempre da signos de gratitud por los esfuerzos que se hacen para mejorar su estado, si percibe que no hay intencion de oprimirlo.

El gran secreto de manejar la juventud sacando partido de sus talentos, y buenas disposiciones consiste en estudiar el caracter individual de cada joven, y arreglar por él nuestra conducta. La oposicion que se hace a un joven si queremos que produzca buen efecto debe ser casi insensible, y es preciso procurar que él mismo sea su corrector. Tiene la naturaleza toda su fuerza en la primera edad, y las pasiones son muy vivas; la razon está muy poco ejercitada, y la esperiencia, siendo casi nula, no ha

podido producir el habito de moderacion, que suele conseguirse en la mayor edad. Resulta pues que un joven se deleita en toda lucha sea de la clase que fuere, y que la resistencia solo sirve para aumentar sus esfuerzos pero nunca para conquistar sus inclinaciones. Suelen muchos encargados de la educacion equivocarse en este punto, creyendo haber conseguido gran victoria sobre las inclinaciones de los jovenes cuando por temor no las manifiestan, que es decir cuando han adquirido suficiente malicia para defenderse con tino, y tactica premeditada. Este error ha producido muchos y muy lamentables efectos, que se demuestran con toda evidencia, cuando cesan las opresiones, y la naturaleza corrompida brota libremente la inmudicia de los crimenes, que por tanto tiempo habia estado retenida. Esta es la causa, mi amado Elpidio, si, esta es la causa por que muchos jovenes educados en colejios mal dirijidos se entregan a todos los vicios y especialmente al de la impiedad luego que salen de la que consideran como una dilatada prision, frustrando las esperanzas de sus amorosos padres, y haciendo inultiles todas las lecciones de sus sabios maestros.

Esta digresion, que acaso te parecerá inoportuna tiene por objeto manifestar, que el poco tino en atacar a la impiedad en los primeros pasos de la juventud, cuando las pasiones empiezan a soltarse, el poco tino en manejar a los jovenes en la edad mas peligrosa de la vida es la causa de la desmoralizacion de muchos que se hace inesplicable a los irreflecsivos, que dicen con gran sorpresa " y se educó en un colejio!" sin espresar que colejio, y manejado por que cabezas. A la verdad, mi Elpidio, que son tan pocos los colejios que valen algo sobre este punto, que un hombre de juicio, lejos de sorprenderse del que parece un fenomeno, encontraria su causa muy natural en el mismo hecho que se presenta para hacerlo estraordinario, y diria que tal joven es impio precisa-

mente por que se educó en un colejio. Hace muchos años que la lectura del juiciosisimo *Tratado de Estudios* de Rollin me abrio los ojos por decirlo asi sobre esta materia, y creeme que desde entonces no he cesado de hacer observaciones, que todas ellas me han confirmado en las luminosas ideas de aquel sabio maestro y prudente director de la juventud. En muchos colejios, y aun dire en la mayor parte se descuida enteramente el interesante objeto de la relijion, inspirandose de este modo cierto desprecio, o por lo menos cierta indiferencia acerca de ella; y en otros tratan los profesores de inspirarla a la moruna a fuerza de castigos, que solo producen un odio mortal hacia los que los imponen, y una aversion completa e indeleble al objeto que los causa. No debe haber induljencia alguna con los jovenes en materias de impiedad, pero conviene que solo perciban nuestro disgusto, y oigan en vez de oprobios cariñosas insinuaciones, y que aun para los actos relijiosos que no deben omitir se les conduzca con suavidad. Puedo decirte por esperiencia que los jovenes siempre aman cuando conocen que son amados, y que el que tiene la felicidad de conseguir su amor está seguro de manejarlos como le parezca, pues llegan a formar un juicio favorable de los objetos por la buena idea que tienen del que los propone, y asi es que entran en el ecsamen sin repugnancia, y sin preocupacion, o mas bien con la saludable en favor de la virtud. Estos pequeños impios necesitan ser manejados de un modo particular, y se pierden miserablemente si son tratados por las reglas comunes, de premios y castigos. Por mi parte te aseguro que jamas he premiado ni castigado ningun joven por ejercicios relijiosos. Los premios sirven para formar hipocritas especuladores, y establecer en el corazon de los jovenes una relijion puramente humana, por que se acostumbran a agradar a los hombres y a esperar de ellos, lo que solo deben esperar de Dios, pu-

diendo al fin aplicarseles las palabras del evanjelio "ya recibieron su paga" *acceperunt mercedem suam*. Los castigos por otra parte destruyen los sentimientos verdaderamente relijiosos, y producen tambien la hipocresia, aunque de un caracter muy distinto, porque es reservada y en cierto modo feroz. Es pues evidente que todo estimulo o compulsion relijiosa, que no es conforme a la misma relijion solo sirve para destruirla, y por tanto solo debe estimularse con la elevacion de las ideas celestiales, y los atractivos de la virtud, y solo debe compelerse con los horrores del crimen y las iras de un Dios vengador. Aun en esto debe haber mucha prudencia, pues un sermon continuo llega a ser una cantinela, principalmente para los jovenes, que no pueden sufrir por mucho tiempo unos pensamientos tan serios. El que quiera que un joven no tenga relijion hablele siempre de ella.

Yo desearia, mi amado Elpidio, que los que dirijen a los jovenes no olvidasen una debilidad, en que casi todos incurren, y de que debemos prevalernos para beneficio de ellos mismos. No hay niño que no quiera ser grande en cuerpo, y no hay joven que no quiera serlo en ideas, y sentimientos. De aqui proviene que asi como los niños procuran todas las ocasiones de levantar pesos que ellos consideran enormes, y de ostentar de todos modos que se van aprocsimando al estado parfecto de la naturaleza, cuando ya todas las facultades fisicas han adquirido su entero vigor; asi los jovenes que ya consideran haber llegado o no distar mucho de este estado de perfeccion, aspiran a manifestar que tambien han llegado al de las perfecciones intelectuales, y asi es que siempre emprenden cosas arduas, y se creen capaces de qualquier trabajo cientifico. En cuanto a la relijion viendo que ha sido combatida por hombres muy notables, y que sus ataques prueban como ellos dicen fuerza de espiritu, nada puede halagar tanto su deseo de demostrar perfeccion intelec-

tual como el presentarse en la palestra cual campeones denodados. Desde la infancia se le ha enseñado la relijion (aunque la mayor parte solo aprendieron a saber que ecsiste) y sus madres conservando el dominio absoluto que las dá la niñez, solian llevarlos al templo, y hacerles practicar algunos ejercicios relijiosos. Persuadense pues que el primer paso que deben dar para demostrar que ya son *hombrecitos*, y que han salido como suele decirse de las faldas de la madre, es empezar a hablar, no con franqueza, sino con osadia sobre materias de relijion. Si logran opositores, tanto mejor para su intento, juzgan de su valor por el caso que se hace de ellos, y se consideran por este mero hecho unos hombres de gran consecuencia.

En tan delicadas circunstancias bien conoces, mi Elpidio, que se necesita una gran prudencia para no hacer reventar la cuerda, y templarla al mismo tiempo, pues seria el mayor de los absurdos el descuidarse en tan interesante asunto. Muchos toman el partido de humillarlos recordandoles su poca edad, su falta de esperiencia, y esto con un modo que mas ofende que mueve, y te aseguro que los que asi proceden no han estudiado el corazon humano ni saben todos los recursos de la vanidad. Por mi parte he seguido un plan contrario, y creo que la esperiencia me autoriza a recomendarlo como util y asequible. Siempre he procurando tratarlos como si fueran lo que ellos quieren ser, esto es hombres ya formados, y ya que se han atrevido a asomarse por decirlo asi a la puerta del santuario del saber, yo he procurado empellarlos para que acaben de entrar. Entonces tratandoles ya como hombres de esperiencia he procurado comunicarles la mia, y dejarles que crean que me han engañado persuadiendome de que antes la tenian, y de este modo he solido convertirlos en mis colaboradores figurandose que ya han avanzado mucho, puesto que hasta pasaron el primer vertigo que induce la juventud a mil locuras. Estos

*viejecitos lampiños* suelen ser utilisimos y feliz la sociedad que abunde en ellos, porque efectivamente acaban por conocer la astucia con que se les ha manejado, cuando ya ellos mismos se han formado, y son capaces de valuar el *merito de tan util estratajema*. Yo *nunca* he querido tener por enemigo a muchacho, y menos entrar en disputa con ninguno de ellos, antes he procurado siempre hacerles entender que los amo y los respeto, y siempre me he prevalido del tal cual concepto que sabia formaban de mi, para *usarlo como instrumento el mas eficaz* para hacerlos admitir mis ideas, y seguir mis consejos.

Pero que dificil es salir avante en tan ardua empresa! La mas lijera imprudencia destruye todo el plan dandole el aspecto de una falacia despreciable, cuando solo es un medio prudente de conservar la verdad y evitar innumerables males. En tal caso lejos de conseguirse un buen resultado, solo se consigue desenfrenar las pasiones del educado, que se cree con un derecho a vengar el que el llama un engaño malicioso. Figurase entonces que le tenemos miedo, que sus argumentos son insolubles, y que nuestra derrota seria inevitable si no tomasemos tan ridiculas precauciones. He aqui formado a veces un *quijotico* relijioso por la imprudencia de un maestro, y despues de causado tan enorme daño es muy dificil, o casi imposible el repararlo. La juventud es injenua, y asi se reciente mas que otra edad alguna, de cualquiera tentativa que se haga para engañarla, y por consiguiente recela de cuantos quieran despues satisfacerla.

Puedo asegurar, Elpidio, por esperiencia propia que algunos de los jovenes que ambos apreciamos por su honradez y principios relijiosos, me alarmaron mucho en la edad que propiamente podemos llamar peligrosa, quiero decir de quince a diez y ocho. Estos tres años de la vida ecsijen gran atencion y prudencia de parte de los encargados de la juventud. Es muy raro el joven que en este

periodo no dé signos mas o menos sensibles de una lamentable impiedad, y ya he insinuado de que modo creo que deben manejarse. Conviene tomar algunas precauciones que hagan innecesaria la correccion, y entre ellas creo que una de las principales consiste en distraer utilmente el animo de los jovenes, y aplicarlos al mismo tiempo a estudios solidos, pero sin contacto con la relijion ni la moral. Deben evitarse todas las cuestiones puramente especulativas, y nutrirlos con una cantidad escojida de conocimientos practicos. Por esta razon opino que es la edad en que mas conviene aplicarlos a la musica y al dibujo, y las matematicas, la fisica, y la quimica.

Aunque entiendo bien poco de medicina me parece muy fundada la practica de algunos celebres profesores, que en ciertos casos de delirio toman el partido de ador mecer a los pacientes por medio del opio, suministrado a veces con profusion, pero siempre con suma prudencia. Su objeto me han dicho es detener enteramente el uso de las potencias intelectuales, y dar tiempo a que se fortifiquen las fisicas, cesando escesiva accion de los nervios. Luego que el enfermo vuelve de este sueño, procuran que no haya objeto que le recuerde su antigua mania, antes por el contrario ordenan que sean tratados como si nunca hubiesen sufrido enfermedad alguna, y de este modo me han asegurado que han conseguido curar a muchos.—Lo mismo creo, mi amado Elpidio que debe procederse respecto de la que propiamente podemos llamar *locura impia* de los jovenes en la edad mencionada. El mejor partido es procurar que no piensen sobre unos objetos tan sublimes hasta que no sean capaces de hacerlo con solidez cuando se hayan dejado de su mania. Bien conoces que el mejor narcotico para la juventud es la musica, y he aqui en que me fundo para considerar su estudio, asi como el de otras bellas artes, (aunque con preferencia a todas,) como el mas adecuado para prevenir o curar un

mal tan funesto. Acuerdome daberle oido decir muchas veces a uno de mis maestros, que para bien de la juventud se halla a la cabeza de uno de los mas acreditados establecimientos litararios de mi patria, que nada le tranquilizaba tanto como el sonido de un instrumento tocado por alguno de los alumnos. "Este sonido, decia, me indica lo que piensa y lo que hace el que lo produce, y acaso muchos de los que le rodean, y mientras un muchacho esta tocando su instrumento yo no necesito cuidarlo. Yo respondo de su cuerpo y de su alma." Cuantas veces me he acordado, Elpidio, de esta juiciosima observacion, que entre otras muchas conservo como tesoro inestimable, con que me enriqueció un hombre a quien solo olvidaré con la muerte!

Por la misma razon opino que el estudio de las matematicas y el de la fisica y la quimica deben fomentarse como antidoto contra la corrupcion de la juventud, y de impiedad en los años peligrosos. Es claro que mientras un joven se ocupe de resolver un problema de Geometria, su alma esta separada de este mundo y se halla como en un sueño utilisimo, por que al paso que evitar todos los objetos que podian perjudicarle, fija la atencion sobre verdades solidas, y aplicables sin temor de errar, y va poco a poco acostumbrando su entendimiento a no alimentarse de ilusiones, ni gustar de disputas en que nada puede resolverse—He aqui la gran ventaja, he aqui el remedio para los casos en que por relaciones sociales se ven los jovenes entre personas imprudentes que suscitan cuestiones relijiosas. Un joven matematico descubre muy pronto que estos charlatanes no tienen orden en sus ideas y que su lenguoje es ridiculo. De aqui suele resultar un efecto muy contrario al que se proponen estos pedantes, y es que lejos de mofar, son ellos los mofados, y Dios le libre a uno de caer en manos de muchachos, que hora tiren piedras, o chufletas sarcasticas siempre son los mismos.

En cuanto a la fisica y la quimica es evidente que distraen mas que ningun otro estudio, y no se necesita mucho para probar que un joven que esta haciendo, o preparando un esperimento, en nada se ocupa que pueda perjudicar la moral ni la relijion, y que si le asalta uno ú otro pensamiento de impiedad, como no es tan agradable como las sensaciones que causan los objetos fisicos, muy pronto lo desvanece y sin hacer mucho esfuerzo. Tengo pues por el medio mas prudente cuando se advierte que un joven empieza a desbarrar en materias de relijion, el proporcionarle todos los medios para el estudio de las ciencias mencionadas, y proponerle toda clase de premios, sin que llegue a conocer nuestro intento, pues en tal caso, solo por un espiritu de contradiccion, de que tanto gustan los jovenes, llegarán a ser desagradables las mismas ciencias que forman las delicias de los hombres pensadores, y el mas util entretenimiento en las aflicciones, que la sociedad humana siempre proporciona a las almas sensibles.

Yo he deplorado siempre el alucinamiento de muchos padres, que consideran como perdido el tiempo que emplean sus hijos en el estudio de las ciencias naturales. No perciben las ventajas porque no se valuan por tanto o cuanto, y para hablar mas claro por que no producen dinero. Que error tan funesto! Como si nada valiese la perfeccion intelectual y moral de sus hijos, si, lo repito, Elpidio, la perfeccion moral, pues no cave duda que muchos jovenes se hubieran estraviado enteramente, y hubieran sido unos impios a no haberse ejercitado y distraido con el estudio amenisimo de las ciencias naturales en el periodo de la edad peligrosa. Rara vez encontraras un joven brillante por sus talentos y apreciable por su instruccion en dichas ciencias que se degrade entrando en conversaciones indecentes, o escandalize con impiedades, y si hallaras muchos que sirven de freno a los demas,

no por que se metan a predicadores sino por que su ejemplo es una verdadera predicacion, y la mas eficaz. Satisfechos de poder entretener una sociedad si quisiesen, y no necesitando entretenerla para llamar en ella la atencion por sus conocimientos, no tienen la majaderia de importunar con sandeces impias, que por otra parte su corazon acostumbrado a lo recto jamas aprueba.

Ya otras veces me he lamentado contigo de la que propiamente puede llamarse venalidad en las ciencias, por que se venden sus servicios solo por dinero, y se aprecian solo como un medio de adquirirlo. Llamanlas por consiguiente ciencias de *carrera*, por que constituyen al hombre en sociedad, y le proporcionan medios de sostenerse. Ningun hombre de juicio puede oponerse a ellas, pues nada es mas justo que recibir la compensacion de dilatados estudios e incomodidades, y nada mas prudente que aségurar la subsistencia para no sufrir, y ser gravosos a los demas; pero al mismo tiempo considerando los objetos bajo este punto de vista, el mismo interes personal está conciliado con el cientifico. No cave duda que un joven cuya espiritu está ejercitado, y cuyo corazon está libre de afecciones fuertes, y mas bien inclinado a los emociones pacificas que causa la contemplacion de la naturaleza, siempre sera mas capaz de hacer progresos, y ganarse el afecto, que tanto influye en el bien social. Repara, mi amigo, que se encuentran muchos perversos enriquecidos por medios inicuos, pero jamas hallarás uno que se adquiera una gran fortuna por medios licitos, y en consecuencia del aprecio popular. El pueblo por mas corrompido que esté, cuando media el interes sabe tratar a los impios mucho mejor que los sabios y piadosos.

Con cuanta pena advertimos diariamente los progresos de la impiedad donde no parece que deben esperarse, quiero decir en el bello secso! Esta es la clase mas peligrosa, por los privilejios que la sociedad le ha concedido

y por el grandisimo influjo que tiene en ellas—Debe ponerse todo empeño en manejar esta familia, que si se desatiende causa la ruina del pueblo. Acaso te causará risa el que yo pretenda dar reglas para manejar las mujeres que no tienen mas ley que su capricho, y solo son constantes en la inconstancia. Tal es el lenguaje comun, y de el se prevalen para hacer lo que las da gana, y a veces se las antoja causar males enormes, y despues se quedan tan frescas como si hubieran esparcido un puñado de flores. Los hombres irreflecsivos son los encaprichados, y de ellos se burlan completamente cuatro muchachuelas cuyo capricho e inconstancia es pura afectacion, pues en realidad tienen mas constancia en sus proyectos que los hombres mas firmes y decididos. El privilejio de causar mal defundiendo la impiedad no debe concederse a ningun secso, clase o condicion; antes debe inpedirse tan horrible atentado por medios prudentes. Yo siempre he creido que por una ignorancia que llaman atencion y politica se han inutilizado las mujeres, y al paso que se las ha hecho desgraciadas en cierto modo, se las ha dado la facultad de causar muchas desgracias. Sinembargo seria muy ridiculo el empeño de reformar la sociedad en este punto, y solo conviene tomar las precauciones necesarias para impedir los males. Ya he observado que muchas señoras fomentan la impiedad de los hombres aprobando y oyendo con gusto sus blasfemias, y ahora quiero que notes, mi caro Elpidio, que tambien suelen ser ellas mismas las impias y blasfemas.

A veces proviene este horrible crimen del caracter vano de muchas mujeres, que en este como en otros muchos casos suelen ser victimas de un deseo ser elojiadas; otras veces es efecto de enamoramiento por agradar a la per sona que aman, si esta por desgracia no tiene relijion; y otras veces aunque muy raras proviene de perversidad de corazon, y de las diversas causas que ya he indicado

en otra de mis cartas. Estas observaciones pueden guiarnos en el manejo de tan perjudiciales impias, pues deben tratarse de distinta manera segun el orijen de su mal, y toda equivocacion en este punto puede tener muy funestas consecuencias.

En cuanto a las mujeres impias por mera vanidad es preciso que consideremos que en la mayor parte de ellas proviene de un deseo de presentarse superiores a su secso que siempre es debil y piadoso, y de aprocsimarse al caracter varonil que envidian sobre manera. No se, mi querido Elpidio, si habrás notado que esta clase de mujeres es mas numerosa de lo qne tal vez creen algunos irreflecsivos. Figuranse muchos que las mujeres se hallan muy contentas con sus privilejios y que solo envidian las fuerzas fisicas, y la representacion social de los hombres; pero se equivocan mucho, pues ecsiste por lo menos en muchas de ellas un deseo de igualarlos en todo, y sienten el no pertenecer a corporaciones literarias, y a toda junta en que las luces deben guiar la sociedad. Entre otros ejemplos clasicos podria citar el de la celebre Madame Stael que tanto ha admirando a la Francia y puedo decir a toda la Europa con sus obras. Todos los que la trataron aseguran no podia disimular su sentimiento de no ser hombre o poder manejarse como tal, y aunque conservaba las manias de su secso, siempre se presento como si no le perteneciese. Yo no podre numerarla entre las impias, porque teniendo recursos intelectuales con que imitar, y ecseder aun a los sabios, nunca necesito de la impiedad para llamar la atencion, y arrancar aplausos; pero hay una gran multitud de mujeres ignorantisimas que ajitadas por la misma pasion, y careciendo de los medios que poseia aquella mujer ilustre, se entregan a todos los delirios de la incredulidad, a lo menos aparente. Las tontas y feas estan mas espuestas a esta miseria, porque las menguadas no pudiendo alterar su cara, y no dando

mas su cabeza, solo las queda el recurso de la gracia, o de la rareza. En cuanto a la gracia es muy dificil conseguirla sin talento, y la rareza trae consigo el ridiculo a menos que por circunstancias particulares no se haya consiliado la admiracion. Creen pues que la impiedad puede llenar este objeto por haber tantos celebres impios, y tantos impios de tertulia que al instante se unen a estas miserables, solo por que les sirven de apoyo. y para divertirse. He aqui el secreto de muchas impias *feo-tontas*.

Cual será pues el remedio? No celebrarlas. Este es el mayor castigo y la mejor cura; pero al mismo tiempo es preciso que no comprendan que se ha conocido el orijen de su enfermedad. Esto equivaldria a declararlas feas, y ya escribia yo en otra ocasion que las mujeres jamas perdonan al que las da tal nombre. Sin duda es preciso mucho tino para dejar que perciban nuestra desaprobacion y no su causa; pero esta reserva es tan necesaria, que cuando no puede conseguirse, o se teme no salir avante, el mejor partido es evitar el trato, y si fuere necesario, solo resta el silencio. Mi Elpidio, no insultes a mujer alguna, pues todas ellas en este caso se convierten en viboras, que jamas lograrás amansar. El modo mas seguro de ratificarlas en su impiedad seria ponerlas en el caso de defenderse contra la sospecha de que es solo un recurso para suplir la falta de talento y de belleza. Una mujer en tales circunstancias jamas cede, pues bien se hecha de ver que esto seria confesar que se conocen asimismas, y no dudan que son tontas y feas. El mero sonido de estas voces hace saltar a una mujer, y jamas las pronuncies en su presencia si no quieres esponerte a un mal rato.

Vale mas sacar partido de ellas, y embarcarlas con artificio en la defensa de la sana doctrina, lo cual sin duda hacen con gusto porque su impiedad es solo de especulacion, y esta la encuentran en el mismo aprecio que se

hace de ellas graduando sus talentos de mucha importancia para la defensa de nuestra causa. Me diras que esto equivale a inducirlas a una detestable hipocresia, pero yo respondo que no es sino separarlas de una verdadera hipocresia, y que la otra es aparente, y que de este modo se impide que continuen haciendo mal y destruyendose asimismas. No dudo que la vanidad es el resorte que ponemos en accion, pero esta es buena y aquella no es necesaria, pues bien pueden, y deben hacerse obras laudables, sin que se mezcle el veneno de la vana gloria. Sera pues un defecto de ellas y no de los que las inducen a dedicarse a obras virtuosas, si pierden el merito de estas por sentimientos ajenos de la verdadera piedad. A veces nos vemos precisados, mi caro amigo, a echar mano por decirlo asi de las armas del enemigo para defendernos, y destruirlo, y esta nunca será una alevocia antes debe graduarse por una accion prudente y heroica.

Por lo que hace a las enamoradas solo puedo decirte que estan locas, y que deben tratarse como tales. No hay duda que es muy sensible oirlas desatinar pero debe esperarse que duren los despropositos mientras dure la locura del amor. Hay un gran inconveniente para la reforma de estas infelices, y consiste en que tienen por un ataque contra el objeto de su amor cuanto se dice en apoyo de los principios relijiosos que el detesta, o por lo menos no admite. Bien puedes inferir cuan dificil es el convencimiento cuando el animo se halla con semejantes disposiciones, y asi es que conviene mas evitar que emprender disputas con muchachuelas enamoradas. Esta situacion es muy peligrosa, y si no hay mucha prudencia en manejar estas impias de amor se llega a producir en ellas un caracter atrevido e indomable, porque falta el freno de la relijion, y tienen el estimulo de una de las mas poderosas pasiones. Conviene hacerlas entender de todas maneras que estamos muy lejos de querer entrar en

discusiones, y mucho mas de ofenderlas. Nunca debemos insinuar que sabemos el orijen de su impiedad, sino que sea cual fuere su causa nuestro animo es curarla por medios suaves. Si vemos que nuestra indicacion produce disgusto, conviene desistir inmediatamente, por que es tiempo perdido, mas no por esto debemos abandonarlas, sino esperar otra oportunidad. La esperiencia prueba que este delirio pasa por la mera alteracion de circunscias, pues o llegan estas jovenes a unirse en matrimonio a los impios, y al muy poco tiempo estan bien aburridas de la impiedad por que notan sus efectos; o son abandonadas y el odio es implacable. Detestan pues la impiedad por un motivo contrario del que antes las inducia a admitirla, pues asi como antes se proponian agradar, despues se empeñan en ofender a los que tanto apreciaban, y solo desean vengarse.

Las mujeres impias por perversidad de corazon quiero decir las que no son guiadas por amor ni vana gloria, sino por no tener freno alguno que detenga sus desarregladas pasiones, creeme Elpidio, que son peores que todos los hombres impios y que su correccion es dificilisima. Los medios suaves rara vez producen efecto, y los severos casi siempre ecsasperan. Solo hay un partido que tomar con ellas que consiste en convencerlas de sus defectos morales sin dejarlas entrar en cuestiones especulativas, ni hacer caso alguno de sus blasfemias, y luego que las consta que estamos en posesion de hechos, que prueban su relajacion, ellas mismas ceden sonrrojadas, por que conocen que nuestra indiferencia en rebatir sus errores proviene del conocimiento en que estamos de que son voluntarios y por miras deshonrosas. Si no podemos convencerlas de que son perversas, conviene por lo menos insinuarlas que tal es nuestro juicio por mas que rabien, pues no tienen otra cura; y mientras permanescan siendo perversas ocultas seran impias mani-

gestas. Ecsiste afortunadamente una gran diferencia entre las mujeres y los hombres inmorales, pues aquellas jamas sufren pasar por tales a menos que ya no sean unas rameras, y estos con mucha frecuencia se jactan de sus relajaciones. Resulta de aqui la mayor facilidad de contener a las mujeres por la fuerza de la opinion, y si llegan a percibir que tomamos su impiedad como signo de su desarreglo, nada omiten para desvanecer esta impresion, y empiezan por no dar escandalo con sus disparates, y concluyen por olvidarlos enteramente, recobrando la razon su imperio, y vuelve la virtud a un pecho donde antes *solo habitaban crimenes horrendos.* A la verdad que estos casos son muy raros, pero basta que sean posibles, y que se hayan efectuado algunas veces, para que no perdamos la esperanza, antes procuremos su repeticion.

Sin duda te causa risa que yo haya ocupado tu atencion por tan largo tiempo acerca de la impiedad de las mujeres, no mereciendo este objeto la mas lijera consideracion ni entre los filosofos, que siempre juzgan de ellas como de los niños, ni entre la jeneralidad de los hombres que las ha concedido el privilejio de hablar como mejor las parezca, puesto que sus palabras no son consideradas, sino cuando se refieren a el amor. Quanto se engañan los que asi piensan! Oimos este lenguaje muchas veces, pero siempre es desmentido por la esperiencia que nos demuestra que la sociedad casi puede decirse que es gobernada por las mujeres, y asi es que su relajacion en cualquier sentido que sea produce siempre los mas funestos efectos. Por una miseria de la naturaleza humana jamas quieren los hombres ser superados por el secso, que impropiamente llaman debil, solo por que carece de fuerzas fisicas, (no tanto por constitucion como por inercia) y habiendo por otra parte caido en el lamentable error de considerar como espiritus fuertes a los impios resulta, mi amado Elpidio, que la impiedad de las muje-

res viene a ser como un escollo en que naufragan muchos. Entre la jente que suele llamarse del mundo no por la esperiencia que en el hayan adquirido, sino al contrario por que no lo conocen, y llegan a ser sus esclavos, apenas encontrarás uno aun de los mas moderados que no se presente como impio, o por lo menos como indiferente a la impiedad cuando se halla en compañia de señoras *nominales* que ostentan ser incredulas. Sin ocurrir a anecdotas privadas puedo recordarte un hecho publico y reciente, que prueba a la evidencia el fundamento de mis observaciones.

Acaso habras oido hablar de un diablo vestido de mujer a quien llaman Fanny Wright, o sea Francisquita Wright. Esta infernal criatura se presenta como la madre de la impiedad pues la practica y enseña de todas las maneras. Aseguranme los que la han visto que carece de hermosura, y aun podriamos sin injusticia llamarla fea. Dotada del conocimiento de algunas lenguas segun dicen, aunque no me consta que haya hablado publicamente en otra que en la inglesa, y teniendo mucha facilidad o mejor dicho, mucho descaro; se ha constituido maestra publica de la inmoralidad predicandola en teatros y otros parajes espaciosos donde se reunen millares de individuos para oirla. Ha visitado por segunda vez este pais sembrando semillas de impiedad que será muy dificil destruir, y se ha vuelto a continuar sus escandalos en Ynglaterra. Predicaba contra toda creencia, y cuando ya consideró que sus partidarios se hallaban bien *despreocupados*, esto es, bien embrutecidos, empezó a predicar abiertamente contra los mas esenciales puntos de la moral. No se atrevio sinembargo a hacerlo con tanta libertad en publico como en privado, pues temia esponerse a lo que al fin sucedió, a pesar de todas sus precauciones, esto es, que impresas algunas de sus cartas contra el matrimonio de una manera la mas baja y seductora, cayó enteramente

en un desprecio y abominacion universal. Ha pervertido a una gran multitud, y ha dado oportunidad a otros muchos, que ya lo estaban de presentarse con descaro, como miembros de una nueva secta, que hace alarde y blazona de no pertenecer a ninguna creencia, bien que no se atreven a decir, de no tener moral alguna. Dicenme que esta impugnadora del matrimonio al fin se ha casado! Esto es para que veamos que hay hombres para todo, y que no hay absurdo que no llegue a realizarse.

Mi objeto en darte esta idea de la heroina moderna de la impiedad, no ha sido otro sino preparar el campo donde quiero que observes realizadas mis indicaciones, para lo cual necesito darte la historia en cierto modo secreta, de este gran ascendiente que adquirió una mujer, desprecia ble por tantos titulos.

Todos los que no se han dejado conducir por apariencias conocen muy bien que esta mujer perniciosa es, y ha sido siempre un mero instrumento de que se han valido varios impios, y con especial cierto individuo que se supone ser el autor de todas las arengas, o lecciones depravadas con que ha causado tanto daño. Este hecho prueba que los impios conocen muy bien de cuanto valor es una mujer en su partido, y los creyentes deben aprender a evitar semejantes antagonistas. La estratagema se conocio bien claramente en dos ocaciones muy notables. Concedieron a esta impia en la ciudad de Filadelfia, el uso de una de estas que se llaman Yglesias, y que sirven para todo; hubo un concurso estraordinario para oir las blasfemias de esta miserable, mas entre los concurrentes habia un joven abogado que llevaba muy distintas intenciones, pues solo se propuso ridiculizar a esta mujer perversa y hacer ver, que como he dicho, no es mas que un vil ins trumento. Despues que ella habló con la mayor elocuencia desafiando a todo el mundo, y ofreciendo esplicar los puntos mas dificiles, y responder a los que vulgar-

mente se creen argumentos poderosos, y que ella trataba de necedades; el chusco abogadito pidio permiso para hablar y empezó su discurso por un elojio de los talentos de la portentosa defensora de la impiedad, y cuando consideró que habia llamado la atencion y que ella misma lo oia con gusto, empezo con mucha cortesia, pero con una firmeza incalculable a rebatirla en unos terminos que todos esperaban que hubiese respondido, mas todo lo que hizo fue irse cuanto antes. En una mujer moderada esta hubiera sido acaso prueba de delicadeza, mas en una descaradisima no pudo ser prueba sino de incapacidad, y de que solo podia repetir de memoria la leccion que otros la habian dado por escrito que es la sospecha que justamente tenia su astuto impugnador. En la ciudad de Boston la sucedio otro chasco aun mas pesado, pues un hombre de conocimientos se disfrazó presentándose como un carretero, y cuando la arengadora impia se hallaba en lo mas fuerte de su discurso entró mi buen hombre, y para hacer mejor su papel de rustico la interrumpió diciendola que queria hacerla una pregunta. Esta fue tan ardua que la cuitada pensó desvanecerlo tratando con desprecio al que la hizo, y continuando su discurso; mas el preguntador volvio a interrumpirla con otra pregunta mucho mas fuerte, y la risa de los concurrentes indicó a la arengadora que estaban penetrados del asunto, y no dio mas respuesta sino salir inmediatamente del concurso, y entre pocas horas de la ciudad de Boston, donde seguramente supieron tratarla mejor que en parte alguna.

He aqui probado por esperiencia que los impios cuando por desgracia de la sociedad encuentran una mujer que adopte sus principios, y tenga valor para difundirlos jamas dejan de valerse de ella y consiguen por este medio tan infame lo que nunca hubieran podido conseguir por si mismos. Si el director de esta desgraciada se hubiera presentado al publico, no hubiera acaso obtenido

aplauso alguno, antes lo hubieran detestado; mas presentase una mujer y la rareza del hecho unida al privilejio del secso, hizo que fuese oida con gusto, y muchas veces victoriada. Creeras que solo asistian a sus lecciones los hombres depravados, y las mujeres sin honor? Pues debo decirte que me consta que fueron a oirla muchos hombres honrados, y de gran talento, y muchas mujeres virtuosas. Si la intencion de estas personas hubiera sido prepararse para rebatir los errores que difundia aquella maladada, no serian tan reprensibles; pero me consta que solo iban por divirtirse. ¡Funesta diversion que fomentaba la impiedad haciendo creer a los incautos que era muy grande el numero de sus secuaces! Me acuerdo haber tenido con un amigo, que era uno de los de la jarana, varias conversaciones muy serias sobre este punto. Deciame muchas veces que estando firme en los principios de su creencia, solo iba a oir a la impia predicadora, por divertirse, viendo hasta donde llega el descaro de una mujer, y que al fin le agradaba oirla porque efectivamente pronunciaba muy bien el idioma ingles, y sus discursos eran elocuentes. Mas podrá calcularse replicaba yo el inmenso mal que causa la presencia de los hombres de merito en semejantes concurrencias? No es un desacierto el fomentar la soberbia de esa mujer, haciendo que juzgue que sus talentos no tienen igual, y que sus objeciones merecen la atencion que los ministros no han querido concederles?

Efectivamente yo creo que por una especial providencia divina no solo los sacerdotes de la verdadera Yglesia, sino tambien los ministros de las diversas sectas convinieron sin hablarse en el plan que debia observarse respecto de esta heroina de las tinieblas. Ninguno se dignó atacar ni sus escritos ni sus discursos o arengas; y todos procuraron dar al pueblo incauto, con el desprecio la respuesta a sus capciosas objeciones. Este desprecio pro-

produjo un efecto admirable porque el pueblo conoció que el silencio era una medida prudente por no dar marjen a mayores escandalos. Tambien tuvimos en consideracion, que una cuestion hubiera producido mucho dinero a los especuladores, que movian la maquina, y este interes pecuniario hubiera hecho interminable toda disputa. Siempre lamentarémos la corrupcion de costumbres, que causó esta mujer infeliz, mas tendremos al mismo tiempo el consuelo de no haber aumentado el mal con medidas imprudentes, y de haber defendido la relijion de un modo el mas noble y eficaz, sin que nadie, aun los mas impios, sospechase la mas lijera debilidad. Quantas imitadoras de Fanny Wright encontramos por todos partes, aunque menos descaradas pero no menos perversas!!

No ha faltado quien sospeche que a pesar del desinteres que aparentaba la famosa predicadora no dejaba de hechar sus miradas a las pesetas, que ganó en abundancia por la imprudencia de muchos que gustan de comprar todo lo malo, y asi es que siempre se vendieron sus escritos impios, aunque destituidos de todo merito literario. Este es uno de los escollos mas formidables para las jovenes de algun talento si por otra parte son algo interesadas, y no hay duda que la vanidad hace que muchas adolezcan de este mal, que siempre es peligroso y destructor. Desea una mujer los medios de satisfacer sus caprichos, y al mismo tiempo quisiera pasar por instruida, lo cual no es muy facil a menos que no posea un caracter estraordinario, pero si puede conseguirse con muy poco trabajo en logrando ahogar por decirlo asi la conciencia, entregandose a la impiedad. Esta suele ser mas ventajosa que la prostitucion, y no lleva consigo tanta deshonra entre los hombres, y asi es que suelen muchas mujeres constituirse meros instrumentos de algunos perversos, siendo unas verdaderas esclavas. Hay mucha razon para creer que la escandalosa Fanny Wright per-

tenece a esta clase, y que ha sido una de las mas notables solo por ser una de las mas atrevidas.

He querido hacer estas observaciones, para probar que la impiedad de las mujeres por lo comun proviene de la de los hombres, y que el unico medio de manejar estas impias es, como ya he dicho, hacer que conozcan que no se nos oculta su miseria, y que no damos otro valor a sus palabras que el que tiene su pasion, que es ninguno. De este modo se consigue disgustarlas de si mismas, y faltando o minorandose la vanidad no es dificil que sigan los dictamenes de la recta razon, y sana moral. Es preciso tratarlas en su linea como a las rameras en la suya, pues en ambas clases de mujeres perdidas tiene el crimen un mismo orijen, aunque no siempre se hallan juntos ambos defectos. No sé si habrás notado que la incredulidad no es muy comun en las prostitutas, y mas bien son personas obstinadas en sus crimenes, con la vana esperanza de enmendarse, y no bien se hallan en peligro de muerte cuando ellas mismas piden ser reconciliadas con Dios, y con su Yglesia. No me acuerdo de haber encontrado una sola incredula. De que proviene esta fé aunque muerta? De la gracia que sin ser santificante prepara a la santificacion y escita al alma continuamente para sacarla de un estado tan miserable, pero tambien hay otra causa, y es que la incredulidad no traeria ventaja alguna en cuanto a las miras temporales de estas miserables, y asi es que no se cuidan mucho de pensar sobre puntos de relijion, puesto que aun cuando esta no ecsistiese serian tratadas del mismo modo en la sociedad. Por lo que hace a los remodimientos de la conciencia no puede acallarlos la impiedad, mucho menos cuando ellas mismas conocen su depravado orijen, pues viene a ser un recurso subsecuente a la comision de crimines que tratan de continuar. Es, por tanto, mucho mas lamentable la situacion de las *impias decentes*, que la de estas mujeres

inmorales aunque el mundo dé a veces titulos muy honrosos a aquellas perversas, que causan mucho mayores daños, pues una prostituta no tiene influjo para inducir a muchas a que lo sean; y una impia condecorada y aplaudida ejerce con gran poder sobre las jovenes de su secso, y arrastra muchas de ellas a la perdicion.

Hasta ahora he comparado estas dos clases de mujeres como si efectivamente fueran diferentes, mas yo creo, Elpidio, que a tu penetracion, y sano juicio no podrá escaparse que forman dos especies de una clase jeneral, que se divide en publicas, y ocultas, o sea degradadas, y aplaudidas. Puede establecerse como regla que tiene bien pocas ecepciones, que todas las mujeres impias son disolutas, o se preparan para serlo, y solo se detienen por que aun no han podido perder el habito de respetar la virtud, que ellas consideran como una invencion humana, y como una lamentable debilidad. Las observaciones que anteriormente he hecho sobre las causas de la impiedad deben tenerse presentes con mucha mas razon cuando nos vemos precisados a tratar mujeres impias, que escudadas con las prerrogativas de su secso, suelen ocultar una inmoralidad la mas desenfrenada bajo el velo de ilustracion. Siempre he compadecido a los simples que se dejan alucinar con los discursos y chistes de estas perversas, llegando la tonteria de muchos hasta el estremo de contraer matrimonio con ellas, que es la ultima desgracia que puede sucederle a un hombre de honor. Yo quisiera, Elpidio, que los jovenes tubiesen presentes los daños que pueden causarles estas mujeres peligrosas, de quienes solo pueden esperar engaños de todas clases, porque tienen talento para practicarlos; decoro y prestijio con que disimular sus maldades, y ninguna clase de vinculo que las una a la virtud, y asi es que llegan a con naturalizarse con los crimenes.

La historia de la mayor parte de las mujeres que

se han hecho celebres por su impiedad bien que dotadas de talentos brillantisimos, prueba claramente, mi querido Elpidio, que no son vanas conjeturas sino lecciones de esperiencia las que acabo de esponer. Acuerdate de la favoritas de los mas celebres filosofos impios o seudo-filosofos del siglo diez y seis, cuyos nombres por mas ecsecrables que sean, no quiero indicar, y te convencerás por inumerables pasajes de su vida que desconocian el honor, y solo abundaban en medios de aparentarlo. En los siglos posteriores y aun en la epoca presente encontramos mil ejemplos que confirman lo mismo, y a la verdad que casi es imposible indicar uno que pruebe lo contrario. Quanto hubiera ganado la moral si los hombres de juicio hubiesen conseguido que se les oyese cuando declamaron contra estas impostoras! Mas desgraciadamente en casi todos los hombres, y mucho mas en los literatos se advierte una fatal propension a disimular los defectos de las mujeres de algun talento, y por otra parte llegan estas a hacerse temibles por los infinitos recursos que tienen para hacer mal y quedar impunes.

Este es uno de los principales motivos porque se han autorizado las iniquidades de las mujeres impias, en las cortes de los reyes donde una porcion de pretendientes siempre está pronta para la adulacion, aunque tenga el objeto mas infame. No hay quien se atreva a hacer frente a estas malevolas cortesanas, que sin presentarse a los monarcas suelen manejarlos por segunda mano, y disponer de la tranquilidad, y a veces aun de la vida de los mas honrados miembros de la sociedad. El temor es la verdadera causa de este gran valimiento, y es muy dificil por no decir imposible encontrar hombres denodados, que se hagan superiores a todas las persecuciones y nada teman. La jeneralidad sigue un partido bien contrario, y de aqui resulta que la sociedad en las grandes cortes presenta

mas refinamiento, pero al mismo tiempo mucho mas acendrada malicia.

He aqui otro inconveniente de mucha consideracion para la reforma de las costumbres, y restablecimiento del orden social que jamas puede ser guardado cuando está en manos de los impios. Es sabido que las ciudades menores, y mucho mas las de provincia toman siempre por modelo la corte y que el espiritu de imitacion llega a ser estremo. De aqui resulta que muy pronto se encuentran *filosofas de provincia* e impias descaradas, que se consideran discipulas de las que desmoralizan la capital, y los especuladores, que creen ganar cerca del trono agradando a estas indecentes que mueven a los que rodean a los monarcas ; no cesan de celebrar las *ilustradas provinciales* para que los recomienden y sacar partido. Este es el mundo, Elpidio, y ojala pudieran todos conocerlo. Lo mas sensible es, que los mundanos son los que menos conocen el mundo, y teniendo grandes pretensiones al saber, presenta una gran dificultad su correccion. Llevan un golpe tras otro, y los desengaños se suceden, pero tal es la vana idea que han formado de su merito y esperiencia, que siempre atribuyen a casualidad los resultados de su ignorancia.

La suerte de estos miserables es digna de compasion, y mucho mas cuando abandonados por los que acaso podrian remediar su desdicha, no solamente llegan a considerarse ilustrados sino con un titulo adquirido como suelen decir a fuerza de esperiencia, para constituirse guias de la sociedad. Es muy peligroso hacer frente a estos maestros, y tanto mas cuanto que habiendose dado ellos mismos el titulo no es facil que lo revoquen. Lo mas conveniente es no presentarles argumentos sino hechos, y algunas insinuaciones sobre sus causas, dejando a su entendimiento que haga las inferencias, que deben convencerlos. De ningun modo apruebo el plan de algunos

que piensan sacar ventaja por medio de una baja adulacion, y asi es que tributan mil elojios a los medianos talentos de algunos impios, creyendo que de este modo oiran con mas interes las verdades que niegan sin debido ecsamen. Estas supercherias a demas de ser ilicitas producen siempre un efecto contrario, pues a penas hay un hombre tan fatuo que no conozca cuando le elojian mas de lo que merece, aunque hay muchos que gusten de estos elojios ecsajerados solo por que suponen un engaño en el panejirista, que sirve a los intereses del elojiado aunque no convenza su entendimiento. La consecuencia que suele sacarse en estos casos es que la admiracion proviene de ignorancia, y bien puedes percibir, mi amigo, que el que asi piense no estará muy dispuesto a seguir los consejos de un fatuo, aquien ha sabido engañar. La franqueza siempre es necesaria y mucho mas cuando trata se con personas de algun talento, y de aqui resulta, que si llegan a observar que efectivamente no nos hemos equivocado acerca de su merito, y que no les hacemos injusticia ni tampoco les tributamos honores que no merecen, llegan al fin a formar un buen concepto de nosotros, y esta es la mejor disposicion para que nos oigan sin animosidad.

Vivamos con los impios de un modo que pueda inducirlos a dejar de serlo. Este remedio que tu siempre has aplicado con tanto acierto, es el que yo quisiera ver difundido por todo el orbe, y especialmente por el pais que ambos queremos, y donde tu cual Titiro bajo la sombra de los arboles de una eterna primavera seguramente no olvidas a tu Melibéo que lejos de la patria espera los rigores un severo ivierno.

## CARTA QUINTA.

*Quejas justas, e injustas de los impios.*

Mezclase, amado Elpidio, con el santo interes de la relijion el puramente humano de las personas relijiosas, y con la obsecacion de la impiedad el furor de los impios; resultando de este conjunto el monstruo mas horrendo cuyas crueldades aflijen la naturaleza, perturban la sociedad, y deshonran la Filosofia. Cometense atentados por ambas partes, y es preciso que los ecsaminemos con la calma de una caridad cristiana, y una buena lojica si queremos proceder con justicia, y no contarnos en el numero de los ilusos.

Quenjanse con razon los impios de la crueldad con que muchas veces han sido tratados; de la precipitacion y por decirlo asi del ansia con que han corrido por todas partes muchas personas piadosas, con el decidido empeño de encontrar incredulos que combatir; de las calumnias atroces a que ha dado lugar la prevencion e ignorancia de muchos que oyen con placer, y se dejan arrastrar por los que ostentan un falso zelo, que no es sino una infame vileza. Quejanse justamente de la hipocrecia de muchos especuladores, que pretenden ser muy rilijiosos, solo para ocultar mejor la impiedad, y conseguir cuanto quieren declamando contra los impios. Quenjanse de los robos que repetidas veces se han hecho bajo el pretesto de relijion. Quejanse de las tenieblas que han esparcido personas ignorantes, y algunas muy perversas, bajo el pre-

testo de difundir la luz de la fé, cuyos fundamentos desconocen. Quejanse de la iniquidad con que se ha hecho uso de la relijion como instrumento de la politica. Quejanse en fin de que no se emplean con ellos los medios justos y caritativos de que he tratado en mi carta anterior.

Estas quejas son tan fundadas que todos los esfuerzos que hasta ahora se han hecho para acallarlas solo han servido de pabulo a la venganza, que tantos males ha causado. Siempre espera una satisfaccion el ofendido, y no puede menos de ecsasperarse cuando lo que encuentra es una descarada apolojia de los mas escandalosos atentados, o una artificiosa disculpa que no solo no minora la enormidad del crimen, sino que prepara los animos para que no estruñen su repeticion. Es menester confesar que esta ha sido la injusta y equivocada conducta que han observado respecto de los impios, muchos hombres por otra parte sensatos y de buenos sentimientos. Creen que si los enemigos de la relijion consiguen probar injusticia en sus cultivadores se llenarán de orgullo, y seran mas obstinados; pero no advierten que este orgullo y obstinacion seran mucho mayores cuando adviertan la nueva injusticia con que se quiere defender o disculpar la primera.

Llegan pues los impios a persuadirse que todo cuanto se dice contra su impiedad tiene por orijen el odio a sus personas, y aunque en esto se equivocan, es preciso confensar que a veces tienen mucha disculpa en su equivocacion. No pueden consiliar con el evanjelio la falta de caridad que notan en la conducta de muchos respecto de ellos, y o los tienen por hipocritas que finjen ser creyentes, o por mal intencionados que sinembargo de creer en el evanjelio, no siguen sus preceptos solo por la satisfaccion que les causa el vengarse. En ambos casos la queja es justisima.

Mas otras muchas son infundadas y solo prueban que

el desarreglo de las pasiones no permite a la razon un ecsamen imparcial, o que pretenden los impios ocultar sus depravadas intenciones bajo el velo de la justicia y humanidad que invocan. Haré algunas reflecciones sobre varias de ellas porque seria muy dilatado el considerarlas todas, pues los impios han procurado multiplicarlas, con el fin de que algunas sean creidas, y que el gran conjunto alucine a los incautos.

Suelen quejarse los impios de la reserva que usan respecto de ellos los creyentes, que a veces pasan al desprecio mas completo, solo por una falta intelectual. Esta es una estratajema la mas ridicula, pues los mismos que la usan descubren con su conducta en otras ocasiones, que conocen su debilidad, y falta de fundamento. Basta para convencernos el observar a los mismos impios en los diversos estados de la politica. Supongamos que alegando la libertad de pensar hubiese un majadero que empezase a predicar por las calles de Nueva-York la necesidad de restablecer en esta republica el antiguo gobierno de Ynglaterra, ¿no crees que, prescindiendo de lo que hiciese la autoridad, el predicador encontraria un justo castigo de parte del pueblo, y que acaso los impios serian los primeros en aplicarselo? No correria igual suerte el que en Viena predicase la necesidad de constituir una republica? Pensemos del mismo modo en materias relijiosas, y el asunto no presentará dificultad alguna. Todos pueden ser impios, y mientras la impiedad esté en la mente no puede ser objeto de nuestras observaciones, y asi es que hablando con ecsactitud, ninguno sufre sino por lo que hace, y puede evitar. Como puede haber un derecho para ecsijir de una sociedad relijiosa la aprobacion de los ataques que se hacen contra ella? Supongamos que hubiese un pueblo enteramente compuesto de impios ¿aprobarian estos a los piadosos que fueran a predicar y a hacer proselitos? Es pues total-

mente infundada toda queja en cuanto al desprecio con que son mirados los impios.

Yo no hablo de persecuciones por la ley, sobre las cuales es bien sabida mi opinion; hablo solo de la que puede llamarse *repulsa social* que ecsiste y ecsistira siempre entre los impios y los creyentes, y es mas enerjica que todas las leyes. El pueblo en que habito confirma mi asercion, y no puede darse mejor prueba de ella. Si se conserva el *mutuo respeto*, la sociedad permanece tranquila y ordenada, como sucede en este pais, mas no por esto son menos fuertes los ataques, ni menos sensibles sus efectos. Cuando se procede sin cortesia ni prudencia se destruye la paz y armonia social. Si los impios son mas numerosos sufren los creyentes, y si estos preponderan aquellos son mortificados. Depende de la misma naturaleza de las cosas, y se observa en todas las materias de opinion, pues naturalmente se reunen los que piensan de un mismo modo, y solo se respetan por consideraciones sociales los de contrario sentir, mas seria muy necio el que reclamase un derecho a la confianza, que el mismo no queria conceder. Siempre me he persuadido que las quejas de los impios en esta materia no son mas que unos medios de especulacion, pues intentan fascinar a los creyentes recordando con hipocrecia doctrinas evanjelicas, y derechos de la humanidad; se suponen perseguidos é inventan mil cuentos, solo para conseguir cuanto quieren por medio del temor y de la vanidad. Si, amigo mio, un animo piadoso siente tanto la ruina espiritual de otro, que todo lo sufre antes que causarla, y los impios que perciben esta buena disposicion se dan siempre por compelidos al crimen y escandalizados a la menor contradiccion que esperimentan. Prevalense tambien de la vanidad por que muchos equivocando la debilidad con la prudencia, y movidos solo por el deseo de ganar la estimacion, apoyan las injustas quejas de los impios solo por ser teni-

dos por jenerosos, y despreocupados. Este es un mal gravisimo y un ataque el mas injusto al derecho de pensar que tanto se quiere defender. Por medio de una compulsion moral. que a veces equivale a la fisica, se quiere obligar a los creyentes a que renuncien a sus ideas y admitan las de los impios, solo por no aparecer enemigos de ellos. A cuantos ha hecho perseguidores el deseo de no serlo! Ponese en accion la vanidad que es la mas insidiosa de todas las pasiones, y los hombres mas sensatos suelen sacrificar sus sentimientos, solo por no incurrir en la odiosa nota intolerantes. Conviertense de hecho (aunque no en su corazon) en los mas crueles enemigos de los que tienen las mismas ideas, y al mismo tiempo mas firmeza para proceder conforma a ellas, y resultan los creyentes perseguidos solo por el vano pretesto de impedir que persigan a los impios, los cuales se burlan de los simples que caen en este lazo, y se animan para tender otros mas funestos.

De que persecucion se habla? por que se dá este nombre odioso al uso de un derecho el mas sagrado, para cohonestar el ataque mas injusto? El creyente tiene un derecho incontestable para proceder conforme a sus ideas siempre que no infrinja las leyes sociales y mucho menos las evanjelicas. El admitir o no a la confianza privada o intimidad, el poner en manos de otros los intereses personales, y de familia, debe ser un acto enteramente libre, y no sujeto a investigaciones ni reclamos. Siendo pues la opinion de un creyente que la impiedad es el principal de los crimenes, y el orijen de otros muchos, tiene un derecho a proceder conforme a estos principios en cuanto a la eleccion de las personas de su confianza y de los miembros de su familia. Nadie tiene derecho a serlo, y asi nadie debe quejarse por no serlo. Este asunto, Elpidio, es de la mayor importancia, y yo podria presentarte muchos ejemplos de familias desgraciadas solo por evitar

las injustas quejas de algunos impios, a los cuales se han entregado, y por quienes han sido destruidas. Bien conoces que una esplicacion mas estensa me espondria a incurrir en personalidades que detesto; mas espero de tu prudencia que infieras lo mucho que podria decir, no con pruebas aereas, sino con datos tan evidentes como lamentables. Yo solo quisiera que los infelices que llevan la condescendencia social hasta el punto de sacrificar sus sentimientos relijiosos, meditasen por un momento sobre el degradante y ridiculo papel que representan a la vista de esos mismos impios, a quienes quieren agradar. Si, esos mismos que astutamente se quejan, luego que consiguen su intento consideran a los que se han dejado llevar de sus consejos, o como unos hipocritas que se han finjido creyentes, o como unos debiles, por no decir bajos, que sacrifican su creencia por consideraciones humanas. En ambos casos el papel es muy deshonroso.

Este mal es de tanta trascendencia que afecta aun a las personas mas precavidas, y se difunde en los paises mas ilustrados. No necesito probarte que la indiferencia en relijion equivale a la impiedad, por que verdaderamente no cree nada el que sostiene que no importa la eleccion de lo que se cree. Estos *indiferentes* pueden muy bien llamarse *impios relijiosos* por mas contradictorios que sean estos terminos, puesto que pretenden conservar alguna relijion, cuando solo conservan una verdadera impiedad. Ecsiste en este pais una gran multitud de esta clase de impios, y como se cubren con un velo de relijion hacen que sus quejas sean oidas por el pueblo con mas interes, y aun muchos ilustrados que perciben claramente la trama caen en ella, defendiendo con su ejemplo si no con palabras el indiferentismo relijioso. Observa, Elpidio, cuan astuta es la impiedad! El pueblo mas practico en materias de libertad relijiosa, viene a ser el enemigo de todas las relijiones, al paso que todas son protejidas por

la ley; proviniendo este ataque de haber tomado parte la vanidad en la defensa. No hay una conversacion en que no se oiga repetir con frecuencia "yo no soy preocupado, yo soy muy liberal, y condescendente en materias de relijion." Si esto quisiese decir yo no insulto a nadie en la sociedad por materias de relijion, equivaldria a decir, yo opero como todos en el pais escepto un corto numero de imprudentes; mas el significado es distinto, y el verdadero principio que quiere inculcarse es la indiferencia dogmatica, o mejor dicho la nulidad de dogma, teniendo por buenos todos los dogmas siempre que una persona los crea como tales. Puedes inferir que los que asi piensan al mismo tiempo que pretenden pertenecer a una relijion determinada, no son mas que unos impios hipocritas que se cubren con un vestido de piedad y franqueza. He aqui la gran tactica, y la astucia con que por medio de quejas consigue la impiedad un triunfo lamentable.

Efectivamente hay muchas personas en este pais, que juzgando de un modo bien distinto usan del absurdo lenguaje que acabo de mencionar, solo por que es moda, y el que lo omite pasa por un preocupado, y se espone a las quejas de innumerables personas, *muy piadosas* dicen, aunque de distinta creencia. Triste fanatismo en medio de tanta ilustracion! Si se pregunta a una de estas personas, si desea destruir la relijion, y promover la impiedad, se dá por altamente ofendida, cuando no hace otra cosa propagando un principio destructor de todo dogma, y de toda relijion. Si la impiedad se quitase esta mascara relijiosa seria detestada por los mismos que ahora la celebran como una alta prudencia y caridad acendrada. Vease cuanto pueden las quejas infundadas de los impios cuando los creyentes son, o tan incautos e ignorantes que las creen justas, o tan debiles y condescendentes que conociendo su injusticia no se atreven a desatenderlas.

Siempre se presenta este pueblo como un modelo de

perfeccion, y aunque yo soy uno de sus admiradores, quisiera igualmente que no se alucinasen muchos y perdiesen la importante leccion que la esperiencia puede darles en este mismo pais que tanto elojian. Los defectos de los grandes hombres siempre han sido el mejor correctivo para enmendar a los medianos, y del mismo modo las imperfecciones de los pueblos adelantados deben servir de antidoto para el veneno que pueda introducirse en otros menos practicos. Todo el que no sea un necio, o un iluso percibirá, que el principio de tolerancia relijiosa civil ha ido dejenerando en el de tolerancia dogmatica ó puramente relijiosa, de la cual resulta una nueva relijion, que no tiene nombre, y a la verdad que no es facil encontrarselo. Yo entre los mios suelo llamarla: la *relijion de los nadas*, y ya que la pluma se ha resbalado a comunicarte mis chanzas, ten paciencia, y permiteme que esponga mis pensamientos. Las personas a que aludo no sufren ser contadas entre los impios, y muchas de ellas no lo son. Tampoco se consideran ligadas a relijion alguna de las diversas sectas conocidas. No han formado el monstruo relijioso propuesto por Jerieu, esto es una Yglesia compuesta de todas las sectas, antes defienden la independencia de cada una de ellas, y combaten la unidad de la Yglesia. Si me preguntas que son estos individuos? Respondo que son unos ilusos o unos impios; mas si me preguntas que aparentan ser? creo que puedo decir que son unas personas que al paso que se tienen por relijiosas, son nada; y he aqui por que la llamo la relijion de los nadas. Desgraciadamente se va estendiendo cada vez mas, y sierve de capa a los impios que no les desagrada cubrirse con ella, por que conocen que es el mejor difraz, y el medio mas aproposito para conseguir el aprecio de personas verdaderamente relijiosas, sin sujetarse a los dogmas ni disciplina de ninguna relijion. De aqui es que no cesan de elojiar este sistema, o mejor dicho esta

conducta politico-relijiosa, y se quejan amargamente cuando se encuentran con un hombre de firmeza bastante para no hacer un papel tan ridiculo como es el de engañado, o el de *farsante relijioso*, que representa segun las circunstancias, con el solo objeto de agradar; sin advertir, o sin cuidarse mucho de la degradacion en que incurren para los sensatos aun cuando sean impios.

A demas de las quejas relijiosas tienen los impios la fatal costumbre de darse por ofendidos a la menor circunstancia, que no satisface sus deseos, y causan mucha inquietud a varias personas piadosas. Estas quejas son de una nueva especie, aunque se prevalgan de los sentimientos relijiosos si los encuentran en la persona a quien se dirijen. Podremos llamarlas quejas sociales, y si se quiere: *quejas filosoficas* ya que tienen el arrojo de llamarse, filosofos los enemigos de la verdadera Filosofia, que se han constituido apostoles de la impiedad. Si la desgracia, Elpidio, te obliga a tratar con esta familia observarás que siempre estan dando quejas y reclamando agravios. Pierde toda esperanza de complacerlos, y proponte solo cumplir tu deber. Son los mas ingratos, y siempre se estan quejando de ingratitud. Deben pues considerarse como unos maniaticos, y no inquietarnos por sus quejas, ni envanecernos por sus elojios, pues aquellas sucederan a estos en el momento en que no crean haber sacado todo el partido que deseaban, o que ya hayan esplotado bien la mina. En sus principios está el ser ingratos, y en los nuestros debe estar el no hacer caso de su ingratitud, y no ser tan simples que esperemos otra cosa de unos hombres que nada esperan sino lo que puedan sacar.

De aqui resulta que siempre están en una continua queja entre si mismos lo qual prueba que no es precisamente por consideraciones relijiosas, sino por especulacion frustrada. Proceden, mi amado Elpidio, como lo que ellos dicen que son, esto es, como unos *puros animales*

de una especie mucho mas perfecta que los demas que conocemos. En consecuencia tienen por norma la sensibilidad, y todo lo que no la gratifica es malo, y asi es que la gratitud a no venir acompañada de la vanidad que produce un efecto sensible en el homenaje y aplauso de nuestros semejantes, no tiene poder alguno en su corazon, y menos puede ser aprobada por su entendimiento, Quejanse lo mismo que ruje un Leon por la comida, o dan otros signos otros animales de distinta especie.

Como se que has leido las Memorias de Marmontel, quiero recordarte algunos pasajes que sirven de apoyo a mis observaciones. El miserable Rousseau que siempre tubo la fortuna de ser ridiculizado, por que jamas puda ocultar su soberbia y arterias, consultó al tunante de Diderot sobre que parte tomaria en el celebre programa propuesto por la Academia de Dijon, esto es, si deberia defender que las ciencias son utiles a la sociedad, o si se constituiria abogado de la ignorancia. Quizo reirse Diderot de el pretendido Filosofo, y le aconsejó que atacase las ciencias diciendole que de este modo tenia seguro el merito de singularidad, pues no habia duda en que todos sus antagonistas, tomarian el camino ordinario y racional de defender las ciencias. Este consejo dado acaso sin otro objeto, que el burlarse del vanidoso y versatil filosofo, era tan analogo a su caracter que no vaciló en admitirlo, y he aqui al apalojista de la ignorancia por obtener el premio de la sabiduria. Sabes que se lo concedió la academia, y yo soy sobre este punto del sentir de La Harpe, esto es, que aquella ilustra corporacion se presentó mucho mas imprudente y ridicula que el mismo delirante, a quien premió tan vanamente. Sinembargo no siendo las glorias ni deshonores del ginebrino el objeto que me propongo solo llamaré tu atencion sobre el caracter falso de los impios y por consiguiente sobre lo infundado de sus quejas cuando nos precavemos de ellos. Bien

sé que de un caso particular nunca puede deducirse una proposicion universal, y que las estravagancias de un individuo nunca probarian las de todos los de su clase. Por tanto solo me propongo ejemplificar una observacion que ya creo haber fundado en infinitos casos, a los cuales tu, mi Elpidio, sin duda podrias agregar otros muchos. Son muy dignas de copiarse las palabras de Diderot que refiere Marmontel, cual se las habia referido a Voltaire.

"Hallabame preso en Vincennes," dice Diderot, cuando vino a verme Rouseau, "Me habia hecho su Aristarco segun el mismo habia dicho—Paseandonos un dia me notició que la Academia de Dijon habia propuesto un programa interesante a saber: *si el restablecimiento de las ciencias y las artes ha contribuido a rectificar las costumbres.* Que partido piensa V. tomar? le dije—La afirmativa, me respondio—Este es el puente de los asnos, le respondi; todos los talentos comunes tomarán el mismo camino, y no encontrará V. sino ideas comunes, al paso que el partido contrario presenta a la filosofia un campo nuevo, rico y fecundo.—Tiene V. razon, me dijo despues de haber reflecсionado por algunos momentos; seguiré vuestro consejo." —Desde este instante agrega Marmontell, quedo decidido el personaje que debia representar,' y su mascara.—(lib. 7. p. 223.)

He aqui, Elpidio, un ejemplo de la sinceridad de los impios, y del deseo que tienen por encontrar la verdad, y promover la filosofia. Son unas mascaras y nada mas. No en valde, dijo Voltaire, luego que oyó esta anecdota. Ese hombre es una ficcion de los pies a la cabeza, en cuerpo, y en alma: agradale representar a veces el estoico, y a veces el cynico; el se desmentira sin cesar, hasta que su misma mascara lo ahogue."—Mas pregunto, no usaba Voltaire mil mascaras y no puede servir para dar mas peso a la observacion?

Sigamos observando al filosofo ginebrino en la representacion de su ridiculo papel, y puedan sus miserias correjir a sus incautos admiradores. Determinado ya a engañar a todo el mundo, conoció que debia dar algun aire de misterio a su farsa, introduciendo algo de sobre natural y divino en la mas baja de las imposturas. Oigamos como refiere su inspiracion maravillosa en una carta a Malesherbes—"Yo iba a ver a Diderot que se hallaba preso en Vincennes, y tenia en la faldriquera el Mercurio, y sacandolo me puse a hojearlo por el camino. Encontre la cuestion de la academia que dio motivo a mi primer escrito. Si ha habido alguna cosa semejante a una inspiracion subita, sin duda lo fue el movimiento que yo senti a esta lectura. Senti de golpe, mi espiritu bañado de mil luces, y un conjunto de ideas muy vivas se presentó a la vez con una fuerza y confusion que me pusieron en un desorden inesplicable. Esperimenté un atolondramiento semejante al de la embriaguez. Me oprimió una palpitacion que me hincho el pecho, y no pudiendo caminar ni respirar me tendi bajo un arbol, donde pasé media hora con tanta ajitacion que al levantarme adverti que mis vestidos estaban mojados con mis lagrimas, que no senti cuando las derramaba." De esta profunda y misteriosa meditacion nos quiere hacer creer Rouseau, que provino el cumulo de *elocuentes disparates* con que halagó tantos oidos dañando tantos corazones.

Puede darse mayor supercheria? Es este el hombre que tanto ha declamado contra los impostores, y que constituido en un Heraclito moderno jamas cesó de quejarse y de condolerse del alucinamiento de los hombres? Ynfiere, mi amigo, que caso debe hacerse de semejantes quejas. Bien se lo dieron a conocer sus mismos amigos, y basteme recordar que habiendole jugado una de las suyas a Duclos este le dijo, "quiero saber si sois picaro o tonto."—"Ni uno ni otro," respondio Rouseau, "sino

un hombre desgraciado."—Guardad vuestra elocuencia, le dijo Duclos, para usarla con otros, pues en cuanto a mi, se su valor y no puede alucinarme,'' pusole entonces su intriga en claro, y quedó enteramente confundido el quejumbroso filosofo—Cuanto ganaria la sociedad si fueran tratados de este modo los imitadores de aquel lloron resabido!

Dispensa, amado Elpidio, que te moleste con la narracion de un hecho que en cierto modo puedo llamar personal, y que prueba que no era unico en su mania o sea perversidad del autor del Emilio. Hállabame de professor en el Colejio de S. Carlos de la Habana, mi querida patria, y entre otros majaderos (que es familia qui siempre me ha perseguido,) entró en mi cuarto un hombre como de treinta años, flaco, palido, debil y mal vestido, cuya vista no me dejó duda de que era un pobre enfermo. A los pocos momentos de conversacion conoci que su alma estaba mucho mas enferma, pues era un gran impio, y continuando en darme idea de su persona supe que era uno de los *afrancesados*. Ygnorando acaso mis principios politicos aunque no podia ignorar los relijiosos, me contó que habia hecho a todos los partidos segun lo habia ecsijido su utilidad, y que en las escursiones del ejercito frances siempre tubo buena cama aunque careciese de ella el mismo obispo. Ya conocerás que el buen panzista tenia para mi todo lo que necesitaba. Sinembargo por mas esfuerzos que el hizo para presentarse como un bruto, yo no pude olvidar que aun era hombre, y le trate como tal procurando consolarle, y socorrerle sin ofender su delicadeza que en los impios es estrema, por que lo es la soberbia. Propusome que le comprase una obra dejando el precio a mi arbitrio. Paguéle mas del duplo del valor, y no pudiendo ocultarsele esta dadiva me insinuo que habia querido favorecerle. Sin duda estube a riesgo de que me sucediese lo que al Conde de Aranda, embajador

Español en Francia, a quien Rouseau llenó de oprobios por un caso semejante, pero afortunadamente escapé de este peligro. Volvio a los pocos dias vendiendo otra obra de mucho valor, que despues supe no era suya, sino que un hombre caritativo no teniendo mas que darle, (despues de haberle dado bastante,) se la entregó para que la vendiese y usase el dinero. No pudo venderla en el colejio, y sin otro motivo entró en mi cuarto declamando o mejor dicho blasfemando con furor, y no sin elocuencia contra la ingratitud de los hombres, y acuerdome que entre otras cosas me dijo que se hallaba como el celebre Juan Santiago abandonado de los hombres, y perseguido de la fortuna. Yo dije para entre mi, "y tan inicuo, y poseido del diablo como el orijinal de que eres copia." pero no quise responderle ni una palabra. Salió de mi cuarto sin despedirse, y con un aire de desesperacion. En tal estado no crei que debia abandonarlo, y le segui por ver si podia calmar aquella fiera. Detubose en el claustro donde le diriji algunas palabras, que si el hubiera meditado, sin duda hubiera conocido su locura; mas su pasion era tan fuerte que no pudo contenerse en desahogarla con nuevas y ridiculas declamaciones, acompañadas de visajes que en otras circunstancias me hubieran causado risa, y entonces solo me causaron tristeza al ver a que punto de degradacion lleva a los hombres la impiedad. Puedes inferir que salio del colejio maldiciendo por la injusticia con que se le habia tratado, la cual consistio en no darle noventa pesos por una obra que queria vender, sin embargo de haberle ya comprado otra, por un precio ecsorbitante.

Volvi para mi cuarto muy triste por la escena que acababa de presenciar y haciendo reflecciones sobre la ingratitud a que conduce la impiedad, y sobre la injusticia de las quejas de los impios. A cuantos decia yo no alucinará este infeliz con la tal cual elocuencia que por des-

gracia posee! Como describirá este colejio, donde solo ha recibido atenciones, y cuantos lo creeran por la propension de moda que es creer cuanto se dice contra los eclesiasticos? Asi, me decia yo a mi mismo, asi se habran calumniado otros muchos institutos, y las quejas de los impios solo deben ser miradas como unos signos indudables de sus calumnias. Si, Elpidio, mientras mas se quejan, mas cierto es que han calumniado. Deseaba yo en aquellos momentos poder tener presente toda la juventud de la Habana, para que recibiese una leccion practica de lo que valen los impios, y que credito deber dar a sus palabras, cuando con suma hipocresia se dan por perseguidos. Si la narracion de este hecho te da fastidiado, espero que me dispenses considerando que me afectó en tales terminos, que a pesar de haberse pasado muchos años no puede borrarse de mi memoria, y asi no es mucho que sin saber como me haya deslizado a referirlo en una carta, en que la amistad parece darme un derecho a la confianza.

Basta de anecdotas, me diras. Si, basta, respondo y ojala nunca haya una de esta especie que referir, pero mientras se repitan por todas partes como diariamente observamos, es conveniente no olvidarlas; pues son lecciones practicas, que a veces sirven mas que todos los volumenes. Es incalculable el mal que causa la impiedad cuando se presenta como objeto de la compasion, y asi es necesario quitarla esta mascara alevosa, y hacer que aparezca en circunstancias particulares con su verdadero aspecto, para privarla del medio de engañar cuando se disfraza con tanta hipocresia. La juventud impetuosa por naturaleza se deja arrastrar por las sensaciones vehementes que causa el aspecto de la ciencia y la virtud perseguidas, y como apenas hay un impio que no se presente como sabio y virtuoso, perseguido injustamente por la supersticion y el fanatismo, consiguen gran ventaja

con sus quejas y declamaciones, induciendo a los jovenes a cometer horribles atentados. La verdadera ilustracion es el escudo contra los dardos de la falsa ciencia que tantas tinieblas ha difundido sobre la tierra, y asi debemos promover los conocimientos esactos para destruir en el corazon humano las emociones engañosas que le convierten en un ciego y ridiculo instrumento de la malicia. O, Elpidio, que rara virtud es la fortaleza aunque muchos se glorian de tenerla! Yo creo que en nada se manifiesta tanto como en resistir los sentimientos del amor propio, cuando para engañarnos a nosotros mismos le damos los nombres encantadores de humanidad, justicia, y ciencia. Muchos resisten los ataques del temor, pero muy pocos dejan de ceder a los halagos. De esta debilidad humana se prevalen los impios, y he aqui el secreto del poder de sus quejas infundadas. Concedanos el cielo, mi amado amigo, ver propagados los verdaderes *espiritus fuertes*, entre los cuales ocupas un lugar distinguido siendo la delicias de tu invariable, etc,

## CARTA SEXTA.

### *Furor de la impiedad.*

No quisiera, mi amado Elpidio, presentar a tu imajinacion imajenes terribles que no pueden menos de conmover un alma sensible como la tuya: pero tal es la impresion que causa en la mia el cuadro horroroso de los furores de la impiedad, que para buscar un consuelo me he determinado a manifestarte en esta carta las tristisimas reflecciones, que he hecho sobre esta *miseria poderosa*, que llenando de espanto a los mortales, es al mismo tiempo humillada bajo la mano de un Dios vengador que la permite como castigo de tan audaces criminales. Creese el hombre superior a todo, cuando de nada se cuida, y esto que en el virtuoso es orijen de paz y de alegria, lo es de inquietud y de tristeza en el impio cuya situacion ya he considerado en mis cartas anteriores, mas quiero ahora entrar en ciertos detalles, cuyo ecsamen arroja mil pruebas de que la impiedad es el mas horrendo de los monstruos, y la mas lamentable de todas las calamidades.

Enfurecese el impio a la vista de una relijion, en que encuentran su consuelo millones de seres dichosos, que en vano ha procurado presentar como ilusos, pues su misma alma le dice que la ilusion es incompatible con la felicidad verdadera, y que el tiempo que ha acabado con todas las ilusiones, lejos de destruir, conforma y propaga la santa relijion. Entra la soberbia a atormentar al impio, y mas de una vez repite la esclamacion sacrilega

del gefe de los famosos incredulos del siglo diez y ocho: *sera posible que tantos filosofos no podamos destruir la obra de doce pobres ignorantes!* Pone en accion todo su talento, y hace nuevos esfuerzos, que resultando vanos solo sirven para aumentar su furor. La vista de un templo que para los creyentes es una fuente de consuelo, ecsita en su alma un odio mortal a cuantos le sostienen, y siendo estos tan innumerables se ve el impio convertido en enemigo de casi todos los hombres, y horrorizado de su aislamiento maldice su ecsistencia. Desea pasar una vida feliz, mas conociendo que la duracion de la suya no basta a ver acabados unos males (que tal los llama) tan antiguos y arraigados que se han burlado de todos los esfuerzos de los grandes filosofos de todas edades, cae el impio en la mayor desesperacion pues nada consigue en este mundo, y el otro es para él una quimera. Ynfiere su furor, mi amado Elpidio, infiere su odio contra la relijion, y no te admirarás de sus tentativas para destruirla.

Desgraciado! Y si la destruyese, vendria la paz a habitar en su pecho? No, mi amigo. Solo se aumentaria su furor. Este es de tal naturaleza que no se calma como los demas con la destruccion del objeto odiado, y esta particularidad le deja entrever al impio un orijen, cuyo conocimiento quiere eludir de todas las maneras. Prueba si, un orijen divino en la relijion, puesto que el sentimiento de haberla destruido no puede evitarse por ningun esfuerzo humano, y que al paso que una vana Filosofia fascinando el espiritu le persuade que ha difundido las luces; una voz desconocida, pero la mas imperiosa, clama continuamente contra tan impio atentado. Empieza el impio a notar que todo no está reducido a este mundo, y que del otro descienden destellos de una luz de muy distinta naturaleza—He aqui un nuevo orijen de furor. Su engaño es cierto y tambien lo es su humillacion, mas su soberbia es tan grande que se resiente de

ser humillado hasta por el mismo Dios. No quiere que haya de ser alguno superio ra el, y advirtiendo en su corazon estos remordimientos que prueban estar de algun modo inclinado a admitirlo y sujetarse a sus leyes, se convierte como tigre contra si mismo, y quisiera devorar sus mismas entrañas para que no le atormentasen de un modo tan horrendo. Queda pues convertido en enemigo de Dios de los hombres y de si mismo. No ecsisten ya para el miserable sino objetos de odio y de furor. La vida es un tormento, pero aun lo es mucho mayor la muerte.

Empieza a conocer que la relijion jamas se destruye si bien pueden seducirse algunos de sus cultivadores, y que cuando mas arraigado se cree que esta el arbol de la impiedad, y mas frondoso en vicios a que llaman delicias, un soplo cuyo orijen no puede conocer le despoja de sus hojas, esparce por los aires sus funestas ramas, y abate su erguido tronco. La mano de un ser omnipotente se deja sentir por todas partes y sus correcciones no producen lo que las de un padre cariñoso en el alma de un hijo obediente, sino las de un juez inecsorable y justo sobre un delinquente soberbio y obstinado. Confundele su crimen pero aun mas le confunde su confesion. Ocultarlo es imposible, sostenerlo es locura, detestarlo humillacion, y entre estos sentimientos contrarios y poderosos se encuentra el impio en la mayor desesperacion. Siendo un mal incalculable produce un odio a todos los que lo causan, y asi es que convierte el impio su furor contra sus semejantes no menos que contra los creyentes.

Esta idea me recuerda una observacion que varias veces he hecho acerca de los sepulcros de los dos corifeos de la impiedad en el siglo pasado. Sabras, mi Elpidio, que con profanacion del templo de Santa Genoveva le han convertido en panteon, y entre los muchos impios que en el han colocado se notan uno frente al otro los sepulcros de

Voltaire y de Rousseau. Acaso no ignoras que los *iluso-filosofos* que cuidan del profanado templo, y enseñan a los estranjeros los sepulcros de los diversos personajes, luego que llegan al de Voltaire, dicen con gran enfasis, "le tombeau de Voltaire," y al momento se quitan todos el sombrero. Pasan despues al sepulcro de Rousseau, y le hacen los mismos honores. Que fanatica impiedad! Que contradiccion tan palpable segun los principios de los incredulos! Los catolicos son unos ilusos porque veneran las reliquias de los santos, y ellos se creen muy ilustrados haciendo tales homenajes a los restos de Voltaire! De este segun su doctrina solo queda una inerte materia; el no tubo alma, o si la tubo perecció con el cuerpo, y para decirlo de una vez ya Voltaire no es mas que un *nombre* sin objeto, y a este *nombre vano* se le hacen los honores de un ser real. Puede darse mayor simpleza que pretender honrar un objeto que no ecsiste? Con mas razon deberian quitarse el sombrero delante de sus obras.—Mas precindiendo de esta contradiccion, yo no he podido menos de recordar una anecdota de la vida de Rousseau, que prueba cuan lejos estuvo de convenir con el que ahora es su vecino en sepultura. Hallabase en una casa de campo, que cabalmente estaba frente a la de Voltaire. Dijole uno de sus amigos, (señalando hacia la dicha casa) que alli estaba Voltaire, y el respondio, "si es asi, me parece que hasta el aire que viene de ese lado, me inficiona." Voltaire por su parte sabemos que no se quedaba atras en punto a sacarsmos y dicterios contra Rouseau. Ahora bien ¿cual de los dos era tan tonto que no conocia el merito, ó tan perverso que lo atacaba? Cual de los dos merece aquel sumiso homenaje? No es claro que ninguno? Sinembargo estos dos *anjelitos* que se odiaron de muerte sobre la tierra, y que nunca tuvieron doctrina fija, yacen uno frente de otro, y son honrados a la par como antorchas del saber y normas de la virtud! Como

si pudiera haber virtud con odio personal, y ciencia con incertidumbre.

Sin duda me acusarás de haber hecho una digresion, y yo con toda franqueza confesaré que lo conozco; mas creo que no te se ocultan mis motivos, y que ellos pueden servirme de disculpa. Yo sinembargo podria presentar los heroes de que he tratado como unas normas de furor no menos que de impiedad y de soberbia. Acuerdate cuando el viejo Voltaire saltó de la cama donde yacia enfermo, y casi desnudo se puso a bailar de colera delante de sus amigos, solo por que uno de ellos le dijo que el tunante de Federico, emperador de Prusia, celebrando a un joven poeta dijo que era un sol en el zenid, y que Voltaire era un sol en su ocaso. Bien que parte de esta furia le venia como poeta, porque todos ellos son furiosos cuando se trata de sus versos, y son mas celosos de su credito poetico que las mujeres de su hermosura, que es cuanto puede decirse.

No hay furor mas implacable que el que proviene de la vanidad burlada. Reflecciona sobre los diversos lances de la vida humana, y te convencerás de la ecsactitud de este pensamiento. La injurias que no vienen unidas con ultraje son unas pérdidas a las cuales se resigna el hombre facilmente, sirviendo a veces la misma vanidad de medio para la resignacion; mas cuando aquella es abatida, a no serlo por la mano de la virtud, ecsita un furor tan constante que el tiempo solo sirve para aumentarlo. De aqui resulta que hallandose el alma del impio despojada, de toda virtud, su furor es incomparable, con el mas terrible que pueda apoderarse del alma de un creyente. Ya he observado en mis cartas anteriores que las virtudes de los impios no son verdaderas ni meritorias sino meramente calculadas para la *moral civil*. No ejercen pues en su alma el imperio de la verdadera virtud, y asi es que no pueden tranquilizarlo. Las leyes nada

dicen sobre el odio ni la vanidad, porque solo se dirijen al arreglo de las operaciones sociales, seguridad personal, y derechos mutuos, importandole muy poco al lejislador que un necio reviente de vana gloria, y que odie a todo el mundo si a nadie perjudica. Resulta pues que la virtud de los impios limitada siempre a la observancia de las leyes (cuando no pueden infrinjirlas sin riesgo) viene a ser de ningun valor cuando se trata de objetos no comprendidos en esta esfera, y por consiguiente lejos de reprimir su furor solo sirven para aumentarlo. Si, mi *amigo*, para *aumentarlo* pues viendo *que ni* esta especie de virtud que sinembargo de ser aparente cuesta algunos sacrificios, puede consiliar al impio con sigo mismo despues de haber sufrido una herida su vanidad, se entrega mas que nunca a la rabia, y la desesperacion.

Advierte Elpidio que no apreciando el impio del mismo modo que el creyente, ni bajo las mismas relaciones, su furor tambien es de distinta especie, o mejor dicho es *mas furor* que otro alguno pues nada le sirve de obstaculo sino la fuerza fisica. Los objetos solo tienen un valor relativo a su persona, y en tanto valen en cuanto sirven. Por consiguiente su destruccion cuando ya no son utiles en nada afecta a los impios. El mismo mal que causan se presenta a veces a su vista como un deber, no percibiendo, y menos admitiendo cosa alguna relativa a un estado futuro. De aqui resulta que destruyen y matan a sangre fria, cuidandose mucho menos de otros actos de menor consideracion. La mano de un asesino que por fortuna conserva alguna fé tiembla, y a veces y detiene al dar el golpe, aunque pueda escaparse de la accion de las leyes; mas el impio, que tiene por ignorancia y debilidad un sentimiento semejante hiere sin temor, y solo recibe placer en dar pabulo a su furia. Poco importa el numero de las victimas. El crimen es solo una voz, y la venganza una delicia. Si el odio llega a destruir los vin-

culos que la naturaleza y la educacion han estrechado entre los hombres, nada queda sino una furia desenfrenada, que no sintiendo pena alguna en los estragos que causa, los repite gustosa desconociendo el valor de la palabra crueldad.

Acuerdome que entre las agudezas impias del sarcastico Pirron se encuentra su epitafio, que el mismo escribio para que a nadie quedase duda de como habia pasado su triste vida, que por mas que pretendia disimularlo fue un continuo tormento. Decia pues el maladado, "Aqui yace Pirron que vivió sin saber lo que era, y murió sin saber a donde iba." Horroriza, Elpidio, que un ser racional pueda escribir semejante confesion de su ignorancia, y de su imprudencia en no querer reconocerla sino al contrario guiarse por ella. Que furia puede compararse a un alma en tan terrible estado? Yo me figuro el pecho de un hombre en tal estado como un infierno ambulante e inseparable donde arde en vida el misero impio, que a no estar del todo alucinado bien podria saber lo que era, y a donde iba sino tomaba otro camino. Seguramente no es Pirron el unico en estos sentimientos aunque ha tenido muy pocos imitadores en la ingenuidad de confesarlos, y por el estado de su alma atormentada puedes inferir el de sus semejantes, y a muy corta refleccion que hagas conoceras que estos miserables son victimas de un furor inesplicable.

No quisiera hablar de la sangre inocente derramada por la inicua mano de la impiedad, por que la naturaleza misma aun prescindiendo de afectos relijiosos se commueve con la sola memoria de tantos horrores. Yo soy el primero, en lamentar la ilusion de los que para honrar a Dios han creido necesario matar los hombres; mas tambien deploro la perversidad de los que piensan probar que no hay Dios matando a los que le confiesan y alaban. Nada mas frecuente que las declamaciones contra la

persecucion relijiosa, que siempre se ecsajera y acrimina; pero se oye con indiferencia la que podemos llamar *persecucion impia*. Empezó esta desde el principio del mundo, y es muy simple el creer que durará hasta su fin. Variará de escena, de medios y de grados; pero jamas de naturaleza. Para que pues, me diras el ocuparnos de ella? Para aprender a sufrirla y ofrecerla en sacrificio a un Dios de bondad que fue el mas perseguido. Para evitar el ser nosotros el instrumento o causa de este crimen horrible. Para aterrar a los impios sacrificadores con la misma serenidad y mansedumbre de sus victimas. Para indicar con el dedo de la piedad los abundantes retoños del arbol de la vida en el suelo bañado con la sangre de los que por gloria del autor de ella recibieron la muerte. Para elevar a la santa relijion, templos indestructibles, cimentados en solidas virtudes, que no siendo obras de los hombres no cedan a sus esfuerzos ni perezcan con ellos. O mi Elpidio! Yo imploro tu amistad para que perdones si en la profunda tristeza que oprime mi corazon en estos momentos, trasmito al papel espresiones fuertes que contra mi voluntad pueden parecer alusivas. Yo espero toda induljencia si por desgracia dejo hablar al hombre cuando solo quiero que hable el sacerdote.

La Yglesia de Dios ha estinguido siempre el fuego de las persecuciones con la sangre de sus hijos, y en un mar de lagrimas de ternura, ha sumerjido en todos tiempos las enfurecidas huestes de la funesta impiedad. Permitidme, ilustres martires del cristianismo, que yo tambien me atreva a elojiaros, no para agregar cosa alguna a vuestra gloria, sino para ecsitar en mi alma las dulces emociones que causa su recuerdo. Permitidme que celebre vuestra inaudita victoria ganada con la muerte de los vencedores, y la vida de los vencidos. Cuantos nacieron para el cielo, siempre que murieron unos pocos

para el mundo! Tu, anfiteatro romano, respetado por el tiempo cual monumento del triunfo de la santa relijion, tu recuerdas con tu inmenso ambito y elevados muros, los innumerables testigos de la constancia, mansedumbre, y denuedo de los martires. A tu vista vacila el incredulo advirtiendo que una ilusion no pudo ser orijen de tanto y tan raro heroismo, ni arrancar con su ejemplo tantas victimas de las manos de la impiedad, y sacrificarlas para destruirlas. Vese levantado en tu centro el arbol de la cruz,* como en el paraiso de la vida, y a su rededor entonan los cristianos canticos de victoria al Dios paciente, cuyos imitadores esmaltaron con su sangre aquel suelo consagrado a las glorias de la Yglesia, por sus mas encarnecidos enemigos. Pareceme que veo las furias infernales huir espantadas al ver el teatro de sus crueldades convertido en un nuevo Eden del cristianismo, y que allá a lo lejos se devoran arrojando miradas de desesperacion sobre la nueva escena de gloria que ha sido efecto de sus asaltos contrala esposa del cordero inmaculado.

Pero ah! No fue la pena de los martires los dolores ni la muerte, sino la persecucion de la santa Yglesia. Esto fue el verdadero tormento de aquellas almas justas, y lo es ahora de infinitos creyentes al contemplar que sin ser tan comunes los martires, es mucho mas comun la causa del martirio. Toma la impiedad distinto camino, para ver si consigue destruir la relijion que tanto odia, y se presenta mucho mas furiosa, aunque mas disimulada.

* El anfiteatro aunque en parte arruinado conserva sus muros que son de una gran elevacion, y efectivamente hay una gran cruz en su centro, y otras varias al rededor para las estaciones que los fieles practican con la mayor devocion. En este sagrado lugar, en que los martires predicaron con su ejemplo, suelen ahora ecsortar al pueblo los ministros del evanjelio.

Escusado es decir que no es solo en las carceles y en los cadalzos donde se sufren los rigores de la persecucion, y que el *modo filosofico* puesto en practica por los enemigos del cristianismo es cruelisimo. Mas porque persiguen los impios la santa Yglesia? Solo por que su orijen es divino, y la misma persecusion es un signo evidente de esta verdad, que en vano pretenden oscurecer. Ecsaminemos las causas que se alegan, y ellas mismas serviran de prueba del ciego furor, y lamentable ignorancia de los perseguidores.

Alegase la perversidad de muchos de los catolicos, y lo que es mas sensible, de muchos de los ministros del altar. Sobre este punto se estienden los incredulos, y creen que sus *ponderaciones tienen fuerza de argumentos*. Las faltas reales se ecsajeran, y otras muchas se finjen maliciosamente. Pero acaso prueba esto cosa alguna contra la Yglesia? Muy al contrario se deduce que la Yglesia es una y santa. Son perversos los miembros de ella que no observan su doctrina e infrinjen sus leyes; mas nunca podran serlo los que la obedecen. Que ceguedad! Se quiere probar que una ley es mala por que lo son los que la infrinjen, siendo justos los que la observan! No deberia bastar esta refleccion para contener a los furiosos perseguidores de la Yglesia? Deberia bastar no hay duda si los guiase la razon cuyos derechos tanto vociferan; pero vemos diariamente ponerse en ridiculo estos pretendidos filosofos, que tienen por guia sus desenfrenadas pasiones. No es la mayor de las injusticias, y la mas inaudita de las crueldades, atacar la inocencia, solo por que es atacada? La Yglesia cual tierna madre lamenta los estravios de sus hijos ¿y no es injusticia aumentar su dolor imputandola estos mismos crimenes que detesta? El argumento es ridiculo y la intencion es depravada. Si, mi amigo, los que publican los defectos de los cristianos *nominales*, hacen una publica confesion de la

santidad del cristianismo, que no se aviene con ellas, y por tanto lejos de perseguirlo debian promoverlo si efectivamente fuese su intencion correjir estos defectos. Que hipocritas son los impios cuando ostentan un zelo estraordinario por la virtud que desconocen y desprecian! Que ridiculo es su furor contra los vicios de los catolicos cuando por mas que disimulen no intentan correjirlos sino destruir a los viciosos, no por que lo son sino por ser creyentes! Estos enemigos de la hipocrecia son los mayores hipocritas, y todo lo reducen a una verdadera especulacion.

Observa tambien, mi amado Elpidio, que con los hechos contrarian sus palabras y confiesan la debilidad de su argumento y la injusticia del furor con que atacan a los catolicos. Por mas alucinados que esten los impios no pueden negar que entre ellos hay muy pocos que no sean totalmente demoralizados, y por consiguiente si tubiese algun valor el argumento deducido de la mala conducta de los creyentes, deberia tener el mismo valor respecto de la impiedad, y esta deberia ecsitar contra ella el furor de los impios. Si valiera pues este modo de discurrir, quedarian justificadas por ellos mismos todas las persecusiones que sufren, y el furor con que a veces han procedido sus enemigos.

Para que se note mucho mas claramente la debilidad de este argumento ó mejor dicho de este pretesto para enfurecerse contra la relijion, y los que la profesan, observa, Elpidio, el gran numero de perversos que hay entre los impios, y si su perversidad pudiese ser un justo motivo del furor, deberian empezar por emendarse, para tener derecho de hablar, y de lo contrario solo deberian enfurecerse contra si mismos. Si reflecciones sobre las declamaciones de los impios en materia de inmoralidad veras que todas ellas admiten una retorcion, y que siempre puede decirse *mutato nomine de te fabula narratur.*

Por lo que hace a hipocresia ninguna es peor que la que consiste en finjir que no se tiene, y que antes bien, se detesta y ataca. Ya supongo que conoceras que casi todos los impios pertenecen a esta clase de hipocritas, y puedes inferir el derecho que tienen a nuestra consideracion, y que fundamento tiene el furor que ostentan como efecto de un zelo ilustrado.

Otra de las causas que alegan los impios para enfurecerse contra la Yglesia es la posesion de bienes temporales, y con suma hipocresia nos recuerdan los tiempos apostolicos. Ojala los viesemos renovados, que la Yglesia de nada necesitaria, y los fieles al ofrecer sus dones no se creerian gravados sino complacidos! Es muy juiciosa la respuesta de Eneas Sylvio, despues Paulo II. a Maierio de Moguncia—"Vos que a imitacion de la Yglesia primitiva deseais" le dice, "un sacerdocio pobre, debeis desear tambien con el un pueblo pobre, imitando en ambas cosas a los primitivos cristianos. Por tanto es preciso que mandes que el pueblo mendigue con el clero segun hacian nuestros mayores, o que permitais que ambos sean ricos conforme al siglo presente." (Vide Schwarz apud Sardagna, Theol. Dog. tom. II. pag. 524.) Espero que no creeras, mi amigo, que yo abogo por la ecsesiva riqueza, y mucho menos por la *personal* de los individuos del clero, mas es preciso confesar que sin medios pecuniarios no siempre puede hacerse el bien, y que el ministerio cae en desprecio, y está espuesto cuando carece de cierto decoro que la sociedad considera necesario. No hay duda que la principal dignidad y esplendor del clero debe consistir en sus virtudes, pues sin ellas nunca podra hacerse respetar y mucho menos podra ser amado por los pueblos, mas poseyendolas podrá hacer un uso santo de las riquezas, y estas por si, nunca deben atraer sobre el clero la indignacion de los sensatos. El ecseso en esta como en todas las cosas siempre será reprensible, y la

Yglesia es la primera en condenarlo; mas no por eso deben persuadirse los fieles que es incompatible con el ministerio de los apostoles la posesion de algo mas de lo que ellos tubieron. Debemos sinembargo considerar las riquezas como los vestidos que conviene despojarnos de ellos cuando sirven de estorbo a la lucha, pudiendo asirse de ellos el contrario. Asi, pues, en la constante lucha de la Yglesia contra el siglo corrompido deben abandonarse las riquezas si llegan a ser perjudiciales al verdadero interes que es la salvacion de las almas, y en este caso un ministerio pobre sin mas defensa que la cruz saldrá siempre victorioso de todos sus enemigos. Mas por que se enfurecen y declaman los impios contra las riquezas eclesiasticas? Para poseerlas ellos? Esta es la verdad, mas no creo que quieran decirla. Si las riquezas de que se priva a las Yglesias se emplean en beneficio de los pueblos y principalmente de los pobres, no se hace mas que darlas su verdadera y natural aplicacion, pues la Yglesia nunca las posee con otro objeto, sino para el ausilio espiritual en el decoro del culto y administracion de los sacramentos, y para el socorro material de sus hijos predilectos que son los pobres. Mas cuando dichas riquezas pasan a servir de pabulo al lujo, y de recompensa al crimen, puedes ya inferir, mi amigo, la naturaleza del celo que anima a los espoliadores. Desgraciadamente en la historia de los despojos que en todos tiempos ha sufrido la Yglesia no se si se cuenta uno solo que no pertenezca a esta ultima clase, y este argumento de esperiencia no puede responderse con harengas, y demuestra que la furia de los impios en estos casos tiene por orijen la sed del oro, por mas que quiera tomar otro colorido.

El bien de los pueblos ha sido siempre el objeto de la Yglesia, no solo en lo espiritual sino tambien en lo temporal en cuanto dice relacion a la paz y mutua caridad en una palabra a la vida eterna que es la unica felicidad

Por consiguiente en las grandes urjencias del estado, y las calamidades publicas la Yglesia es la primera en dar ausilio, y los ministros del santuario lejos de oponerse a la alienacion de los bienes eclesiasticos, deben presentarlos sin repugnancia alguna, pues de este modo se promueve la gloria de Dios, y el verdadero esplendor de su Yglesia. Siempre lamentaré la terquedad con que algunos eclesiasticos defienden los bienes como si dependiese de ellos nuestra santa relijion, sin advertir que las siniestras interpretaciones de que es suceptible su celo, causa una perdida mucho mas considerable en el verdadero tesoro de la Yglesia que es el amor y respeto de los fieles. Si hay bienes de que hacer uso, empleense conforme al espiritu del evangelio, y si no los hay, no debe causar inquietud su falta, segun el mismo espiritu divino. Conviene sinembargo que los impios adviertan que los conocemos, y que su mal fundado furor encuentre siempre una barrera que lo detenga, y esta no puede formarse de otros materiales que la verdadera ilustracion la caridad, y la franqueza.

No hay que equivocarse, mientras el pueblo crea que los eclesiasticos tienen empeño en ser ricos sentira que lo sean; y por mas que se procure presentar motivos verdaderamente relijiosos, serán estos desatendidos, y solo se fijará la vista sobre las pruebas ostensibles de interes mundano. Un noble desprendimiento hace conocer a los mal intencionados que la relijion no se compra, y que sus ministros no la predican como mercenarios sino como pastores de las almas. Los impios se ven entonces en la necesidad de confesar que son movidos por el odio a la relijion, y no por la justicia. Digo esto en cuanto a los meramente impios, mas no en cuanto a los ladrones, pues estos agarrarán siempre que puedan, sin ceremonia de disculpa alguna, y contra ellos no hay precaucion que valga, ni mas remedio que soltar la bolsa

como sucede con los salteadores de camino. Ya es sabido que cuando el dinero cae en manos de semejante familia, desaparece del todo, y ni el publico en jeneral ni las sociedades particulares reciben beneficio alguno; pero este es un mal que debe sufrirse en completo silencio, pues todo reclamo lo empeora.

Es preciso confesar que muchos eclesiasticos perversos suponen robadas las Yglesias cuando se impide que ellos las roben, haciendo un uso ilejitimo de sus caudales, y tratan de acumularlos para tenerlos a su disposicion. Siempre me acuerdo, Elpidio, que cuando me hallaba envuelto en el torbellino politico tenia entre mis compañeros a un eclesiastico de gran ciencia y virtud, que solia decirme que muchos de nuestros hermanos eclesiasticos son como las *lloronas de entierro* que lloran sin que les duela y solo por oficio, al paso que los que verdaderamente sufren rara vez se quejan.

Tratando este asunto con toda imparcialidad debo decir claramente que es una de las muchas comedias que suelen representar los picaros, de las cuales sacan utilidad real esto es *pecuniaria* en cambio de sus ficciones. Los unos se disfrazan con los atavios de la relijion, y los otros con los del patriotismo, y representan sus papeles con tanto empeño, que a veces alucinan aun a los mas sensatos. Un actor grita " respetense los bienes eclesiasticos," y en su corazon agrega " para que yo los disfrute," y otro esclama " quitense a los eclesiasticos unos bienes que no necesitan," mas en voz baja dice, " y que me toque parte."—Hay sinembargo una diferencia entre estas dos clases de especuladores, y consiste en que los pobres reciben mucho de los finjidos relijiosos, y rara vez reciben un centavo de los finjidos patriotas. Para conseguir su intento ecsajeran los unos las necesidades de la Yglesia, y los otros las del Estado, necesidades que ellos mismos forman, y por consiguiente están seguros de su

ecsistencia y duracion. Cuando oigas hablar, Elpidio, de las deudas nacionales, y principalmente en España sabete que *tocan a robar* y que esta es una de las *mayores necesidades.* Los verdaderos patriotas nunca roban las Ygleslas, y los verdaderos eclesiasticos nunca son insensibles a las necesidades de la patria, y si conforme a la doctrina de S. Agustin pueden, y a veces deben romper los calices y vender su oro para socorrer los pobres, tambien pueden y deben romperlos para socorrer a la patria que es la madre comun, cuya ruina produciria millones de pobres. Sinembargo asi como seria un crimen vender los calices para socorrer pobres finjidos, ó los reales si pueden sustentarse por otros medios, asi lo es respeto de las necesidades finjidas, o reales del estado. Dame buena intencion y yo respondo de la buena harmonia. Manejen los asuntos patriotas relijiosos, que es decir verdaderos patriotas, sean todos hijos de la Yglesia, vivan *como hermanos*, que es decir sean cristianos y habra dinero para todo, y para todos. El furor de los impios contra los eclesiasticos por los bienes que estos poseen no es mas que una envidia y codicia disfrazada, y no merece la menor atencion, siendo solo necesario emplear medios para evitar sus estragos.

En tan peligrosas circunstancias que triste es la situacion de la Yglesia! Vese atacada del modo mas injusto que es haciendola responsable por los atentados de sus mismos enemigos, y convirtiendo en acusaciones las pruebas muy evidentes de su santidad. Por cuanto a que muchos con suma hipocrecia se finjen creyentes solo para cometer errores contra la misma fé, que no tienen, y a nombre de la relijion cometen infinitos crimenes contra ella, quieren sus enemigos inferir, que tales atentados tienen por orijen la Yglesia que los lamenta. No seria mas justo deducir lo contrario, esto es, que la Yglesia es santa puesto que entre sus hijos solo son criminales los

que no observan sus mandados, y son virtuosos los que la obedecen? No deberia este ser un motivo para protejer la Yglesia, y no para perseguirla? Ah, mi Elpidio! Esta verdad es muy palpable pero tambien lo es tambien el deseo de no percibirla, y con tales disposiciones, no debemos admirarnos de tan funestos efectos. Observamos que hombres de talento y algunos de ellos de bastante instruccion y buena lojica, incurren en este defecto que seria reprensible en un muchacho principiante, y han escrito innumerables obras, fundadas en este ridicula sofisma, que sus autores no sufririan en ninguna otra materia.

Suele decirse que la persecucion es contra los eclesiasticos y no contra la Yglesia, y con esta y otras distinciones aun mas ridiculas que todas las de los mas rancios escolasticos se ha procurado acallar los clamores e imprecaciones de los creyentes. Si se manifestase tan solo un justo empeño en correjir los abusos no podria llamarse persecucion, sino proteccion de la Yglesia contra sus mas crueles adversarios que son los que finjen ser sus hijos solo para tener facil acojida en su seno, y herirla con mas facilidad; pero el furor de los impios no se calma sino con la destruccion de las personas bajo el pretesto de que no es posible reformarlas, y faltando estas es claro que sufre mucho el culto, y por consiguiente la relijion. En vano se procura cohonestar esta persecucion diciendo que solo se dirije a los malos eclesiasticos, pues la impiedad dice que todos lo son, y a verdaderamente lo serian si no fuesen atacados por ella. Tenemos pues que todos son perseguidos con la sola diferencia que los viciosos dan un motivo ostensible para ser atacados, y aquellos cuya conducta no es escandalosa vienen a ser mucho mas odiados por que afirman una relijion que los impios desean destruir. De modo que puede decirse que en un pueblo en que se halle

jeneralizada la impiedad un habito eclesiastico es un baldon.

No quisiera entrar en el ecsamen de los funestos resultados de esta mofa que se hace de los eclesiasticos, por que no se si es mas lamentable la osadia de los mofadores que la debilidad de los mofados. Muchos se ecsasperan en termiuos de incurrir en el mismo defecto que sus enemigos enfureciendose contra ellos y dando pabulo a la venganza *personal* cohonestada con el titulo de zelo relijioso, y otros capitulan con ellos y entran en sus filas solo para ser ridiculizados. Si, mi Elpidio, muchos eclesiasticos se jactan de ser liberales sin ser mas que unos viles aduladores de una partida de perversos, que tienen la audacia de llamarse hombres libres, como si puedieran serlo los esclavos del demonio.—Ojala fueran todos los eclesiasticos liberales—Pero de los que pretenden serlo muchos son *libertinos*, y otros fundan su liberalismo en una debilidad inicua por la cual hacen las mas infames concesiones, sacrificando a veces la doctrina evanjelica, solo por granjearse el aprecio del mundo. Estos sinembargo se llaman eclesiasticos y la Yglesia sufre por ellos. Acuerdome que un compañero mio eclesiastico de mucho merito, que pasaba por servil solo porque no era loco, me decia que en su opinion el partido que habia que tomar con estos *scudo-eclesiasticos*, seria abrirles puerta franca para que saliesen del santuario ya que no quieren estar en el, y degradarlos y hecharlos al estado secular donde Dios acaso los traeria a penitencia, y si continuaban sus servicios al diablo, no serian tan nocivos a la Yglesia—Te asegũro Elpidio, que no disto mucho de la opinion de mi virtuoso compañero.

Tal vez se ha realizado mi sospecha, tal vez he dado pabulo a sentimientos humanos tratando la causa del cielo. Baste pues de impiedad, y pueda yo verla destruida. Para concluir tengo una suplica que hacerte—

No ignoras que *circunstancias inevitables me separan* PARA SIEMPRE *de mi patria;* sabes tambien que la juventud aquien consagré en otro tiempo mis desvelos me conserva en su memoria, y dicenme que la naciente no oye con indiferencia mi nombre. Te encargo pues que seas el órgano de mis sentimientos, y que procures de todos modos separarla del escollo de la irrelijiosidad. Si mi esperiencia puede dar algun peso a mis razones, diles que un hombre de cuya injenuidad no creo que dudan, y que por desgracia o por fortuna conoce a fondo a los impios, puede asegurarles que son unos desgraciados, y les advierte y suplica que eviten tan funesto precipicio. Diles que ellos son la dulce esperanza de la patria, y que no hay patria sin virtud, ni virtud con impiedad.

Ya, mi Elpidio, no nos veremos á no ser que vengas a hacerme una visita. Entre tanto pienso mandarte otra serie de cartas sobre la supersticion, y el fanatismo, si el cielo me conserva la salud que disfruto, pues aun me hallo a los cuarenta y ocho años de mi edad, y mas fuerte que a la de veinte—Sin embargo, formase ya en el horizonte de mi vida la infausta nube de la ancianidad, y allá a lo lejos se divisan los lugubres confines del imperio de la muerte. La naturaleza en sus imprescriptibles leyes me anuncia decadencia, y el Dios de bondad me advierte que va llegando el termino del prestamo que me hizo de la vida. Yo me arrojo en los brazos de su clemencia sin otros meritos que los de su hijo, y guiado por la antorcha de la fé camino al sepulcro, en cuyo borde espero con la gracia divina hacer con el ultimo suspiro una protestacion de mi firme creencia, y un voto fervoroso por la prosperidad de mi patria.

A Dios, Elpidio, A Dios . . . . .